

Alfonso S. Pilar.

ESTUDIOS HUMORISTICOS

La filamencomanía

La malaria electoral

El noticierismo perpetuo

La logorrea



ASTORGA:
IMPRESA DE FIDALGO
Seminario, 3.



FL
N
PTL
92

LOC. 397

Sig.: FL 821 CAR dio

Tít.: Dios en la poesía de Leop

Aut.: Carro Celada, José Antoni

Cód.: 1006632



CUATRO PÁGINAS

DE

PATOLOGIA SOCIAL

C.6. 1006280





72.12.397
BIBLIOTECA DE «LA LUZ DE ASTORGA»

CUATRO PÁGINAS
DE
PATOLOGÍA SOCIAL

LA FLAMENCOMANÍA

LA MALARIA ELECTORAL

EL NOTICIERISMO PERIODÍSTICO

LA LOGORREA

ESTUDIOS HUMORÍSTICOS

por

ALFONSO S. PILAR



ASTORGA:—1905

TALLERES TIPOG. DE N. FIDALGO,
Seminario, 3.

INTRODUCCIÓN

Existe en nuestra sociedad española desde hace algunos años un estado de ánimo digno de ser notado; nos referimos á ese deseo de perfeccionamientos y mejoras que se ha apoderado de nosotros, á ese anhelo de *européización* que nos ha acometido tan de improviso, á esa ansia súbita de reformas, de avances y de progresos de todos géneros que ha venido á sobrecogernos en medio de la calma, de la indolencia y del atraso en que vivíamos durante el último pasado siglo, y la palabra regeneración, vocablo que á modo de Santo y seña repiten todos los publicistas del día y cuyo eco ha llegado á los más oscuros rincones del país, consigna de modo que circula de boca en boca, que fascina, sugestiona y conmueve los espíritus y que ejerce tan poderosa influencia sobre la opinión pública, no es sino la expresión de esos levantados propósitos y aspiraciones.

Ahora bien; esta corriente general de la opinión que parece signo de vitalidad, de vigor y de energía del alma nacional ¿es real y verdaderamente una manifestación de la fuerza de reacción del organismo social contra los males que le aquejan?

¿O representa algo parecido á la megalomanía ó delirio de grandezas que surge en el curso de la perioncefalitis difusa y agita inútilmente al pobre enfermo, para mayor tormento suyo hasta que sobreviene la fase paralítica, que ha de dar fin á sus sufrimientos con la muerte?

No nos atrevemos á decidir entre ambas contrapuestas opiniones; aunque confesemos que los partidarios de la última—pesimistas empedernidos, espíritus apocados, oprimidos por el peso de añejas preocupaciones—aducen en su defensa no despreciables razones; pero ello es, que los pensadores colocados á la cabeza del movimiento regenerador no han podido hasta ahora ponerse de acuerdo ni acerca de su significación y alcance, ni de la senda y dirección que haya de seguirse para llevarlo á término, ni de los medios que deben emplearse para operar esta transformación social.

Pero si admitimos el concepto que el moderno sistema del organismo formula acerca del Estado, al cual considera como un organismo real y verdadero, equiparable á los

organismos vivos, vegetal, animal y humano, regidos todos por las mismas fuerzas desempeñando análogas funciones así en el estado higido como en el morbosos; hay que admitir también y hay que estudiar de igual modo la patología social, que, dándonos á conocer las miserias, errores y vicios de la colectividad y los medios racionales de curación de cada uno de estos padecimientos, nos conducirá al mejoramiento de las condiciones de la salud física, intelectual y moral de los ciudadanos, que es en suma el fin á que tiende la campaña de la regeneración emprendida.

Todas las inteligencias consagradas al cultivo de las ciencias sociológicas, consideran como rama importante de ellas á la patología social, concediendo á su estudio capitalísimo interés y tanto más entre nosotros cuanto que reconocida como verdad axiomática por los sabios del día la degeneración de la—antes fuerte, vigorosa y robusta—raza española, parece natural y lógico dedicarse al estudio de los males que nos han traído á tan miserable estado, para ponerles pronto y eficaz remedio.

Ya el pauperismo, la prostitución, el alcoholismo y algunas otras llagas sociales han sido objeto desde remota fecha hasta nuestros días de profundos y detenidos estudios por moralistas, filósofos y estadistas; pero existen otras muchas especies nosológicas sinó tan graves, no menos dignas de atención que las

antedichas que hasta hoy no han sido descritas por tratadista alguno.

La endemia tauromáquica y la golfemia ó anemia del hampa, tan poco conocidas en su patogenia, causas, extensión y desastrosas consecuencias, empiezan ahora á ser estudiadas con algún detenimiento, aunque no con el criterio científico que fuera de desear, dada la importancia y gravedad que revisten en la actualidad tan terribles afectos; pero nadie, que sepamos, ha mencionado siquiera la *flamencomanía*, la *fiebre electoral*, el *noticierismo periodístico* y la *logorrea* entre las enfermedades sociales.

Y sin embargo ¿quién puede poner en duda la existencia de tales plagas?

No comprendemos las causas de este silencio.

Es verdad que, á excepción de la logorrea, la aparición de estos males data de fecha relativamente reciente;—el Siglo XIX—pero esta consideración no basta para explicar el olvido, reserva ó abstención guardada acerca del particular por los autores de Sociología, á cuya penetración, perspicacia y observación concienzuda no ha podido escapar la existencia de padecimientos tan manifiestos y notorios; como no han escapado al estudio y á las investigaciones de los patólogos modernos, la enfermedad de Addison, la de Basedow, la neurostenia, la apendicitis y tantos otros pro-

cesos morbosos antes desconocidos, que afligen al hombre de las actuales generaciones.

A subsanar este olvido y á llenar esta laguna de la patología social hemos consagrado durante largos años nuestros estudios; pudiendo hoy jactarnos de presentar á los lectores, siguiendo en lo posible el método y la forma de exposición, que se adoptan en los tratados de patología humana, el primer ensayo científico que se conoce acerca de esos cuatro padecimientos.

Los lunares y las deficiencias que la crítica de los sabios podrá señalar en este libro, tienen su natural disculpa en la magnitud de la empresa y en la pequeñez de nuestras fuerzas y no han de ser obstáculo para que se nos reconozca el mérito de la iniciativa en este género de trabajos que, proseguidos, ampliados y perfeccionados por personas competentes, habrán de contribuir á la obra de la regeneración nacional, quizá tanto como las profundas disquisiciones de los más flamantes sociólogos.

Y perdónesele este arranque de presunción, al entusiasmo del autor de Páginas á patología social.





PRIMERA PÁGINA



LA FLAMENCOMANÍA

DEFINICIÓN

La flamencomanía es una vesania degenerativa, epidémica é imitativa, caracterizada por manifestaciones extrañas en la locución, en la mímica, en la indumentaria y en los hábitos del enfermo.

SINONIMIA

Este padecimiento se conoce también con los nombres de chulomanía y chulapería; lla-

mándose chulos, chulapos y flamencos á los individuos afectados de esta dolencia, si bien no hay perfecta identidad en la significación de todos estos vocablos.

HISTORIA

Todo nos induce á creer que esta vesania es de reciente aparición. Después de hecho un concienzudo estudio de la protohistoria y de la patología y costumbres del pueblo hebreo, indochino, egipcio, etc., nada encontramos que nos autorice á suponer la existencia de la flamencomanía en aquellos remotos tiempos. Nada tampoco en la historia de Grecia y Roma, ni en toda la Edad Antigua y Media. En esta última, y en la moderna hasta el siglo XVIII, podemos afirmar con seguridad que no existió la chulapería, ya por el modo de ser de los tiempos á que aludimos, ya por los extensos datos que tenemos sobre el particular.

Los primeros asomos de la flamencomanía datan, pues, á no dudar, de últimos del pasado y principios de la presente centuria.

Los manolos, chulos y chisperos anuncian la aparición del flamenco de nuestros días, y poco después la necesidad en que se vió el Gobierno de S. M. el Rey D. Fernando VII de cerrar las Universidades para contener la deplorable manía de pensar, y la creación de aquella famosa escuela oficial de tauromáquia,

favorecieron en nuestro concepto el desarrollo de ciertos gérmenes que, llegados á perfecta madurez en nuestros días, explican el porqué la flamencomanía ha invadido casi por completo la generación actual de los grandes centros y amenaza propagarse á localidades y climas en donde jamás se la ha conocido.

BIBLIOGRAFÍA

No conocemos obra alguna que trate exclusivamente de esta enfermedad social; pero suministran datos importantes sobre el particular algunas novelas y dramas de reconocido mérito, y además todos los libros que se ocupan de la vida y costumbres de bohemios, zíngaros, gitanos y chalanés, por la similitud y frecuente contacto que existen entre todos éstos y los pobres enfermos objeto de este estudio. Por igual razón deben también consultarse las obras de la tauromaquia y las que por cualquier concepto, se ocupan de la vida de los diestros. La gravedad y extensión que hoy reviste y alcanza la flamencomanía, y la circunstancia de no existir más que pequeñas y muy dispersas noticias acerca de esta enfermedad, son las causas que nos han inducido á acometer este trabajo, el primero que sobre tal asunto ve la luz pública.

ANATOMÍA PATOLÓGICA

Como este padecimiento no suele producir la muerte, á menos que sobrevengan complicaciones de cierto género, no podemos precisar sus lesiones necroscópicas. Nos inclinamos, sin embargo, á señalar como probables la esclerosis y el reblandecimiento de la sustancia gris de los emisferios cerebrales, la atrofia de estos, etcétera, y también el grosor desmedido de los huesos que forman la caja craneana, constituyendo lo que suele llamarse la mollera dura.

La irritación, induración ó ulceración de las cuerdas vocales y la degeneración grasienta de algunos tejidos, podrían citarse como signos característicos, si bien estos fenómenos son más bien debidos al alcoholismo concomitante.

Posible es que existan otras alteraciones anatómicas referentes á las articulaciones coxofemorales, y así nos explicaríamos el modo especial de andar de algunos chulapos; pero no tenemos datos suficientes para conceder gran importancia á esta lesión,

PATOGENIA

Oscura, como es la anatomía patológica, cearemos de elementos bastantes para trazar,

siquiera sea á grandes rasgos la patogenia de la flamencomanía; pero considerando, por otra parte, los múltiples puntos de analogía que existen entre esta enfermedad y la imbecilidad, nos inclinamos á creer que, la falta de desarrollo de ciertos órganos cerebrales y el poco ejercicio de determinadas funciones psíquicas, constituyen el hecho culminante de este proceso patológico.

De tal modo lo creemos así, que, si se nos entrega un individuo de escaso desarrollo cerebral y de ángulo facial agudo y le exponemos á la acción de causas debilitantes le damos por medio social la atmósfera impura de los centros populosos, le hacemos sentir la influencia embrutecedora de ciertas compañías y de ciertos espectáculos, y logramos oscurecer en su inteligencia las más elevadas nociones de cultura moral y social..... obtendremos seguramente un flamenco perfecto, un barbián.

En suma, la agenesia cerebral, la miseria fisiológica, el viciamiento de la atmósfera moral y la imitación: hé aquí los factores patogénicos que en el estado actual de la ciencia creemos poder asignar á esta vesania degenerativa.

ETIOLOGÍA

Las causas generales que obrando sobre los colectividades favorecen la aparición de esta frenopatía, son la falta de grandes ideales y el rebajamiento general de caracteres.

Entre las circunstancias propicias á su desenvolvimiento se cuentan los climas del Mediodía y centro de nuestra España, las poblaciones populosas, la edad juvenil, la falta de ocupaciones serias, de instrucción y de sentido estético; la vagancia, las compañías frívolas y la asidua concurrencia á ciertos espectáculos y lugares, plazas de toros, cafés de cante, tiendas de montañeses, etc.

La imitación es otra de las causas más abonadas para el desarrollo de esta dolencia, y de ahí el poderosa influjo de ciertas amistades y de ciertas costumbres; pudiéndose afirmar que el joven que se asocia á toreros, cantores, chalanes, vagos, etc., llegará, y muy en breve término á ser un chulo perfecto. Este *contagio* por imitación llega á adquirir en algunas épocas la forma epidémica, invadiendo entonces la flamencomanía regiones que por el carácter de sus habitantes y por su historia y costumbres parece que debieran ser refractarias á este padecimiento. Es de advertir sin embargo, que así como la fiebre amarilla es una enfermedad del litoral, la flamencoma-

nía no traspasa en realidad cierto grado de latitud, y los casos de esta vesania que ocurren fuera de esos límites geográficos revisten un carácter híbrido que les aleja del tipo genuinamente flamenco, pudiendo citarse como ejemplo de esta chulapería bastarda y ridícula todas las invasiones observadas en ciertas capitales de provincia del Noroeste de España desde hace algunos años á esta parte, es decir, desde que empezaron á darse anualmente corridas de toros y á oirse en aquellas playas los ecos de las cantaoras.

SINTOMATOLOGÍA

Esta enfermedad aparece bruscamente en ocasiones, y otras de un modo lento; no distinguiremos, pues, períodos sino que describiremos los caracteres del flamenco confirmado. Estos son:

Aire de despreocupación, burlón, impertinente, provocativo y de matón. Marcha balanceándose ó contoneándose con gran movimiento de caderas. Su indumentaria consiste en gorrita baja y achatada ó sombrero hongo, pero jamás chistera,—esto es característico,—llevando una ú otro echado atrás ó á un lado, pero nunca bien colocado.

Chaquetita corta y apretada, dejando al descubierto la región glútea; pantalón estrecho y arrugado en las rodillas; chaleco muy

abierto, dejando ver la pechera de la camisa, que gasta á menudo sin cuello; la corbata, cuando la lleva, cae al desgaire sobre el pecho y va unida por una sortija ó pequeño nudo; zapatos bajos.

Gasta roten ó bastón muy pesado y navaja de Albacete.

Su cabeza es redonda en forma de calabaza ó de melón, y lleva pelo corto formando un rizo ó mechón hacia la sien.

Barba cuidadosamente afeitada. Escupe por el colmillo.

Come ó mejor merienda en los bodegones. Bebe á todas horas, y con especialidad manzanilla,—esto es patognomónico;—pero como no es inteligente toma por manzanilla cualquiera cosa, exigiendo so'lo que se la sirvan en *cañas*, conociendo varios modos más ó menos ingeniosos de llevar la cañita á la boca, según dicen sus admiradores;

Tiene la voz gruesa, ronca y frecuentemente aguardentosa.

Habla poco,—no hallándose entre los suyos,—se expresa con dificultad en castellano, valiéndose para exponer sus ideas de una jerga ó lenguaje bárbaro llamado caló.

Aun entre estos flamencos su conversación es insubstancial; gira siempre sobre puntos de tauromaquia, caballos, etc., ó refiere hazas de cierto género; pero en todo caso es una

charla sembrada de lugares comunes, de di-
charachos de mal gusto y de frases de cajón.

Canta frecuentemente como un desespera-
do, lanzando gritos tales, que en más de una
ocasión causan la alarma de los vecinos, que
creen oír los ladridos de un perro ó los gemi-
dos de un moribundo.

Toca la guitarra, y cuando no sabe ras-
guearla y oye cantar lleva el compás ó cosa
parecida con un garrote ó dando taconazos en
el suelo.

Baila, ó mejor se baila de un modo espe-
cialísimo, haciendo tales gestos y contorsio-
nes, que podría muy bien considerársele en-
tonces como presa de un estado convulsivo.

El ejercicio de las facultades intelectuales
es muy penoso al flamenco; así es que discu-
rre poco y mal sobre cualquier punto.

No lee, ni escribe; no estudia ni sabe na-
da respecto á ciencias, artes, literatura, ni po-
lítica; nada de esto le interesa, ni se ocupa de
asunto alguno útil ó serio.

No asiste á Universidades, Ateneos, Aca-
demias, Colegios ni á centro alguno de ense-
ñanza.

Los conciertos, representaciones teatra-
les, etc., le fastidian y aburren; va alguna
vez á funciones de á hora y á los circos ecues-
tres y exposiciones de fieras y bichos raros;
pero á donde asiste con frecuencia es á los ca-
fés cantantes, tabernas y plazas de toros, co-

piando en estos centros las frases, formas y ademanes de los flamencos de más nota llamados barbianes.

Se reúnen en grupos, que es cuando gritan, ríen, vociferan y escandalizan á las personas cultas.

VARIEDADES Y COMPLICACIONES

El flamenco que acabamos de describir tan á grandes rasgos es el que pudiéramos denominar flamenco tipo; pero existen multitud de variedades de las que no podemos ocuparnos aquí, en las que no se hallan reunidos todos estos caracteres, ya por el incompleto desarrollo de la vesania, ya porque las condiciones individuales del enfermo logran modificar su síndrome, ya por las diversas complicaciones que surgen en el curso de la enfermedad.

Las más comunes entre estas últimas son la tauromaquia, la charlatanería, el alcoholismo, la vagancia, las lesiones traumáticas, las laringitis de causa alcohólica ó musical y otras de menos importancia.

CURSO

Es generalmente crónico ó de muy larga duración si la enfermedad no se ha combati-

do desde los primeros momentos, que es solo cuando puede ser tratada con esperanzas de buen éxito.

TERMINACIONES

Puede terminar por la curación; pero se observan más á menudo otras terminaciones variadas, según las complicaciones que sobrevengan, y de no ocurrir ninguna de estas, puede afirmarse que la demencia en su forma más atenuada, chifladura, sería la terminación más probable.

DIAGNÓSTICO

Después de lo dicho, se comprende cuán fácil es venir en conocimiento de esta enfermedad.

Ni aún es menester tener presente todo el cuadro sintomático, porque la forma de melón de la cabeza y corte especial del cabello, la afición á la manzanilla y á los toros, el uso de palabras bárbaras en la conversación, el cante y la ignorancia supina, son caracteres de tal significación, que bastan para afirmar la existencia de la flamencomanía.

No creemos posible la simulación de esta dolencia, porque ninguna persona de regular inteligencia será capaz de imitar el sello

de la estolidez impreso en la fisonomía de todo chulapo.

PRONÓSTICO

Este padecimiento es siempre grave, pues si bien no conduce directa ni inmediatamente á la muerte, amenaza seriamente la vida de la inteligencia y arrastra al infeliz enfermo las más de las veces al embrutecimiento y á la degradación más completa. Si á estas consideraciones añadimos que la Medicina carece hoy de medios eficaces para oponerse á su desarrollo y que la enfermedad se presenta á veces bajo la forma epidémica, causando innumerables víctimas, precisamente en la primavera de la vida, creemos tener sobrados motivos para calificar la flamencomanía de terrible plaga social.

TRATAMIENTO

Todos los datos que vamos á presentar respecto al tratamiento son puramente teóricos, pues nada, que sepamos, se ha intentado hasta el presente en la práctica para evitar ó corregir esta dolencia; pero partiendo de los conocimientos etiológicos como de sólida base, creemos sin aventurarnos, poder asignar como tratamiento racional el siguiente:

PROFILAXIS GENERAL.

Elevar el nivel intelectual de la juventud inclinándola á los estudios serios; cultivar sus sentimientos, inspirándola amor á las bellas artes y bellas letras; procurar el desarrollo y legítimo empleo de sus actividades, ocupando al joven en trabajos adecuados á su edad, posición social, etc.; alejarlo de todo foco contagioso, sustrayéndolo á la perniciosa influencia de las malas compañías y evitando su asistencia á los circos taurinos, tabernas, cafés de cante, etcétera.

TRATAMIENTO CURATIVO

Ante los primeros síntomas de la chulapería urge desplegar un tratamiento activo, poniendo en juego los siguientes agentes dietéticos.

Oblíguesele al enfermo á vestir y andar convenientemente: hágasele perder el miedo á la levita, á la chistera y á los guantes; despojesele de la navaja y del roten, péinesele como es debido y déjesele crecer el bigote ó toda la barba.

Exíjasele que estudie la gramática castellana y hable en el mismo idioma, reprendiendo, y aún mejor ridiculizando, toda frase

no castiza y todo gesto chavacano. Sujétesele á ocupaciones ó estudios serios, como el de las matemáticas, lenguas sabias ó ciencias naturales.

Hágasele madrugar; téngasele ocupado todo el día, para que á la noche sea su sueño sosegado y profundo; proporciónesele una alimentación tónica y reparadora, pero sin condimentación estimulante; proscribásele rigurosamente el café, las bebidas espirituosas y aún el vino fuera de horas.

Por únicas distracciones las conversaciones instructivas con personas graves, la sociedad escogida y de buen tono y la asistencia alguna vez á conciertos, representaciones teatrales—de repertorio selecto,—bailes ó reuniones científicas ó literarias.

Procúrese que el enfermo adquiera nociones claras de moralidad, de dignidad y del respeto que debe á ciertas conveniencias sociales, y sobre todo cuídese de utilizar como poderoso agente curativo, el ridículo haciéndole recaer sobre todas las manifestaciones de la chulería.

Si nada de esto bastase para contener la enfermedad en sus primeros síntomas, debe arrancarse al flamenco del centro en que vive y campea, buscando su alivio, ya en los viajes, que ofrecen tanta mayor probabilidad de curación cuantos más largos y dilatados sean, ya *trasplantando* el enfermo al campo.

La vida rural no solo será útil porque la atmósfera pura y vivificadora que allí se respira impide á los enfermos caer en ese estado de pobreza fisiológica característica, sino porque dedicándolos poco á poco á las rudas faenas agrícolas, se consigue también el restablecimiento de su vigor físico y la rehabilitación de sus energías morales. Allí, la obligada contemplación de las obras de la naturaleza y de sus fenómenos y la frugalidad de los alimentos del campesino que han de ser los suyos, el hábito de madrugar, el manejo incensante del arado, de la hoz y del azadón; la siesta dormida sobre el duro suelo, y si á esto quiere añadirse la balneacion fría, la natación y la ducha tomada en una cascada ó salto natural de agua, forman un completo plan de tratamiento tan racional que presumo pueda con él conseguirse la curación aún en los casos de flamencomanía arraigada.

Si estos medios no diesen resultado, podríamos recurrir á otro más enérgico: esto es, enviar al chulo al servicio militar ó colocarle de grumete en un barco mercante, y no hago comentarios sobre estas indicaciones, porque á nadie se ocultan los prodigiosos efectos que producen estos radicales cambios de vida, conociendo la saludable rigidez de los códigos militar y marítimo, muy apropósito para domar los caracteres aviesos, para extirpar los hábitos de incuria, de holgazanería y de va-

gancia, y hacer entrar en razón á ciertos alienados.

Si la flamencomanía se complica con ese apagamiento de facultades, con esa demencia *sui generis*, llamada chifladura, no quedaría otro recurso que enviar al infeliz enfermo á pasar el resto de sus días á un manicomio.





SEGUNDA PAGINA

LA MALARIA ELECTORAL

DEFINICION

Endemia política febril con manifestaciones periódicas.

SINTOMATOLOGÍA

Para el estudio de sus síntomas esta dolencia se divide en cuatro periodos, á saber: de incubación, de preparación, de votación y post-electoral.

PRIMER PERIDO

El primer periodo llamado de incubación ó preelectoral es aparentemente tranquilo y

silencioso y pasa inadvertido para los ciudadanos, simples, pero en los centros de inervación oficial provoca una grande agitación. En todos los Ministerios y con especialidad en el de la Gobernación se trabaja activamente día y noche; un enjambre de aspirantes á candidatos emprende su viaje á la Corte, empieza al poco rato cierto movimiento coréico en los funcionarios públicos, traslación de Gobernadores, magistrados y jueces de instrucción, suspensión de alcaldes y concejales, jueces y fiscales municipales.

Extraordinaria agitación y trabajo incesante en las oficinas telegráficas.

SEGUNDO PERIODO Ó DE INVASIÓN

Se siente un violento escalofrío en todo el cuerpo electoral y comienza la calentura que ha de durar todo este periodo y el siguiente.

En las esferas oficiales altas y bajas se advierte una verdadera parálisis administrativa y se desatiende y abandona todo negocio, todo cuidado, toda determinación que no estén relacionados con el proceso electoral.

Los trabajos preliminares del Ministerio de la Gobernación consisten en la selección de los aspirantes y en la designación y encasillamiento de los candidatos, adictos y de la oposición contratada ó de alquiler. Estos tra-

bajos son delicadísimos y apesar de todo el exquisito tacto del Ministro, ocurren con frecuencia disgustos, choques y excisiones, dejándose oír con tal motivo quejas, recriminaciones y delaciones feas.

Llueven entonces las instrucciones á los Gobernadores y á los alcaldes. Celebran unos y otros conciliábulos con los candidatos oficiales.

Llaman los Gobernadores á su despacho á los caciques ó jefes de estado mayor de cada distrito; exponen éstos al plan de operaciones estratégicas que piensan desarrollar para conseguir la victoria y piden y obtienen carta blanca para cometer todo género de desaguizados y de atropellos en el campo enemigo.

Dan principio los *meetings* y las reuniones en los círculos políticos para ilustrar la opinión y caldear la atmósfera electoral.

Los periódicos arrojan combustible á la hoguera haciendo el elogio del candidato respectivo, recordando los favores que dispensó al distrito y el número de empleos y de gracias que sembró entre los amigos. Los diarios de oposición niegan que el candidato oficial haya hecho algo en beneficio del país en las anteriores legislaturas y le acusan de no haber servido más que á los intereses de los caciques con grave daño de la justicia y del bien público.

Entáblase en esta forma la discusión y de ella brota la luz saliendo á relucir todas las macas de los candidatos, todas las complacencias que han tenido con los correligionarios y todos los atropellos cometidos en las últimas elecciones.

La masa electoral ilustrada de este modo por la prensa local va formando su opinión y disponiéndose á dar su voto con plena conciencia del mérito de los candidatos.

Los caciques mientras tanto riéndose de las censuras y de los elogios mercenarios de los periódicos, van directamente al grano y congregando uno á uno á sus amigos y servidores, reúnen sus huestes y las aprestan á la lucha.

Los jefes convocan á sus subalternos, los principales á sus dependientes, los fabricantes á sus operarios, los maestros á sus oficiales, los acreedores á sus deudores, en fin, los superiores de todo género á sus inferiores y—dejando siempre á salvo el libérrimo derecho de cada uno—se prometen colocaciones, destinos, ascensos, gratificaciones, recomendaciones, condonación de multas y de pagos, indultos, gracias de toda clase, etc. etc. ó se amenaza con la pérdida del empleo, la cesantía, la traslación, con el descuento, las multas, recargos de contribuciones, exámen de ciertas cuentas, revisión de antiguos expedientes etc. etc. Según que el ciudadano se preste ó no á satisfa-

cer las exigencias del muñidor de elecciones; pero todo esto con el mayor respeto, volvemos á repetir á la libertad del sufragio, base y fundamento de la constitución política de nuestros pueblos.

Los partidos de oposición despliegan todas sus fuerzas valiéndose, claro está, de iguales procedimientos é idénticas mañas, pero promueven reuniones, manifestaciones, quejas y protestas contra las arterías del gobierno, las coacciones de la autoridad y los desmanes de los caciques clamando á voz en grito por la sinceridad electoral hollada por los agentes del poder.

Durante este periodo brotaban en otro tiempo los manifiestos que han caído en desuso desde que desapareció del campo de la lucha la generación progresista.

En los manifiestos, el candidato oficial ensalzaba la gestión del Gobierno, ofrecía la rebaja de los impuestos y se comprometía á dotar al distrito de vías férreas, carreteras, caminos vecinales, canales de riego, fuentes, ferias, muelles, mercados, templos, hospitales, academias, escuelas de artes y oficios, jardines y paseos públicos etc. etc., contando para todo esto con el apoyo del poder. En sus últimas líneas dejaba comprender que disponía de un número crecido de credenciales que repartiría con pródiga mano entre sus electores.

El manifiesto del candidato de oposición comenzaba siempre por hacer una reseña de la abominable gestión política y económica del partido gobernante, haciendo notar el criminal abandono en que los diputados ministeriales habían tenido hasta entonces los intereses del distrito y prometía consagrarse á atenderlos, velando también por los derechos del ciudadano conculcados por aquel gabinete liberticida. Se disponía á atacar rudamente aquella situación por sus coacciones electorales hasta conseguir su caída y una vez en el poder sus correligionarios entonces á la sombra de las libertades se rebajarían las contribuciones, se nivelarían los presupuestos, tornarían á correr abundosas las fuentes de la riqueza pública, florecerían la agricultura, la industria, el comercio, las ciencias y las artes, mejoraría la suerte de la clase proletaria tan honrada y tan digna de protección como la que más y volvería seguramente el siglo de oro... no olvidándose él para aquella fecha de los electores que le hubiesen favorecido con su voto combatiendo á su lado por la buena causa.

Hoy se considera anticuado esto de la publicación de manifiestos y los candidatos invierten de modo más positivo el importe de la impresión de estos documentos.

TERCER PERIODO Ó DE VOTACIÓN

En este periodo que no dura en la actualidad más que un día, se agravan todos los síntomas del anterior; la agitación aumenta de hora en hora y la temperatura pasa siempre de los 40 grados, dejándose sentir movimientos convulsivos en las turbas producidos, ya por el calor de la pasión política, ya por la influencia alcohólica que se asocia con frecuencia extremada á estas grandes crisis de la fiebre electoral.

Madrugan, si es que no han pasado la noche en claro, candidatos, interventores, caciques y muñidores de todos grados y se lanzan á la calle para dar la última acometida á los electores desplegando en estos decisivos ataques todas las energías, engaños, falacias y amenazas posibles. Se ofrecen los destinos mejor retribuidos y los cargos más ambicionados de la provincia ó de la localidad á los tibios y á los rehacios; se fingen deserciones en el campo contrario para inclinar el ánimo de los vacilantes; se cuchichea al oído; se jura protección al que cede; se amenaza con la venganza de un personaje al que se resiste; se enseña el puño, ó el garrote para intimidar á los débiles, se inventan historias calumniosas; se falsifican documentos; se propalan noticias absurdas; se maneja la tinta simpática;

se leen cartas apócrifas; se lleva al café ó á la taberna á los viciosos; se atrasan ó adelantán los relojes según convenga; se distribuyen candidaturas con contraseña; se buscan urnas de doble fondo porque la de cristal debe romperse á hora fija; se comunican órdenes reservadas á los guardias civiles y de orden público para que aparezcan ó se eclipsen en momentos dados; se da la consigna á los delegados del gobernador para que intervengan con oportunidad en tal ó cual colegio; se avisa á una docena de perdularios para que armen una bronca y esgriman la porra ó la navaja cuando y contra quien se les designe á la puerta ó dentro del mismo santuario electoral.

Entre tanto los candidatos permanecen en su despacho entregados á una tarea abrumadora. Salen y entran propios y criados con esquelas; se reciben noticias alarmantes de este ó del otro punto; del uno se piden vituallas de boca y guerra; del otro exigen fondos con premura para hacer al contado una compra importante; se telefonea al alcalde de barrio; se dirige un B. L. M. al diputado provincial; se recibe una tarjeta firmada con iniciales y se envía otra al Secretario del juzgado municipal; entra precipitadamente un emisario de confianza y se mandan algunos billetes—y no de amor—á un cacique que los pide con urgencia para convencer á una do-

cena de electores que no quieren oír otra clase de argumentos.....

Las horas trascurren; los alrededores del colegio están ocupados por los agentes electorales de uno y otro bando, por los votantes que van y vuelven y por curiosos que acuden á disfrutar del espectáculo que proporciona el ejercicio de tan preciado derecho político. De aquellos numerosos grupos en donde se habla con animación y se fuman buenos cigarros, se exhala un fuerte olor alcohólico y se escapan palabrotas, juramentos y blasfemias á borbotones.

Dentro del local donde se celebra aquella augusta ceremonia del culto democrático laten violentamente los corazones de los circunstantes presa de mil encontradas emociones, á medida que las papeletas van cayendo en la urna y según que el número, condición y filiación política de los votantes les hace presumir el triunfo ó la derrota de su caudillo.

El presidente de la mesa y los interventoras, que han comido y bebido á costa ajena y por lo regular con exceso, fingen la más ridícula seriedad, como si creyesen verdaderamente en la sinceridad del sufragio y no estuviesen todos los presentes convencidos que de lo que allí se trata es de pegársela los unos á los otros. Surgen de esta cómica situación incidentes curiosísimos y variados, que

no es posible enumerar sinó á vuela pluma en una tan breve monografía.

Niégrese á los electores su personalidad por una errata en su cédu'a; vota tomando el nombre de un elector, doctor en ciencias, un mozo de cordel que gana de esta manera cinco pesetas; aparece un desconocido y emite su sufragio llamándose fulano de tal fallecido hace dos meses ó postrado en la cama desde hace un año; el presidente despliega en un momento sus habilidades de jugador de manos y desliza en la urna dos docenas de papeletas; pero si no es muy ducho en estos ejercicios de prestidigitación óyense voces de queja y gritos de indignación, de los adversarios políticos por supuesto, y preséntase un notario á levantar la correspondiente protesta.

El papel de los notarios es importante en este día y, dentro del colegio ó en sus inmediaciones se hallan siempre apercebidos y dispuestos un par de ellos requeridos cada uno por su bandería política.

Dentro de la sala levántanse á menudo murmullos entre los que desean invalidar el resultado de la elección, llama el presidente al orden á los alborotadores, alzan estos el grito y luego según conviene se expulsa á los agitadores del local ó se les tolera y patrocina á fin de que el tumulto se acreciente y puedan acercarse á la mesa y romper la *veneranda*

urna, si esto favorece los intereses de determinado candidato.

Los grupos del exterior en inteligencia con los del interior, secundan el movimiento, dánse vivas y mueras, enarbólanse los garrotes y suena algún disparo de revólver, motivo todo esto más que suficiente, cuando se prevee que el resultado de la votación ha de ser adverso al candidato oficial, para que intervenga el delegado especial del gobernador y un par de guardias, que suspenden el acto y cierran el colegio, repartiendo los guardias una docena de cintarazos, no precisamente á los alborotadores causantes del desorden sino á los votantes de determinado partido político, á quienes se hace responsables del tumulto ocurrido conduciéndolos á la cárcel para que den después estrecha cuenta de su conducta ante los tribunales.

Felizmente el jurado llamado después á conocer y á aplicar la ley á estos perturbadores, mostrándose con ellos tan benigno como con todo género de criminales, los absuelve siempre de toda culpa.

Otras veces el tumulto no es de mentirigillas, sinó serio y de lamentables resultados; porque exaltados los ánimos de algunos electores al sorprender ciertas trampas en el juego, prorrumpen en denuestos é injurias, responden los adversarios con amenazas brutales y groseras interjecciones, únese á la exci-

tación política la del alcohol que unos y otros han bebido copiosamente y pasan con facilidad de las palabras á los golpes y de los golpes á las puñaladas y á los tiros, terminando la colisión de modo sangriento.

No corre la sangre de ningún candidato, de ningún cacique, ni muñidor de nota; nada de eso, la víctima de aquel choque es comúnmente ó algún cándido votante que se atreve á protestar indignado contra la superchería del acto ó alguno de los perdonavidas que van al colegio designados de antemano para armar camorra, y que tropieza, como suele decirse, con la horma de su zapato.

Pero si lo sucedido entra en el plan de campaña preconcebido, apesar de la muerte de ese pobre hombre, continúa solemnemente la votación en el *sagrado* recinto como si nada hubiese ocurrido.

Llega por fin el momento crítico del escrutinio, pocas veces tranquilamente y sin que ocurran los incidentes apuntados ú otros análogos y más ó menos escandalosos, y para entonces se reservan las salidas de ingenio más originales, los escamoteos más atrevidos, las trampas más desvergonzadas, los golpes de audacia, de cinismo y de violencia más arriesgados; la inquietud, la exasperación de los ánimos, llega á su grado más alto, hasta que, consumados todos los atropellos y conocido el resultado oficial de la votación, sobre-

viene una defervescencia rápida de la fiebre electoral, haciendo caer á las turbas de los 41 grados á que había ascendido la temperatura en los últimos momentos á un estado de hipotermia, de postración y de colapso profundo.

Disuélvense los grupos, retíranse mohinos y silenciosos los vencidos, y, aunque los vencedores entonen algunas canciones y dén algunos vivas, el pueblo en general vuelve á su normalidad, quebrantado y molido después del gran consumo de fuerzas gastadas en aquellas 24 horas de combustión febril.

CUARTO PERIODO Ó POST-ELECTORAL

El periodo post-electoral empieza al ser conocido el resultado de los escrutinios parciales y termina con la celebración del escrutinio general; es completamente infebril cuando no sobrevienen complicaciones tumultuarias y comparable al periodo puerperal, porque así como en las primeras horas de éste domina la languidez y la postración, así también después del alumbramiento electoral queda el pueblo rendido y sin fuerzas.

Este abatimiento se apodera de los ánimos todos, incluso la mayor parte de los vencedores; solo en la casa del elegido se observan semblantes alegres y se oyen gritos de júbilo y algunos brindis en honor del héroe

de la fiesta que se celebra en familia, esto es: entre los caciques y los agentes electorales de mayor graduación.

El futuro representante del país recibe visitas sin cuento de amigos, correligionarios, aliados y electores del distrito y llueven en su casa cartas, billetes y tarjetas de felicitación; pero empiezan á menudear las recomendaciones, los ruegos, las peticiones y las exigencias de tal modo, que, aunque recibidas por el feliz mortal con olímpica indiferencia, le abrumen por su número y calidad y le obligan á consagrar largas horas á darles contestación.

Y no es esto solo lo que molesta y desazona al afortunado padre de la patria, sino la presentación de cuentas que hacen los agentes de los gastos de la elección, gastos de correspondencia, gastos de emisarios, á pié y á caballo, gastos de tren, de coche y de otros vehículos, gastos de cafés, fondas y tabernas, comilonas dadas á los señores de las mesas, cantidades entregadas en mano á los electores del colegio Z, salario por tres días á los mozos de la partida de la porra, regalos, convites, propinas, sobornos, etc., etc.; la suma total asusta, y, aún cuando sabido es, por todos los que tienen uso de razón, que la honra de representar al país se compra siempre á muy alto precio, y aún cuando el candidato favorecido por la suerte tiene ya estudiado el modo de reembolsarse en breve plazo de estos dis-

pendios en cuanto jure su cargo y cuente con que, no solo él, sino sus allegados, han de dar un buen pellizco al pastel del presupuesto, no deja de preocuparle la suma á que ascienden los gastos y el modo como ha de aquietar á los acreedores impacientes.

Y como no siempre inspiran confianza ciertos agentes y no pueden exhibirse los comprobantes de muchas partidas, ocurren con frecuencia disgustos y resentimientos que trascienden á la plaza pública.

En resumen, este periodo se caracteriza por la postración y abatimiento de fuerzas del cuerpo electoral, por la alegría del triunfo y por las esperanzas risueñas del corto número de íntimos del candidato elegido y por la satisfacción inmensa que experimenta éste, si bien amargada por una sensación de ligereza y de vacuidad en la región de los bolsillos que llega á producirle algun insomnio.

Concluye el periodo post-electoral convirtiéndose el candidato en diputado electo y al recibir este de manos de sus amigos el acta que tanto le ha costado, suele pronunciar una arenga chirle, en la que jura corresponder á la alta honra que le dispensa el distrito consagrando á su servicio sus fuerzas todas y su vida entera y con este acto, el estampido de algún cohete, el eco de algún viva y la celebración de algún banquete amenizado por la

murga del pueblo, termina el sufrimiento del país y da fin el padecimiento electoral.

COMPLICACIONES

Hemos descrito la malaria electoral simple; pero conviene citar algunas de las complicaciones que más frecuentemente alteran su marcha y que comunican distintas fases al padecimiento.

Las principales son:

El candidato se retira antes de la lucha: esto es; en el periodo de invasión. Este incidente, en verdad, lejos de complicar, simplifica la situación y la fiebre electoral se modera y recorre después todos sus periodos con la mayor benignidad.

El candidato se retira durante el periodo de votación: después de haber hecho todos los trabajos que conmueven hondamente al país, lanza á sus enemigos á la lucha y cede en los momentos críticos: esta complicación puede decirse que no modifica apenas la enfermedad, que sigue su curso casi hasta el último momento.

Las querellas y causas criminales que nacen con motivo de los atropellos electorales, constituyen otra complicación; porque molestan, agrian y enemistan seriamente las familias y perturban la paz de los pueblos, no solo durante el periodo post-electoral, sino aún

mucho después por más que el jurado suele dar fallos absolutorios que aseguran la impunidad de todo género de delitos.

La anulación de la votación de uno ó más colegios, la falsificación de alguna acta y su desaparición ó sustracción, como varias veces ha sucedido, complican gravemente esta dolencia, que se recrudece hasta el punto de volver á recorrer sus periodos comprometiendo la salud y la tranquilidad públicas.

Pero la complicación más terrible es la declaración de gravedad del acta; porque entonces se mantienen vivos los manejos de los caciques, comienzan de nuevo los trabajos electorales y suben de punto las disensiones y rencillas del distrito en expectativa del fallo de la Cámara. Si por fin el vencido logra obtener la anulación del acta desencadenánse en el distrito todas las malas pasiones, pónense en juego todas las malas artes y apélase á todos los medios, por reprobados que sean, para conseguir el triunfo en las nuevas elecciones.

La recaída es gravísima: la fiebre vuelve á comenzar y, cualquiera que sea su terminación, el pueblo queda extenuado, empobrecido y exhausto de fuerzas y entra después en una convalecencia prolongada, que por desgracia es con frecuencia interrumpida por nuevos accesos de la malaria electoral.

DIAGNÓSTICO

¡Cosa extraña! El diagnóstico de esta enfermedad no ofrece dificultad alguna; á diferencia de lo que pasa en otros males, no hay que buscar bacilos, spirilos, monas, ni ninguna otra especie de micro-organismos; huelga aquí el microscopio, pues la causa de esta fiebre política la constituyen dos macrobios, visibles sin necesidad de lente alguna y que se encuentran con profusión lo mismo en la capital de provincia, que en la villa ó en la aldea, siempre donde exista un proceso electoral.

Estos macrobios son el candidato y el cacique, cuya historia natural no podemos detenernos á hacer en este lugar, advirtiendo solo que la malignidad de estas dos especies zoológicas es tal, que supera y excede á la de las especies microscópicas, pues sus toxinas envenenan, emponzoñan é infectan no solo á un individuo sino á los pueblos y á la nación entera.

Es ya un hecho perfectamente comprobado por la Ciencia que el *Candidato y el Cacique* constituyen la causa de la infección de que nos ocupamos, pues sin ellos no hay elecciones posibles y donde quiera que ellos existen, puede asegurarse que aparecerá pronto la fiebre electoral.

PRONÓSTICO

Es siempre grave por los odios y enemistades que produce, por la intensidad de la fiebre política, por la conculcación de los derechos, por las convulsiones populares, por los desórdenes morales y por las pérdidas de fuerzas, que acompañan y siguen á este padecimiento; pero hay que advertir que la infección electoral, presenta á gunas formas relativamente benignas.

Nos referimos á las elecciones de ayuntamientos, de senadores y de diputados provinciales y se comprende; las elecciones de diputados á Cortes constituyen una infección nacional, participan de ella todos los elementos del organismo social y son como antes se decía *morbis totius substantiae*, mientras que las otras no afectan tan altos intereses. En una palabra, las de senadores y provinciales son respecto á las de diputados á cortes lo que la colerina respecto al cólera morbo, ó lo que es la tifoidea levisima es al tifus petequial.

TRATAMIENTO

No se conoce en la actualidad medio alguno para cortar los accesos de esta fiebre, ni pa-

ra precaver su aparición y no solo estamos muy distantes de hallar la *nueva quinina* que nos libre de este azote, sino que, es más, los pueblos se han acostumbrado á su nociva influencia y se creen libres cuando soportan el yugovergonzoso de candidatos y caciques; semejantes al morfinómano, que dominado por el hábito, cree deber la felicidad al veneno mismo que le enerva, le embrutece y le mata.

Algunos tratadistas de afectos políticos sostienen que vista la ineficacia de los medios dietéticos y farmacológicos, debería, dejando á un lado inútiles y perjudiciales contempORIZACIONES, emplearse la cirujía para combatir la infección electoral y proponen nada menos que recurrir al hierro y al fuego para estirpar la causa que la produce. No conocemos hoy, preciso es confesarlo, cirujano alguno que reúna á su talla y prestigios, mano bastante hábil y fuerte para acometer con éxito tamaña empresa quirúrgica.

Acaso el exceso del mal mismo, sus trastornos y sus sacudidas provoquen alguna violenta reacción que salve al organismo social de su ruina.

Hoy por hoy tenemos que reconocer la impotencia de la ciencia y proclamar la incurabilidad de este padecimiento y puesto que la generación actual está condenada á sufrir esta plaga asoladora, roguemos á Dios que nos de-

vuelva la salud perdida y esperemos de su misericordia infinita que envíe pronto remedio á los males de nuestra sociedad.





TERCERA PAGINA

EL NOTICIERISMO PERIODÍSTICO

I

PRELIMINARES

Existe una grave enfermedad social en nuestros días, que aunque digna de ser conocida en sus orígenes, en sus manifestaciones y en sus consecuencias, por la personas competentes, para ver de evitar, si aún es tiempo de ello, su marcha terriblemente invasora, no ha logrado fijar la atención del publicista, del político, del hombre de gobierno, ni del moralista, por más que á todos interesa su estudio.

No puedo explicarme como bastando la aparición de un caso sospechoso de cólera, para alarmar al país y para tomar todo género de

medidas coercitivas, cuarentenas, cordones y cordeles sanitarios, inspecciones facultativas y fumigaciones variadas, de eficacia más ó menos ilusoria; pero positivamente molestas y desagradables; no se piense también en adoptar alguna medida de preservación para evitar la propagación y contagio de otra plaga que nos invade y nos asuela desde hace algunos años y cuyos efectos son en mi juicio mil veces más desastrosos que los del cólera indiano.

Esta plaga más terrible que las siete de Egipto, este azote que castiga á las modernas sociedades, esta epidemia cuyos primeros casos se dejaron sentir hace sesenta y tantos años, esto es, casi al propio tiempo que aquella otra producida por *el envenenamiento de las aguas de las fuentes por los frailes*; esta peste, repito, se ceba con mayor furia cada día y amenaza llevar sus estragos hasta un punto que aterra.

Me refiero al noticierismo periodístico.

Aparecen sin cesar nuevos casos en los diarios políticos y no políticos y se propaga y cunde con rapidez extremada desde las grandes capitales hasta las pequeñas villas y los lugares más apartados: allí donde hay una redacción puede haber un foco intenso, y allí donde hay un suscriptor puede haber una víctima.

La causa más insignificante, el motivo más leve, el rumor más ligero, un crimen,

una riña, una pendencia, bastan para determinar la aparición del primer caso en la redacción más cercana; pero á veces ni aun eso es menester, y cuando no hay causa real, se inventa, que para algo ha de servir la fecunda imaginación de los chicos de la prensa, y la caída casual de una sañora en la calle, el llanto de un niño en el portal de una casa, el ahullido de un perro á altas horas de la noche, bastan para forjar un drama de amor ó una tragedia de celos. Para esto tómanse datos en los corrillos callejeros, pídense noticias en la portería de la casa de enfrente, recójense los chismes que vierten las comadres de la vecindad y, con un poco de exageración y si acaso con otro poco de inventiva, ya hay materia para media docena de artículos espeluznantes, en los que se pintan y puntualizan los extravíos de la pasión del amante desdeñado, la indecible crueldad de una madrastra inhumana, ó los horribles fulgores de *la tempestad bajo un cráneo* que precedió á la muerte de un infortunado suicida; y los sencillos y candorosos suscriptores del periódico leen, conmovido profundamente el corazón y preñados de lágrimas los ojos, la relación detallada de esos sucesos, cuya verdad no ponen en duda aquellos mismos que niegan la autenticidad de los Evangelios.

Y he aquí de qué manera ocurren á cada momento nuevos casos de tan terrible enfer-

medad. Que al redactar esos sueltos, al urdir esas tramas, al inventar esas fábulas, se falta con tanta frecuencia como descaro á la verdad, dando por seguro y cierto lo dudoso é incierto, no hay para que decirlo; que se insinúan sin empacho alguno sospechas calumniosas para las personas, cuyos nombres se citan, es cosa de todos los días; que se lastima la honra de la mujer sin tacha, del magistrado íntegro, del sacerdote ejemplar, del militar pundonoroso, tampoco es caso raro; pero ¿qué importa? si el suelto atrae la pública atención, si el periódico se arrebatada de manos de los vendedores, si hay que hacer otra tirada.

El escándalo es la solemnidad del periodismo.

Es menester excitar á toda costa la estúpida curiosidad de la masa anónima de los lectores y para lograrlo—si es preciso—se insulta á la autoridad, se lleva la intranquilidad al hogar honrado, se ridiculizan las creencias y se encarnece la moral cristiana.

¡Escrúpulos de un noticiero! Sería cosa de dormirse los lectores con el periódico en la mano, si no se permitiese aderezar la relación de los hechos con los comentarios más apetitosos, esto es, con la difamación y la calumnia. Y así se hace.

Una desgracia casual, un lance sangriento, un suicidio, son otros tantos motivos para conmover los sentimientos, para excitar la

salvaje curiosidad, acrecentando por lo tanto la venta del periódico, y ante este propósito no se vacila en poner al descubierto llagas secretas, en cubrir de vergüenza venerables canas, en manchar de lodo la toga del juez ó el uniforme del soldado, y en arrojar por fin á la turba para que sacie su apetito, todo lo más digno, lo más respetable, lo más augusto, lo más santo... ¡y cómo se ha de vacilar, si en estos buenos golpes la cuantía del lucro está en relación con la magnitud del escándalo!

¡Y no queremos hablar del *chantage*; porque hay tantos géneros de *chantage*!

Un incendio, un naufragio, una inundación, una catástrofe cualquiera, no ha de ser referida lisa y llanamente con el colorido apropiado, sí, pero ciñéndose á los límites de lo real y de lo verdadero; nada de eso, tanto valdría, renunciar á la explotación de una mina, después de haber descubierto el filón. Es preciso aprovechar la ocasión y dar á los hechos más sencillos tales dimensiones y tan extraordinarios caracteres, que el pueblo ansioso de todos los pormenores del trágico acontecimiento devore con los ojos la descripción de aquellas escenas de dolor y de agonía, producto de la caldeada fantasía del articulista, que pinta como testigo ocular, cuando muchas veces no se ha movido de la redacción... y la empresa recoge ópimo fruto de la travesura del escritor, que sabe explotar con mano

maestra la rica y nunca agotada mina de la pública credulidad.

Esta credulidad sin límites del ilustrado público de nuestro siglo, que cree en todo lo inverosímil y lo extraordinario, inventos asombrosos, prodigios de curandería y relaciones estupendas de espiritismo, constituye un terreno abonado y apropiadísimo para el desarrollo y propagación de los gérmenes de la enfermedad que nos ocupa, contribuyendo también no poco á ello el inmoderado afán del lucro de los propietarios de la hoja periodística, que no retroceden ante consideración de ningún género, cuando se trata de exprimir el bolsillo del cándido ciudadano.

II

AGENTES DE PROPAGACIÓN

Pero aparte de estas generalidades, si ha de hacerse un estudio serio de esta paga social, es forzoso dedicar preferentemente la atención á los agentes consagrados á la propagación del mal, esto es, al reporter ó recolector de noticias, sucesos, datos y chismes de todo género, y al articulista encargado de lanzarlas convenientemente disfrazadas á la corriente de la circulación.

Parece á primera vista que ambos digna-

tarios del cuarto poder del Estado, ambos sacerdotes de la diosa publicidad, ambos campeones de la causa de la ilustración y del progreso, debían de ser personas instruidas, de vasta lectura y erudición no común, versadas en estudios de filosofía, ciencias, artes, literatura, materias acerca de las que emiten su opinión todos los días, y á la vez hombres serios, concedores de la sociedad, discretos en todo caso y respetuosos siempre con las santas creencias, las gloriosas tradiciones patrias, las virtudes del hogar y la honra del ciudadano.

¡Que ilusión! Veinte y tantos años, alguna chispa, despreocupación y desenfado, conocimientos en los teatros, circos, casinos, cafés y otros rincones más ó menos aseados de la población donde se escribe, y haber leído las novelas más *realistas* de los autores franceses de moda, basta para asentar plaza en una redacción y llenar las múltiples funciones del cargo, que consiste primero en recoger de la vía pública y vaciar en el cesto de la prensa, para solaz, conocimiento y educación del pueblo, toda clase de dicharachos, patrañas, chismes y relatos escandalosos, y después convertido en cronista, corresponsal ó crítico, referirnos los planes de los grandes hombres políticos, describir con perspicacia las tramas y designios de la diplomacia europea, trazar planes de campaña para invadir el territorio

marroquí, y emitir juicios críticos *ex cátedra* acerca de las obras filosóficas, literarias y científicas de actualidad.

¡Y pensar que hay órganos de la opinión que no cuentan con una docena de actores para desempeñar tan variados papeles!...

III

CLASIFICACIÓN Y DESCRIPCIÓN

Ahora bien; clasificar los géneros, especies y variedades del chico de la prensa y estudiarlo detenidamente uno por uno es empresa digna de ser acometida por pluma mejor cortada que la mía.

Trazaremos sin embargo algunos rasgos característicos de las especies principales.

El revistero de salones, pollo galante, al-
mibarado y pegajoso, que concurra á todas las *Soirées*, dispuesto á entrar á saco en el *buffet*, y llevarse en los bolsillos de su frac forrados de hule todos los *Sanwichs* y los pastelillos que caen bajo el alcance de su mano, para acallar la cotidiana debilidad de su estómago: estas faltas y otras demasías las perdona de buen grado la alta sociedad á condición de derrochar los epítetos de bella, hermosa, encantadora, seductora, etc., etc., en el artículo que aparece al día siguiente de la fiesta.

El crítico de teatros, que entrada y butaca gratis, asiste á todas las representaciones para juzgar el mérito y alcance filosófico y político del drama, el desempeño y condiciones de los actores y la afinación de la orquesta, haciendo á la vez ostentación de los profundos conocimientos literarios y de sus aptitudes artísticas, fulminando acres censuras ó reparciendo credenciales respectivamente de *eminente dramaturgo*, *gloria de la escena española*, inspirada batuta, al autor de la insulsa producción, á sus adocenados intérpretes, ó al pobre director de la murga. El revistero de salones y el de teatros precisan estudiar á fondo el arte indumentario antiguo y moderno, y necesitan además asesorarse frecuentemente con joyeros, modistos y peluqueros para dar cuenta exacta en sus crónicas de la riquísima *riviére* de la *émbajadriz* H, del irreprochable corte del frac del marqués K, de la elegante *toilette* de la generala Z, descendiendo á todos los detalles técnicos que el caso requiere.

Hay reporter que penetra con la policía en la habitación del suicida y pinta al día siguiente con vivos colores la posición y aspecto del cadáver, las manchas de sangre, los orificios de entrada y salida del proyectil, y trasmite la carta de despedida, hallada en el bolsillo izquierdo del pantalón del difunto, aprendida de memoria después de leída por encima

del hombro del actuario, que inventariaba los documentos y efectos á aquel infeliz. A continuación el articulista nos habla de la vida y costumbres, vicios y virtudes del suicida, nos insinúa ó indica claramente la causa que le *indujo á adoptar tan fatal resolución* y dirige inculpaciones á la sociedad por no haber sabido tender la mano á aquel pobre náufrago en el mar de la vida, genio desconocido que hubiera dado, á no dudarlo, días de gloria á su patria.

Viene luego el cronista de dramas judiciales, que después de haber seguido á los médicos al anfiteatro de autopsias y observado los destrozos causados en el cráneo por la caída desde el tercer piso, nota también que existe un surco violáceo horizontal en el cuello, que la lengua está lívida y entre las arcadas dentarias, que abundan los puntos equimóticos en toda la extensión de la mucosa de las vías respiratorias, y emite con tal motivo la sospecha de que el infortunado joven ha debido ser estrangulado antes de estrellarse contra el pavimento de la calle. Este cronista antes de escribir su articulejo hojea á Tardieu y á Mata y pasa por hombre perito en achaques médico-legales ante los chicos de las peluquerías, los mozos de café, y los cocheros de plaza, entre los cuales existe la unánime opinión de que, gracias á la intervención del oficioso observador, no quedará impune tan horrible

crimen. El drama judicial comienza á fatigar al público; pero pocos años hace ha producido grandes entradas á las empresas periodísticas.

Aparece después el articulista que ocupa una columna del periódico para darnos noticia del grave disgusto acaecido á las altas horas de la noche en una de las mansiones más aristocráticas de la corte. El estilo en que se redactan estas historietas se parece al siguiente: Personajes, una dama de distinción y hermosura sin iguales, su esposo título de Castilla, que habitualmente reside en su posesión de Extremadura, y que pasa ya de los 60 años, y un joven diputado castellano de gallarda presencia, afortunado en empresas galantes y que se hallaba de visita en las habitaciones de la condesa, cuando el marido se presentó inopinadamente. Consecuencias. Un terrible ataque de nervios, violentos apóstrofes, puños amenazadores, intervención de la servidumbre, escándalo monumental y un duelo en ciernes. Como puede advertirse por este *specimen*, la discreción es la nota característica de estos artículos, no se escribe en ellos no sólo nombre propio; pero todo Madrid saborea el gracioso lance y señala con el dedo á sus héroes; la honra de la casada queda por los suelos, el diputadillo enaltecido por su nuevo glorioso triunfo, y el nombre del anciano marido mancillado y escarnecido.

Otro noticiero es el que nos describe con

todos sus pelos y señales el incendio ocurrido la pasada noche en la fábrica de jabones situada en el barrio X y propiedad del acaudalado Sr. Z. El escritor elogia las disposiciones del arquitecto, entre otras, la de ordenar el derribo del muro de la izquierda, censura al teniente alcalde por no dirigir los heridos á la casa de socorro con más premura, aplaude la actividad, el celo y el valor desplegado por los bomberos, esos *héroes anónimos*, dirige terribles cargos á la compañía de seguros y lamenta el abandono en que el municipio tiene servicio tan importante como el de incendios. Y luego entra en materia y nos habla del cuerpo de bomberos tal como se halla establecido en París, Bruselas, Londres, Viena y Berlín; Berlín y New York, sobre todo, en donde según datos fidedignos no se ha dado jamás el caso de que á los cuatro minutos y 20 segundos de iniciado el fuego no se hayan hallado en su puesto bombas y bomberos, autoridades y todos los elementos necesarios para combatirlo, y termina lamentando el atraso de nuestra desgraciada España, al lado de la sabia Alemania, en donde todo ciudadano está obligado á aprender en la escuela de primeras letras el manejo de las bombas aspirantes é impelentes, disposición laudabilísima por todos conceptos. Este artículo produce honda impresión en las compañías de seguros, en los propietarios de fincas urbanas: uno de estos

concejal, propone el autor para el mando de la brigada de bomberos municipales.

Hay también cronista que concurre á los banquetes de electores, de hombres políticos, de militares, de economistas, de industriales, etc. Este, además de reseñar los brindis, tiene que dar cuenta al público de los nombres de todos ó de la mayor parte de los comensales, dedicando á cada uno un elogio, una frase de alabanza, ó por lo menos un epíteto halagüeño: esta es la principal dificultad que solo se vence á fuerza de talento y penetración, agotándose á veces el vocabulario laudatorio de *consecuentes políticos, bizarros generales, opulentos banqueros, grandilocuentes oradores*, etc. Es de rigor para redactar estas crónicas, poseer vastos conocimientos gastronómicos, designar por su nombre las diversas preparaciones culinarias, precisar la edad en los vinos y citar á Brillat-Savarin, para todo lo cual debe antes cursar dos años de francés en un instituto provincial. Si el articulista ha tomado asiento á la mesa, suele á fuer de estómago agradecido, expresar su reconocimiento hacia el anfitrión, cocinero y comensales inclusive, elogiando el *consonmé, la poluarde, le veaux aux olives, le saumón á la grenadiere, le Xerez, le Madeira, le Moka* y hasta las *tagarninas*.

Nota bene. Este cronista goza la franquici-

cia de llevarse para su casa una docena de habanos en el bolsillo.

Existen además articulistas consagrados á pergeñar historias misteriosas, terroríficas y escandalosas más ó menos auténticas... Figura en ellas una ilustre dama ya anciana, un general vencedor en cien batallas y muerto en el destierro por causa política, un hijo de ambos—adulterino, por supuesto—que se halla en presidio hace diez años, víctima—claro está—de un error judicial, y una media hermana del presidiario, huérfana, de tan esclarecidos blasones como hermoso corazón, que intenta pedir el indulto arrojándose á los pies de la Soberana.

Un infame aristócrata que ocupa en Palacio alta posición, se ofrece á ayudar á la joven, si ésta le concede sus favores ¡que horror! El inocente presidiario se escapa de Ceuta, donde estaba, y sabedor de todo lo que pasa, mata en duelo—eso sí—al vil seductor.

Mucha imaginación y travesura hacen falta para historietas que satisfagan el delicado paladar de los suscriptores de estos periódicos, y antes de encargarse de estos trabajos literarios es preciso empaparse en la lectura de obras maestras de Dumas, Sué, D'Arincourt, Soulié, y sobre todo de nuestro Aiguals de Izco, que supo cautivar la atención pública, de los progresistas hace algunos años.

Vencidas estas dificultades, el éxito es in-

comparable por la curiosidad que despierta en cierta gentes deseosas de conocer los detalles de la vida de la corrompida aristocracia: publiquense especialmente estas anécdotas en la prensa democrática con singular aceptación.

Hay también otros chicos encargados de asistir á las inauguraciones de túneles, puentes, cafés cantantes, balnearios, iglesias, establecimientos de beneficencia, fábricas de ladrillos, de chocolate, de productos químicos y de botones, hoteles y restaurants, que tanto monta para ellos. Estos empiezan por describirnos las molestias del viaje, si han tenido que salir de la población, para encarecernos el mérito y la importancia de su misión, y después con singular y asombrosa desenvoltura se lanzan á tratar asuntos de ingeniería, medicina, industria, administración pública y repostería, dejando admirados á los lectores de los talentos enciclopédicos que revela el autor de los artículos. La constitución geológica del terreno, los metros cúbicos de tierra removidos, las dimensiones del túnel y máquinas usadas para su perforación... Longitud, pilares y resistencia del puente, sistemas de construcción, materiales empleados... Decorado del salón, adorno y pinturas, procedencia de los mármoles, precios de los espejos y del mobiliario, mérito plástico y artístico de las cantantes... Importancia, caudal y análisis de las aguas, existencia del ázoe,

papel que asignan á este gas los hidrólogos españoles, descripción de pilas, piscinas, sistemas de pulverización, duchas, etc., retratos del propietario, director y administrador... Fachada del templo, sus naves, sus capillas, retablos, imágenes, ornamentos, vasos sagrados, órgano, incensarios y campanas... Situación y orientación del hospital, idea de las salas y sus condiciones higiénicas, de la capilla, sacristía, botica, despacho del administrador, habitaciones de los empleados... Hornos y sus sistemas, temperaturas máximas, gasto de combustible, ladrillos, loza, azulejos, porcelanas... ó bien cantidades proporcionales del caracas y guayaquil, azúcar y otras sustancias... Obtención de los productos químicos, modicidad de su precio, fabricación de extractos, vinos, elixires, gránulos y pastillas, con una reseña de los específicos de la casa para la rabia, el muermo y las enfermedades secretas... Del hueso, su composición química, blanqueo y preparación, preferencia sobre la pasta para la fabricación de botones... En fin, todo, absolutamente todo se describe, se detalla, se puntualiza y se juzga tanto más favorablemente cuanto más espléndido haya sido el banquete de inauguración. Nunca falta alguno de los representantes de la prensa que disgustados de la acogida dispensada, censura cuanto ha visto, y recordando sus viajes nos traiga á cuento el viaje de Mont-Cenis,

la catedral de Pisa, el balneario de Steinich-
ters, las fábricas de Manchester y el hotel de
los príncipes de San Petersburgo, para pro-
barnos cuan grande y deplorable es nuestro
atraso. Para desempeñar el cargo de articulista
de inauguraciones parece necesario ser doc-
tor en ciencias, haber viajado diez años por
Europa y América y hablar tres idiomas ex-
tranjeros.

Hay además el corresponsal militar que si-
gue á los ejércitos en campaña, estudia el país
enemigo, indica los puntos donde han de
construirse reductos y fortalezas y donde de-
be acampar la caballería, señala los errores
del plan estratégico del general en jefe é ilus-
tra al Estado Mayor con acertadas observacio-
nes, deplora el mal estado del material sani-
tario, pues se ha practicado la amputación de
la pierna de un capitán de ingenieros con un
cuchillo de cocina, por carecer del instrumen-
tal quirúrgico apropiado, y censura á la ad-
ministración, militar pues sabe que no ha en-
viado á su destino cuatro cajas de herraduras
para los mulos de la batería de montaña de la
tercera brigada de la cuarta división del cuer-
po de vanguardia. Estos corresponsales, cuya
misión es de importancia tan notoria han dado
en Africa gallardas pruebas de su valor; tra-
tándoles Martínez Campos con los miramien-
tos á que eran acreedores. Algunos de ellos
sirven uno ó dos años en las filas del ejército

ó cursan uno ó dos semestres en las escuelas militares para prepararse debidamente al desempeño de su cargo, y aunque pasan á veces malos ratos, sustos y estrecheces, tienen en compensación opción á la medalla del mérito militar con distintivo rojo.

El cronista naval es una variedad del anterior, necesita poseer grandes conocimientos náuticos de artillería y maquinaria de vapor, tiene opción á la medalla del mérito naval, que no compensa siempre los sinsabores que pasan á bordo á pesar de la proverbial galantería de los oficiales de marina.

Es digno también de mención el chico encargado de las *interviews* que apenas tiene noticia de la llegada de algún personaje político, sabio más ó menos auténtico, renombrado artista, estafador notable, inventor de globos dirigibles, ó parricida de moda, se apresura á visitarle para interrogarle acerca de la actitud del partido conservador en la Cámara; del criterio científico dominante en la academia sobre la mayor ó menor excentricidad de la órbita de Urano; del mérito que concede al cuadro última mente descubierto de Teniers ó al brazo perteneciente á la Venus de Milo; del modo y manera como ha falsificado la firma del príncipe Liebtetenberg, y de que papel y tinta se ha valido para ello; de los principios sobre que reposa la invención de la máquina voladora, de dinamos y de corrientes eléctricas,

de los gases empleados por la repleción de los aerostatos; y del móvil del crimen, arma con que lo perpetró, número de golpes inferidos, relaciones adúlteras de la víctima, retrato moral de esta y de su amante, etc. etc.

Para ejercer el cargo de interwievista se exigen además de extensos conocimientos en todos los ramos del saber humano, un delicadísimo y un don especialísimo para vencer las dificultades que halla á su paso, para lograr apoderarse del ánimo del interrogado, para arrancarle con suavidad todos los secretos necesarios á la pública información, y para decir en alta voz, en el periódico, aquello mismo que se ha oído quizá confidencialmente y en reserva; bien puede decirse que la condición característica de este corre-ve-y-dile periodístico es la suma discreción.

No dejaremos tampoco en el tintero al cronista patibulario. Atento éste al alta y baja del movimiento de los tribunales apenas cometido un horroroso crimen, vigila la marcha de la causa, y en cuanto se pronuncia la sentencia de muerte hace su maleta y emprende el viaje al lugar donde se halla el reo.

Una vez este en capilla, empieza el cronista su cometido, que no cesa hasta que ejecutada la terrible pena, retiran el cadáver del patíbulo para darle sepultura en el cementerio.

No hay en estos dramas detalle que no interese al público, y así conviene no perder de

vista ni un momento al protagonista para consignar sus actitudes, gestos, palabras, alimentos, bebidas, sueño, oraciones, lágrimas y suspiros..... importa sobre todo conocer el estado de su ánimo, y así le dirige preguntas para poner á prueba su valor: si se acuerda de su madre ó de sus hijos, cuando cometió el primer robo, cuantas puñaladas le dió á su hermano; le invita á tomar unas cañas de manzanilla para ver si traga ó deglute bien, le ofrece unos cigarros y sobre todo le toma el pulso; porque hace muy buen efecto aquello de «la arteria radial daba 97 pulsaciones cuando el pobre Nicomedes subía el primer peldaño de la terrible escalera del patíbulo.»

Y además hay que dar cuenta del tétrico aspecto de la población, del sentido bando del alcalde, de la bizarria del jefe de la escolta, de la atención y consideración del director de la penitenciaría y del nombre, edad, estado y filiación completa del ejecutor, haciendo una sucinta relación de sus hechos de.... justicia.

¡Que conjunto de condiciones reclama el cargo de cronista patibulario! Estudios criminológicos, porque hay que verter algunas frases de efecto acerca de la necesidad y conveniencia de la pena capital, citando párrafos de Tarde, Cornevale, Ferri Lombroso y *tutti quantti*; estudios antropológicos para decir algo de antecedentes fisiológicos del delincuente, complexión, ángulo facial, prognatismo,

degeneración, atavismo, y en fin, todo el bagaje técnico de la flamante escuela: y además un corazón frío y sereno para acompañar al condenado, hablarle, distraerle, entretenerle con la esperanza del indulto, y á la vez son-sacarle todo lo que se pueda para contársele la público.

Y aquí suspenderemos esta ya prolija enumeración, aunque existan otras muchas especies de noticierismo, como son los revisteros de la Cámara de los Diputados, de vistas de causas criminales, de chismes de vecindad, los que se ocupan en describir terremotos é inundaciones, los que relatan las campañas electorales, los que tratan de higiene pública y proponen medidas de preservación, los que se consagran á reseñar festejos, los que se proponen divulgar conocimientos útiles y prácticas *medicales* de otras naciones mas adelantadas, etc., etc., todas e las no menos dignas de estudio que las anteriormente descritas.

IV

TRATAMIENTO

No hemos de terminar estos ligeros apuntes sobre el noticierismo, considerado como plaga social, sin sentar las bases de su trata-

miento, aunque bien se nos alcanza que es esta la parte más difícil de nuestro trabajo.

La primera necesidad que se deja sentir, para reprimir la propagación y disminuir los estragos del afecto epidémico que nos ocupa es que, así como se exige un nombramiento, un diploma ó un título académico para dirigir la construcción de un edificio público, para defender ante los tribunales los derechos y la vida de un ciudadano ó para prescribir los medios conducentes á la curación de nuestras enfermedades, exija también el Gobierno condiciones de competencia y de moralidad para ejercer la profesión periodística, y ponga trabas á la osadía, impudencia é ignorancia, para evitar que se entronicen en la tribuna de la prensa. Y ya que no pretendamos que los altos funcionarios del cuarto poder del Estado posean conocimientos enciclopédicos, sufran rigurosos exámenes y contribuyan, como los demás mortales, con su cuota de derechos para la obtención de su título profesional, pidamos al menos, y no se nos tachará de exigentes, que aprendan de memoria y entiendan el catecismo de la Doctrina cristiana del P. Astete, y el Compendio de la Gramática española de la Academia. Con el conocimiento de los deberes que impone la primera, evitaríase la frecuente transgresión que se hace de sus preceptos, ya relatando hechos escandalosos más ó menos verídicos, pero dignos de reserva; ya

descubriendo á la mirada del público indifere-
rente, faltas y flaquezas de la vida pacífica del
ciudadano, que no son de la jurisdicción de la
prensa, ya tergiversando sucesos, ya interpre-
tando torcidamente sanas intenciones, ya des-
prestigiando legítimas autoridades, ya hollan-
do respetables creencias; y con el estudio de
las reglas dictadas por la Academia se pondría
un dique á la creciente inundación de *barba-*
rismos y toda clase de yerros gramaticales,
que amenazan, pero muy de cerca, dar al tras-
te con la pureza y limpidez del habla caste-
llana

Bien sería además que los reporters, noti-
cieros, cronistas, corresponsales y demás
agentes de la información periódica, estu-
viesen sometidos ya no diré á una legislación
excepcionalmente severa como la militar—
que bien podría aplicárseles atendidas la re-
sonancia y la trascendencia de sus frecuentes
desmanes—pero siquiera al fuero común co-
mo los demás simples mortales; para que no
ocurriese lo que vemos todos los días, esto es,
la impunidad de los delitos de imprenta y la
absolución de sus perpetradores por el jurado.

A toda libertad, toda responsabilidad; y
puesto que se escribe sin traba alguna, sea la
rigurosa penalidad una garantía contra los
excesos del noticierismo.*

Mucho mejor que todo esto sería quizá una

ley previsora que atajase el mal; la previa censura.....

¡Alto ahí! gritó á mis espaldas la voz de un amigo mío, que leía mis cuartil as, á medida que mi pluma las emborronaba. ¡Alto ahí! ¿Sabes bien lo que pides y lo que propones?

¡Aherrojar la prensa periódica!

¿Ignoras acaso que la libertad de la prensa es el mejor baluarte contra la posible tiranía de los poderes?

¡Espíritu cobarde y miserable! ¿qué puedes temer de los excesos de la libertad periódica?

¿No has oído decir mil veces á nuestras eminencias políticas, que la libertad es como la lanza de Aquiles que curaba con el cuento la herida que producía con el asta?

¿No ves que atacar esa libertad es atacar la constitución donde está consignada?

¿No sabes que la prensa es la tribuna del pueblo soberano?

¿No comprendes que en todo país regido por instituciones democráticas, la prensa es un poder que debe ser acatado y respetado?

¡Y piensa, por último, que, aún cuando sea verdad lo que dices, invocar la previa censura es proclamarse reaccionario.....

Yo enmudecí al oír tan abrumadora acusación y puse punto final á mi artículo.



CUARTA PÁGINA

LA LOGORREA

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Padecimiento tan arraigado y profundo, tan generalizado y difundido, de fases tan múltiples y variadas, de aspecto tan complejo y de tan pernicioso influjo en nuestras costumbres, no se comprende como ha pasado inadvertido hasta hoy y como no ha atraído la atención de alguno de los muchos sociólogos del último pasado siglo.

Y la necesidad y la importancia del estudio de la logorrea suben de punto si se considera que, aunque la palabra ha estado con deplorable frecuencia desde los más remotos tiempos al servicio del error, de la mala fé, de la farsa y de la intriga y su abuso ha causado

males sin cuento, contribuyendo á extraviar al hombre y á hacerle víctima del engaño y de la superchería, jamás había presentado el alarmante carácter epidémico que ha alcanzado desde el pasado siglo de las luces, en que, la frecuente celebración de asambleas, congresos, meetings, conferencias, juegos florales y reuniones públicas de todo género, ha servido de alimento, pábulo y combustible á este terrible azote social.

Y no es de extrañar que, así como el celebrado hidalgo Alonso Quijada llegó á perder el juicio en fuerza de desvelarse por comprender el sentido de aquellas enrevesadas frases de Feliciano de Silva «la razón de la sinrazón» que á mi razón se hace de tal manera mi «razón enflaquece...» y otras logomaquias de este jaez; así también muchos cerebros débiles de las últimas generaciones hayan salido de quicio, después de leer y oír mañana y noche durante años enteros, tantas historias novelescas y tantas novelas históricas, tantas tragedias espeluznantes y tantos dramas simbólicos, tantas lucubraciones científicas y críticas literarias, tantas disquisiciones filosóficas, tantos bombos y reclamos periodísticos, tantos discursos y peroraciones políticas, tantas oraciones y panegíricos académicos y tantas arengas, mensajes, speeches, brindis, frases y palabras vanas...

¡Plaga horrible la del charlatanismo, que

extiende de día en día su radio de acción, que invade todas las clases y que amenaza anegar la sociedad entera!

No hay empresa humanitaria, industrial ni mercantil, no hay esfera de la actividad humana, ciencias, artes, letras, política, en donde no aparezca el charlatán, cubierto de oropeles y disfrazado de filántropo, de sabio, de literato, de estadista para recoger los aplausos, los laureles, los honores y sobre todo, los beneficios que solo son debidos al hombre que trabaja por el bien de sus semejantes y que rinde culto á los ideales de la verdad, de la justicia ó de la belleza.

Si miramos á nuestras asambleas políticas, vemos ocupada la tribuna de las cámaras del club y del meeting por figuras insignificantes y oímos sin cesar el aluvión de sus palabras huecas.

Si entramos en los templos de la ciencia, cátedras, academias y ateneos, hallamos al charlatán envolviendo la pobreza de sus conceptos, en torbellinos de frases sonoras.

Si penetramos en el foro, encontrado al vir... dicendi peritus, serio, estirado, enfático pronunciando discursos ampulosos, profusos, indigestos, desprovistos de toda doctrina.

Si volvemos la vista al campo literario, apenas hallamos un nombre insigne y una obra de verdadero mérito entre el innumerable fárrago de producciones frívolas, insus-

tanciales, soporíferas, sin inspiración ni alcance, sin objeto ni colorido.

En la industria, en el comercio, en las artes de utilidad y adorno, en los negocios de todo género, se vé también y se siente la mano del charlatán sustituyendo á la probidad, á la seriedad y á la buena fé, la informalidad, la exageración, la garrulería y el embuste; cambiando la significación de los vocablos, llamando á lo sencillo, elegante; á lo rico suntuoso; á lo grave, majestuoso; á lo útil, indispensable; á lo exótico, selecto; confundiendo los caprichos de la moda con las exigencias naturales del buen gusto y recurriendo sin empacho alguno al *bombo* retumbante y al descarado reclamo.

Y por último la prensa periódica ocupándose de nimiedades fruslerías y miserias, abriendo sus columnas á toda noticia, á todo rumor, á todo chisme, ensalzando nulidades, propalando falsos descubrimientos é invenciones, consagrando su cuarta plana á cebo de los incautos, á exhibición charlatanesca de remedios secretos, de agencias matrimoniales y de anuncios de todas clases y colores, convertida en fin en empresa industrial para explotar la credulidad del público valiéndose de toda clase de supercherías.

He aquí en breves rasgos trazado un cuadro de los terribles estragos del padecimiento cuya monografía vamos á bosquejar, como

imperfecto ensayo de estudio más concienzudo y acabado que algún día habrán de acometer personas de mayor autoridad científica que la nuestra.

SINONIMIA

Logorrea — Logorragia — Verbifluencia — Verbosidad — Facundia — Locuacidad — Charlatanería — Charlatanismo — Palabrería — Garrulería — Embustería — Parlamentarismo — Especificismo.

Logorréico — Logorrágico — Verbifluente — Verboso — Locuaz — Charlatán — Hablador — Parlanchín — Embaucador — Embustero — Parlamentario — Especificista.

Todos estos nombres expresan la misma enfermedad y el mismo enfermo; pero con matices de significación; porque como todos sabemos, no existen en rigor verdadero sinónimos.

Difícil nos sería trazar líneas precisas para caracterizar debidamente las diferencias entre estos vocablos—tarea por otra parte más propia del filólogo y del purista que del médico—y así nos limitaremos á apuntar algunos rasgos distintivos que los separan.

Del mismo modo que por no impresionar desagradablemente á ciertos enfermos no em-

pleamos las voces *sarna*, *herpes* y *escrófula* y nos servimos con preferencia de otras denominaciones técnicas, quizá no tan significativas y precisas; así también usamos los nombres cultos y de formación etimológica griega y latina, logorrea, logorragia y verbifluencia, porque no hieren tanto los oídos del paciente como los de charlatanería, garrulería, embustería, aunque quizá estos sean más castizos y espresen la idea con mayor claridad.

Esta es acaso la principal razón de la polionomasia del afecto que estudiamos, si bien podemos señalar los matices de significación siguientes:

Logorrea parece indicar enfermedad habitual y de larga fecha, vicio crónico y arraigado.

Logorragia y verbifluencia, enfermedad aguda y circunstancial. Para fijar bien estos conceptos conviene recordar las diferencias entre borrachera y embriaguez y entre blenorrea y blenorragia.

Verbosidad, facundia, son denominaciones que se refieren únicamente á la facilidad de expresión y abundancia de palabras, que muchas veces no solo no constituyen estado morboso, sino que pueden ser una manifestación apreciable de sana mentalidad.

Locuacidad, palabrería es profusión de palabras ociosas: es hablar mucho y sin substancia con el más leve motivo.

Charlatanismo, charlatanería es vicio de hablar mucho, indiscreta y vanamente, sin objeto serio y aun sin sentido muchas veces.

Garrulería es hablar mucho necia, enojosa y pesadamente, divagando y perdiendo como suele decirse el hilo del discurso.

Embustería es hablar mucho, exagerando y deslizándose en la conversación frecuentes patrañas y embustes con ánimo de engañar ó embaucar á los oyentes.

Grado avanzado de la logorrea es este, que supone ya la falta de sinceridad y de veracidad en el enfermo.

Claro está que en muchas ocasiones la enfermedad no presenta todas estas fases, ni recorre todos estos periodos y así ni la verbosidad llega á ser insípida palabrería, ni el charlatán llega á ser embustero ni mucho menos embaucador; pero la verdad es que suele cumplirse el dicho vulgar «el que mucho habla mucho yerra» y así insensiblemente va graduándose la logorrea y pasa poco á poco de simple indisposición, como lo es en sus comienzos, á revestir los caracteres de grave dolencia como sucede cuando atenta á los fueros de la verdad y de la buena fé de los hombres.

Y para terminar cuanto á la sinonimia se refiere, diremos que el parlamentarismo es el matiz político de la logorrea, como el especificismo es su matiz profesional é industrial:

ambas variedades reconocen causas especiales, tienen alcance, significación y trascendencia mucho mayores y un grado tal de perniciosidad, que las hace dignas á cada una de ellas de una monografía aparte; apesar de lo cual las incluiremos en el cuadro general descriptivo.

DEFINICIÓN Y DESCRIPCIÓN GENERAL

Conocida la Sinonimia podemos abordar ya la definición.

Entiéndese por logorrea, no precisamente el *flujo de palabras*, como ateniéndose á la significación etimológica diría la Academia, si diese cabida á este vocablo en su diccionario de la lengua, sino una enfermedad social epidémica y contagiosa, caracterizada en el paciente por el flujo inmoderado y abusivo de la palabra oral ó escrita, acompañado de inopía intelectual y á veces de refinada malicia y que produce en círculo más ó menos extenso variadas perturbaciones psíquicas.

No se nos ocultan las deficiencias y las vaguedades de que adolece esta definición descriptiva y así procuraremos completarla y aclararla con algunas consideraciones.

El abuso de la palabra —hiperlalia ó superlocución— es verdaderamente el síntoma primordial, pero para constituir un estado patológico es menester que venga acompañado de cierta dosis de tontería como en los parlam-

chines insustanciales ó de cierto grado de mendacidad ó mala fé como en los chariatanes embaucadores y embusteros y aún el conjunto de estas condiciones no produce sino un afecto individual que no es precisamente el que aquí intentamos estudiar y dar á conocer á nuestros lectores.

Hemos comenzado la definición diciendo que la logorrea era una enfermedad social; porque vamos á considerarla según su aspecto general y colectivo y no sería exacta por consiguiente nuestra descripción si la limitásemos á los síntomas que determina en el individuo enfermo.

Y aquí conviene hacer notar una extraña particularidad de esta dolencia.

El logorréico no tiene por lo general conciencia de su estado patológico; por lo contrario se cree sano y aún dotado de ciertas condiciones de superioridad intelectual sobre los demás hombres, ya porque confundiendo él su charla con la noble facultad de la elocuencia se juzgue digno por su mérito de brillar en los salones, de alcanzar elevadas posiciones y de escalar las alturas sociales; ya porque poniendo en juego su charlatanería y fascinando y engatusando á la gente sencilla y crédula, llegue efectivamente entre ella á gozar la consideración de sabio profundo, profesor eximio, de político eminente y á conseguir como tal, aplausos, honores y fortuna.

Y aunque el juicio que merecen los charlatanes á las personas sensatas y avisadas es muy distinto, pues en unos casos son conceptuados como mentecatos ó farsantes y en otros como vividores sin vergüenza, el hecho es, que el logorreico se considera á sí propio como hombre importante y superior.

Aun más dignas de estudio que los caracteres individuales son las perturbaciones nerviosas y psíquicas que por contagio se producen en las personas que se hallan bajo la influencia del enfermo.

El flujo logorreico lo mismo de la comadre parlanchina que del pretencioso académico, la lectura del huero artículo periodístico, ó del manoseado manifiesto político á los correligionarios, determina al principio en las personas sanas, malestar general, cansancio, fatiga, bostezos y—cuando no viene el sueño á librarnos de todas estas molestias, ó el oyente no puede sustraerse á la acción del contagio—suele aparecer la náusea, el vómito y hasta la lipotimia, pudiendo compararse este estado al producido por el uso del tabaco en los fumadores noveles ó á lo que antes se llamaba mareo y hoy traducen con el nombre de mal de mar los más flamantes tratadistas.

Pero cuando poco á poco, un día y otro día, se ve un hombre obligado—por razones que no vamos á mencionar ahora—á oír la chá-

chara insustancial de la bachillera, el discurso chavacano del orador de club, el informe soporífero del hombre de foro, ó á leer insulseces, vaciedades y majaderías, expresadas en el estilo neo-gongorino que hoy se usa, pretencioso, ahuecado, hinchado, difuso, abrumado de epítetos sin sentido, de simbolismo obscuros, relleno de frases de relumbrón, matizado de barbarismo y sobrecargado de erudición de bajo precio; cuando á la manera de espectro caleidoscópico se presentan ante nuestros ojos en confuso tropel, se exponen, se barajan, se aplauden y se censuran las sublimes concepciones y los grandes delirios, las hipótesis científicas y las utopías anarquistas, las empresas filantrópicas y los negocios bursátiles, las teorías y los ensueños, los errores y las aberraciones contemporáneas; cuando se hacen sonar de continuo en nuestros oídos como rumor de corriente desbordada los nombres de Malthus, Proudhon, Allan-Kardec, Hugo, Cavour, Bismarsch, Garibaldi, Augusto Comte, Darwin, Buchner, Haeckel, Karl-Marc, Bebel, Schopenhauer, Spencer, Nietzsche, Tolstoi, Lombroso, Garófalo, Brown-Séquard, y tantos otros más... es preciso tener una razón muy firme, una inteligencia muy sólida, una sensatez á toda prueba para no experimentar los efectos terribles del contagio y para no sucumbir ante la fuerza avasalladora del charlatanismo.

Entonces cesa la intolerancia y se establece el hábito morboso; entonces ya puede oírse sin sentir cansancio, hastío ni aburrimiento... ¿qué digo? se oye con gusto y con fruición y hasta se aclama y vitorea al charlatán que perora horas enteras sobre los más fútiles motivos, sin decir cosa alguna de provecho y se leen de punta á cabo y sin perder punto ni coma los artículos de fondo periodísticos que no contienen ni una gota de zumo político, ni un grano de sal literaria.

Poco después empieza á obscurecerse la inteligencia, á perturbarse el juicio y á pervertirse la sensibilidad, se aceptan como verdades los errores mas crasos, deja de discernirse con claridad lo bueno de lo malo, se toman como modelos de belleza dignos de imitación y de elogio los más monstruosos abortos literarios y lo que es peor empieza á debilitarse la voluntad del pobre víctima del contagio hasta caer en un estado de completa abulia.

Y entre estas alteraciones de las facultades psíquicas—dignas todas de atento estudio por manifestarse en el dilatado círculo á que se extienden la palabra ó los escritos charlatanescos—ninguna más grave y trascendental que la abdicación del criterio y de la personalidad propia, que convierte con frecuencia al hombre en simple instrumento de los planes del charlatán, de mala ley á cuya ma-

léfica influencia no ha sabido en un principio sustraerse.

Y así, quebrantadas las convicciones, borrados los caracteres y aflojados los resortes de la actividad humana, se explica como nacen y como engruesan esas corrientes de la opinión, que arrastran hacia el error, hacia el absurdo y hacia la injusticia á los muchedumbres sometidas al yugo de los grandes logorreicos, que no son muchas veces otra cosa que grandes sofistas, grandes embaucadores ó grandes embusteros.

Después de esta sucinta descripción creemos que puede ya formarse una idea general de la logorrea considerada en sus dos aspectos individual y social, pero su conocimiento mas completo, preciso y detallado reclama el estudio de sus caracteres sintomáticos que vamos á intentar á continuación.

SINTOMATOLOGÍA

He aquí la parte más difícil de esta monografía; porque la logorrea no presenta un tipo único y bien delimitado cuyos síntomas se presten á ser encerrados en un cuadro de conjunto.

Afecto verdaderamente protéico, es tal la multiplicidad de sus fases y la diversidad de sus caracteres, que se hace necesario proceder

previamente á su división en variedades, según las modificaciones que inducen en el enfermo las condiciones individuales de sexo, edad, temperamento, educación, profesión, posición social y el medio ambiente en que vive, para entrar después en el estudio de los síntomas mas salientes de cada una de estas variedades.

Apenas pueden alcanzar nuestros apuntes otra denominación que la de bocetos clínicos, incompletos, deficientes y borrosos; pero así y todo hemos de consignarlos para que sirvan de base á estudios ulteriores mejor documentados, trazados por mano mas firme y con mayor riqueza de colorido y de detalles.

Entre las variedades de la logorrea se destacan la logorrea científico-literaria, la forense, la política, la médica, la periodística, la mercantil é industrial, la escolar y la mujeril y otras varias de menor importancia, todas ellas capaces de nuevas divisiones y subdivisiones imposibles de ser abarcadas en este ligero trabajo.

LA LOGORREA CIENTÍFICO-LITERARIA

La cátedra, las academias, el ateneo, son los lugares donde germina y brota lozana esta variedad de la logorrea.

El estilo altisonante, la frase campanuda y el tono solemne y sentencioso con que el

profesor pronuncia sus discursos desde la cátedra no son frecuentemente sino los atavíos con que encubre la pobreza de sus conceptos; pero en donde se desarrolla con toda frondosidad y se engalana con las más vistosas flores esta rama del árbol logorreico es en esas conferencias públicas, que se celebran hoy tan á menudo, con el pretexto de fomentar la cultura intelectual; pero en realidad sin otro motivo que el de sacar de la oscuridad á una presuntuosa medianía.

Una inteligencia clarísima y un talento enriquecido por una aplicación asídua y concienzuda apenas bastan para adquirir en las diversas esferas del saber, conocimientos tales que merezcan elevar al hombre á la categoría de sabio y sin embargo, hoy vemos prodigada esa calificación gracias al desparpajo de los atrevidos y de los osados y á la credulidad y á la ignorancia del vulgo.

Un ligero barniz de esa ciencia enciclopédica que se adquiere en cualquier instituto de segunda enseñanza, la lectura de alguna revista extranjera poco conocida y cierta dosis de verbosidad, bastan, si se cuenta con la protección de un grupo de amigos complacientes, con el apoyo de una bandería política ó literaria y con la buena voluntad de algunos chicos de la prensa, para preparar una conferencia pública en el teatro, para alcanzar en ella los aplausos, vítores y aclamaciones de la cla-

que de paniaguados y para recibir acto seguido la solemne consagración, sino precisamente de sabio; porque los temas de las ciencias físico-matemáticas, son bastante difíciles de abordar, al menos de profundo historiador, de literato eximio ó de sociólogo sobresaliente.

Hemos dicho que es algo más difícil de alcanzar la reputación de eminencia científica y sin embargo se dan casos de personas que dotadas solo de medianas condiciones de ilustración, llegan por un conjunto de especiales propicias circunstancias, á elevarse á alturas nunca soñadas y á verse envueltas por la atmósfera del incienso de la adulación como si de hombres superiores se tratara.

Gloria efímera es verdad gloria de oropel, glorióle como dicen los franceses; pero que prueba que aún en el terreno de la ciencia puede usurparse por un momento el lugar debido al genio, cuando se cuenta con la ignorancia de la turba multa y con la palanca de la gárrula palabrería hoy omnipotente.

Y ¿qué diremos de esos centenares de lumbreras que despiden refulgente luz durante dos ó tres meses ó dos ó tres años y que luego se apagan dejándonos en la más profunda obscuridad, despues de haber sido proclamados grandes filósofos, grandes literatos, grandes estadistas etc?

Quien conoce, por haber vivido en el mundo de la realidad, como se prepara la ocasión,

como se elige el lugar y hasta el día y la hora, en que ha de celebrarse la apoteosis; quien sabe como y entre qué gente se reparten las localidades de preferencia; como se recluta la claqué y quienes compran y como se distribuyen las coronas, que han de ser lanzadas del palco al escenario; como se da la consigna para los aplausos y como se dispone la ovación para la salida del teatro; quien se apercibe de como se atrae á los revisteros y como se mendigan antes y se remuneran despues las frases de desmedido elogio y los epítetos lisonjeros del crítico; y como se organizan los banquetes y las serenatas con que obsequian al día siguiente al sabio conferenciante sus admiradores; quien está en el secreto y ha sorprendido desde la sombra todas las señas y se ha enterado de los resortes que se ponen en juego para arrancar al público de su indiferencia, de su frialdad y de su apatía y hacerle por fin cómplice de aquel artificioso entusiasmo... ese rebaja siempre y con muy buen sentido un setenta y cinco por ciento de su importancia esas felicitaciones á esas alabanzas, á esos aplausos, que se tributan al *incomparable* orador, que no suele ser otra cosa que un charlatán tan armonioso como insubstancial.

... Pero la masa general del público constituida en gran parte por cándidos papanatas, que ha asociado su aplauso inconsciente al de la pandilla organizadora y directora, ignora

todo ésto y al leer al día siguiente la descripción del acto en los periódicos, que dan cuenta de la delirante ovación prodigando las más hiperbólicas frases de elogio al conferenciante, cree á pies juntillos que aquel hombre cuyos conceptos ha entendido apenas; pero que hablaba con tan sonora voz y que maneja con tan sueltos ademanes, es un postento de sabiduría, gloria de la filosofía ó de la literatura y asombro de España ó del mundo entero.

Y la prueba de la verdad de cuanto aqui decimos y de que la mayor parte de estos ruidosos éxitos son artificiales ó exajerados al menos, es que, casi todos estos discursos, oraciones, conferencias y memorias pronunciados ó leídos en Académias, ateneos y teatros y que valieron á sus autores tan calurosas ovaciones y tan laudatorios juicios en la prensa periódica, pareciendo constituir el sólido pedestal de una gran reputación naciente, se borran por completo de la memoria de las gentes sin quedar huella alguna de toda aquella hojarasca de vana palabrería ni en los anales de la ciencia ni del arte, ni de la literatura, ni de la política.

¡Que esa es la característica de la logórrea en todas sus manifestaciones, el ruido y la infecundidad!

Apesar de esto el pseudo-sabio ó pseudo-literato se engríe, y se esponja, goza por al-

gún tiempo de la notoriedad y del favor público y logra merced al bombo que le prodigan sus congéneres, arribar á ciertas posiciones negadas casi siempre al mérito verdadero y al indiscutible pero modesto saber.

Cosí va il mondo...

LA LOGORREA FORENSE

En las lides del foro no se emplean otras armas que la palabra hablada y la palabra escrita y he aquí porque los abogados procuran adiestrarse en el manejo de la lengua y de la pluma, convencidos de que solo demostrando que tienen muy expeditas ambas y dispuestas á esgrimirlas á todas horas y en defensa de todas las causas, es como pueden alcanzar fama y provecho.

Apenas se comprende hoy un abogado de nota, difícil en la expresión y premioso en la palabra y en cambio conoce todo el mundo á muchos charlatanes que deben sus triunfos más celebrados á la facilidad y soltura de su locución tan redundante, tan difusa y amanerada como desprovista de fondo y de substancia.

En muchos de los informes que producen mas honda impresión en los simples magistrados populares y que obtienen más alabanzas de la prensa, la doctrina jurídica *brilla* por su ausencia; pero con un exordio bien

preparado, cuatro lugares comunes, alguna cita de los criminólogos italianos de moda y una invocación final cursi-patética á la conciencia *recta, imparcial é ilustrada* del tribunal del pueblo, esmaltada con las frases de *cliché* á la pobre y anciana madre del acusado, á su virtuosa y amante esposa y á sus tiernos é inocentes hijos, que esperan con la congoja en el corazón y con las lágrimas en los ojos el ansiado veredicto, puede estar seguro el hombre del foro de cosechar abundantes plácemes y felicitaciones.

Fiscal, acusador privado, ó defensor, discreto, preciso y sobrio, que exponga, con toda la elocuencia que se quiera; pero con método y claridad los hechos y que deduzca de ellos con lógica rigurosa las razones en que fundamenta su acusación ó su defensa, letrado que reduzca las galas de la oratoria á sus justos límites dando cumplimiento á los severos deberes que la toga impone para salvar los altos intereses de la verdad y de la justicia y que no disuelva sus razonamientos y consideraciones en un aguacero de palabras vanas, rebuscando efectos con frases de dudoso gusto y tono declamatorio, para obtener el aplauso del poco escogido público que llena la mayor parte de las Salas de Audiencia, ese es *avis rara* entre nuestra gente togada.

La falta de estudios sólidos y de educación literaria del disertante y mucho más de los

oyentes, las rutinas imperantes en nuestros tribunales y la ignorancia crasa del jurado explican el lamentable y cotidiano error que se comete citando unas veces como modelo de doctrina y de buen decir los discursos más hueros, más campanudos y más *latosos*—pasez le mot—y negando otras veces condiciones de ciencia y de expresión á letrados instruidos, dignos y competentísimos para el desempeño de su misión.

Todos los días oímos celebrar, como rasgos oratorios de buena ley, tópicos vulgares, lugares comunes como los que apuntamos á continuación.

El fiscal.

El semblante rígido del acusado, la inmovilidad de sus facciones, la fijeza de su mirada, clavada en el suelo y que parece no se atreve á alzarse hasta el tribunal sin duda por el temor de encontrar esas piezas de convicción, esos tristes despojos que veis sobre esa mesa, llevan á nuestro áni-

El defensor.

Mirad al acusado, señores jurados, la calma y la tranquilidad de sus facciones, su actitud reposada, su aspecto tímido y encogido, la tristeza de su mirada, que apenas se atrevé á levantar del suelo, todo lleva el sello de la dulzura y de la humil-

mo el convencimiento de su culpabilidad.

Miradle bien y hallareis pintados en su actitud y en su rostro, la ferocidad de su alma y el espanto ante los rigores de la pena que señala el código para el autor de tan horrible delito.

dad, todo revela su inocencia.

No. Ese hombre no puede ser, no es seguramente, el asesino infame que la acusación se ha complacido en pintaros con los más tétricos colores.

Ó BIEN

La movilidad de las facciones del hombre que teneis en ese banco, su actitud inquieta y recelosa, la precipitación de sus contestaciones, las miradas extraviadas que á cada momento dirige en torno suyo, todo nos revela el estado de turbación de su alma llena de temores y agitada de remordimientos, ante la magnitud del crimen cometido y del terri-

La libertad y soltura de sus ademanes, su actitud desembarazada, la viveza y prontitud de sus respuestas á cuantos cargos se le han hecho, la impasibilidad con que dirige sus miradas á los acusadores y testigos, demuestran bien á las claras, la libertad de espíritu y la tranquilidad de conciencia del inocente que espera de vuestra justicia señores jurados

ble veredicto que le un fallo absoluto-
espera. rio.

Ó BIEN

No vaciló su mano; no tembló, no se desvió, ni torció el acero: hirió donde quería herir y atravesó el corazón. Un solo golpe, una sola puñalada certera—como de mano ya avezada al crimen— le bastó para cortar el *hilo de la existencia* del hombre honrado, del esposo feliz, del amante padre de familia.

¡Que seguridad, que destreza, que frialdad revela ese golpe!

Y luego no se detiene, no se para un momento á enterarse del estado del herido ¿para qué si ya él sabía que era un cadáver?

Huye! huye!; pero llevando aun en su

¡Un solo golpe! ¡una sola puñalada! Señores Jurados. Fijad un momento vuestra atención en este punto importante. Una sola puñalada! Un solo golpe desgraciado!

No hubo alevosía; pues el golpe fué dado frente á frente, no hubo tampoco ensañamiento ni mucho menos.

Y tan lejos estaba de pretender causar la muerte, que apenas dado el golpe, horrorizado al ver caer á sus pies á aquel infeliz, huye arrepentido de su acción, huye despavorido, sin saber en su turbación adonde ni como; pero sin tratar de sustraerse á la acción de la

mano y tinto en la sangre de su víctima el arma homicida quizás para repetir el golpe mortal, si alguien le amenaza ó trata de detenerle.

justicia, sin intentar ocultarse, ni negar lo sucedido, sin desprenderse siquiera del puñal que podía haber arrojado durante su loca carrera.

Estos reflejos de bisutería de pacotilla, que brillan ante ciertos ojos como destellos de ricas joyas oratorias, son los que más deslumbran al vulgo *ilustrado* asíduo concurrente á estos espectáculos.

Y el poco escrúpulo en la aceptación de defensas de asuntos civiles y criminales de todo género, el hábito de exhibición frecuente en los juicios orales, el aspecto de la sala, lo numeroso y abigarrado del auditorio, la escolidez del jurado, el colorido especial que da la prensa periódica á la descripción de las vistas públicas, el interés mal sano que despiertan los dramas criminales en todas las clases de la sociedad, excitando de continuo el amor propio y las rivalidades profesionales entre acusadores y defensores, van minando la respetabilidad de los tribunales de justicia y la seriedad de la gente de toga, hasta tal punto que tememos que la solemnidad de estos actos, ha de quedar en breve reducida al aparato y al atrezzo escénico y las augustas funciones de los hombres de la ley han de verse converti-

das en disputas de sofistas, en alardes de retóricos y en juego de histriones que con sus voces y sus gritos solo se proponen alcanzar el aplauso de la multitud.

Pero la logorrea forense no la padece únicamente el abogado, ni se manifiesta solo en el recinto de las salas de Audiencia.

Hay otras formas más ramplonas y chavacanas y tan admitidas y corrientes que puede decirse que constituyen una parte integrante del estilo curialesco, propias además del leguleyo, del procurador, del actuario, del hombre *bueno* de toda esa escala intermediaria de los escribas, quienes interesados en emborronar muchos pliegos de papel sellado, se acostumbra á redactar mandamientos, citaciones, declaraciones, autos, comunicaciones y demás documentos en esa forma difusa, pesada, abrumadora é indigesta peculiar á los tribunales.

Vaya una muestra.

»..... y por lo tanto pedimos que se cite al
»malhechor ó malhechores que penetró ó pe-
»netraron con ó sin violencia en la noche del
»cuatro al cinco del mes de Diciembre del
»año último pasado en los pisos bajo y prin-
»cipal de la casa-habitación ó domicilio de
»dicha señora, calle Real, número 180, de
»esta ciudad y causó ó causaron los ya descri-
»tos destrozos, daños, perjuicios y deterioros
»en las puertas y ventanas, muebles, ense-
»res, ropas, vajilla y demás objetos que allí

»había, propiedad como queda dicho de la ya
»citada señora D.^a María de los Milagros Rei-
»mundez y García, viuda de Ansurez, y de su
»familia y sirvientes, para que comparezca ó
»comparezcan sin falta, excusa, ni pretexto
»alguno, en la Sala de Audiencia de este juz-
»gado para prestar declaración ante el Sr. Juez
»y responder etc. etc.»

Y basta ya, que tememos que al lector se le caiga este libro de las manos, como se me han caído á mi muchas sentencias, cuyos considerandos y resultandos estaban redactados en análogo pedregoso estilo.

Dos palabras para concluir.

El abogado fuera del recinto de la audiencia y donde quiera que se encuentre debe hallarse dispuesto á tomar parte en toda suerte de discusiones y á probar que es hombre de conocimientos enciclopédicos; no sabemos como puede entender de todo; pero el caso es que habla y habla mucho de política y de religión, de guerra y de marina, de historia y de geografía, de filosofía y de literatura, de ciencia y artes, de industria y de agricultura, de todo en fin, dejando con la boca abierta de un palmo á sus oyentes.

Y gracias á esa logorrea profesional, que se extiende á tan dilatada esfera, los abogados son los árbitros de los destinos de la nación; porque ellos con su lengua y con su pluma han hecho triunfar las revoluciones y las re-

voluciones les han reportado siempre honra y provecho encumbrándolos á los altos puestos del gobierno.

Pasad una revista á esas lumbreras de la elocuencia (?) que brillan en el parlamento y os convencereis de que la mayor parte son abogados, que son los bienaventurados de la política; porque de ellos es el reino de la palabra abundante, sonora y hueca.

LA LOGORREA POLITICA

La rápida propagación de este padecimiento en nuestra patria desde principios del pasado siglo, la forma epidémica que reviste en algunas naciones de Europa y América, el número y la gravedad de los casos, la circunstancia de haberse apoderado los enfermos de las elevadas posiciones políticas y la perniciosa y casi incontrastable influencia que ejercen en la opinión, en las costumbres y en la marcha de los negocios públicos, conmoviendo el ánimo de las muchedumbres y arrastrándolas con frecuencia, á turbulencias y á revueltas deplorables, son razones bastantes para considerar esta variedad de la logorrea como una de las más importantes y aun para hacerla objeto de una monografía aparte; que con el nombre de parlamentarismo constituiría un trabajo digno de la atención de patólogos, sociólogos y políticos serios.

Algo se halla escrito y diseminado aquí y allá sobre este particular;—no siempre con pleno conocimiento del mal y de sus causas, ni con el sano criterio y elevación de miras que la materia requiere—pero mucho queda por estudiar y por decir y es lástima que por falta de ciertas condiciones no podamos nosotros acometer esta empresa y nos veamos precisados á encerrar tan vasto é interesante asunto en el marco estrecho y mezquino de estos desaliñados apuntes.

La política—de alguna palabra hemos de servirnos para designar este *modus vivendi*—todo lo ha invadido, y el charlatán medra, prospera y obtiene tan pingües rendimientos explotando su rico filón, que no es de extrañar aumente cada día el número de los que á ella se dedican cultivando un campo que sin exigir inteligencia privilegiada, ni grandes sacrificios, ni estudios especiales, ni trabajos, ni sudores, produce rica cosecha de honores, posiciones, sueldos y bicocas de todo género.

Con presentarse al cacique ó jefe político de la localidad para ponerse incondicionalmente á sus órdenes, suscribirse al periódico oficial del partido y leerlo diariamente para empaparse en sus doctrinas, asistir con frecuencia al círculo ó casino donde se reúnen los correligionarios, tomar participación activa en la lucha é intrigas electorales y acompa-

ñarse á menudo de los prohombres significados en cierta bandería para ganar su confianza y protección, basta para sentar plaza como soldado distinguido en la política militante.

Después si el aspirante á hombre público se apunta en la lista de los oradores de tanda para perorar en todos los *meetings* y manifestaciones y posee ciertas condiciones de actividad de principios y de flexibilidad de conducta para acomodarse á las circunstancias—que es lo que se llama en términos vulgares *cuquería*—se destaca fácilmente de entre el montón anónimo y, de miembro influyente de juntas y comités, pasa á ser concejal, diputado provincial, diputado á cortes y aun quien sabe si á ocupar otros puestos bien retribuidos y mucho más encumbrados del gobierno ó de la administración.

Esta es la historia de muchos, quizá de la mayor parte de los figurones políticos: medianías vulgares que no se distinguen ni por sus virtudes cívicas ni por los servicios prestados al país ni por sus talentos ó estudios especiales de la historia, legislación, instituciones ó costumbres pátrias, ni por su notoriedad científica ó literaria, ni por otro rasgo alguno que los enaltezca ó los haga merecedores á la alta consideración de sus conciudadanos y que solo á su verbifluencia y á su *cuco-logía* deben honores, posición y fortuna.

Tres fases presenta el charlatán en su ca-

rrera política, comparables en cierto modo á las transformaciones de algunos seres que la entomología estudia y describe; y aunque no siempre consigue recorrer todo el cielo de evolución á que aspira, hemos de dedicarle dos palabras como larva, como crisálida y como mariposa.

La larva—El clubista debe hablar siempre, mucho y recio en el círculo, en el teatro, en el meeting, en la manifestación, en el banquete, en la plaza, en la feria, en la taberna, en todo lugar donde haya reunidos un centenar de papanatas que le escuchen y una docena de correligionarios que le aplaudan.

¿No hay tribuna? Pues sube al balcón de la casa de enfrente ó se encarama á una mesa, á una silla, á un guardacantón ó á un tonel para ser oído y sobre todo para ser visto de la multitud.

Hemos dicho hablar; no, no habla, ni perora, ni discute; vocifera, chilla, berrea, aulla hasta quedarse ronco, manotea y agita los brazos como las aspas de un molino y con los ojos inyectados y el semblante rojo y congestionado, descarga fuertes golpes en el pecho, en la mesa que tiene delante ó en la baranda de la tribuna.

Todos estos arrebatos, que son interpretados como pruebas de su odio á la tiranía, de su ardiente amor á la libertad, de su exaltado entusiasmo por la democracia, agigantan

la figura del orador á los ojos de la turba inconsciente que le contempla absorta.

El papel es fácil; no hay que preocuparse ni del tema del discurso, ni del orden de exposición, ni de la veracidad de las citas, ni de la incoherencia de los conceptos, ni de la lógica, ni de la gramática, ni del sentido común, ni aún de si es ò no entendido por el auditorio: los signos de aprobación, aplausos, vítores y aclamaciones ha de arrancarlos á fuerza de pulmones y de contorsiones, primero de la claue que le rodea y luego de la masa ignorante que le oye sin comprenderle.

Mucho fuego en la mirada, mucho ademan escénico, mucho brío en la expresión y mucho descaro sobre todo: no hay que temer siseos, interrupciones, ni contradicciones, pues si alguien se permitiese la más leve muestra de desagrado ó desaprobación ya se cuidarían los amigos de reprimir con mano dura el atrevimiento del imprudente reaccionario; porque allí reina la más completa libertad de opiniones con tal que coincidan con las del orador.

Si apesar de todo esto, los oyentes permanecen indiferentes y fríos y tardan en hacerse oír las palmadas, y los vivas, queda siempre un poderoso recurso para mover los ánimos; maldígase el negro obscurantismo, apostrófese al fraile ignorante y holgazan y á la monja fanatizada y estúpida, conduélase

con tono lacrimoso de la abyecta ignorancia de tanto analfabeto y aclámese como redentor de la humanidad *terráquea* al obrero probo, inteligente, virtuoso y trabajador que gime hoy bajo el ominoso yugo de la infame, corrompida y corruptora burguesía y... el éxito es seguro; porque no hay ejemplo de que estas frases no hayan sido seguidas de un aplauso inmenso y atronador y de una ovación delirante y de que el tribuno no haya caído desvanecido de santa y patriótica emoción en los brazos de sus entusiastas admiradores.

La crisálida—El candidato á diputado cuida algo más de las buenas formas, baja un poco el tono de su voz, lima la aspereza de su lenguaje, evita las interjecciones de mal gusto, adecuenta su indumentaria y afecta en ademanes y modales la seriedad que conviene á un futuro representante de la nación en cortes.

No suele dirigir la palabra á las masas; sino más bien á los amigos, á los correligionarios, á los electores.

Traza las líneas generales de la política que debe *hacerse* en la cámara, se manifiesta ardiente partidario de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, de la democracia, del progreso, de la instrucción del pueblo y de las reformas en los grandes servicios del Estado, promete emprender ruda campaña par-

lamentaria en pro del fomento de nuestra agricultura abatida, de la naciente industria y del lánguido comercio, hasta ponerlos al nivel de otros países más cultos, trueno contra el clericalismo, esa vergonzosa plaga que nos empobrece y deshonra, ofrece su decidido apoyo para obtener las justas reivindicaciones á que aspira la honrada clase proletaria, pero protextando siempre de su adhesión á la disciplina del partido, cuyos votos solicita y saludando al eminente patriota, jefe de su agrupación política, con quien dice le une antiguo, estrecho y entrañable afecto.

Estos discursos son repetidos, ampliados y comentado favorablemente por los periódicos que sostienen su candidatura y ofrecen materia y sirven de pretexto á elogios y alabanzas del futuro diputado, que reuniendo á su indiscutible amor á los ideales generosos de la democracia, tan notorias prendas de inteligencia, de actividad y de patriotismo se hace acreedor á obtener el sufragio unánime de sus conciudadanos.

Además de estas manifestaciones logorrágicas publicaba en otro tiempo el candidato una alocución ó programa dirigida á sus electores exponiendo su criterio acerca de los problemas políticos de actualidad, las reformas y proyectos que se proponía defender y apoyar en el parlamento y que ¡claro está! habían

de convertir en verdadera isla de Jauja á la nación española y en especial al distrito cuya representación solicitaba, ofreciendo para esto en cuanto subiesen el poder los suyos, introducir economías en los gastos públicos, rebajar los impuestos, suprimir la odiosa contribución de consumos, fundar un instituto de segunda enseñanza, una escuela de artes y oficios y una granja agrícola, dotar al pueblo de una guarnición de dos compañías de infantería, construir dos carreteras y un puente y regalar un hermoso reloj para la casa consistorial.

Estos documentos que eran antes de rigor y que hacían nacer halagüeñas esperanzas en la cándida masa electoral, han caído en desuso en nuestra época, en que los intereses individuales se sobreponen á los intereses generales de la comarca y de la nación.

No se molesta pues el aspirante á diputado en redactar tales programas y en su lugar y con muy buen acuerdo convoca á su casa á los cómitres, capataces y muñidores de más nota ó recorre uno por uno los domicilios de los electores influyentes, llama á su puerta humildemente, hace antesala, se sienta á su mesa, da y recibe abrazos y apretones de manos callosas, sucias y pringosas y hasta acepta y bebe un vaso de vino en la tienda ó en la taberna del cacicuelo del pueblo, prometiendo cesantías y nombramientos de carteros, de

peatones y de porteros del ayuntamiento con tal de obtener una docena de sufragios á su favor en las próximas elecciones.

¡Y de cuantas otras bajezas, ofrecimientos, patrañas y embustes tiene que valerse el pedigüño charlatán y futuro padre de la patria para engatusar aquella gente y llevarla de reata á depositar su voto en la urna electoral.

La mariposa.—El diputado á cortes es aquel mismo charlatán callejero que arrebatava á las muchedumbres con la exaltación de sus palabras, con el fuego de su mirada y con la desenvoltura de sus ademanes y es aquel mismo candidato comedido y habilidoso, que, haciendo protestas de radicalismo democrático, mendigaba los votos ofreciendo mejoras al pueblo y destinos á sus agentes electorales; pero tan completa es su transformación exterior que no es fácil conocerle á primera vista.

Cuando vuelve al pueblo aun se digna prodigar saludos, repartir sonrisas y estrechar la mano de los electores influyentes, recordando sus méritos como orador y como hombre de partido entre cierto círculo, si se avecina la disolución de la cámara y tras ella, una nueva campaña electoral; pero en la Corte y dentro del Congreso sobre todo, ya es otra cosa.

Al verse saludado con respeto por los ujieres, tratado con cierta familiaridad por sus compañeros de la cámara, al codearse en

los pasillos y en el salón de conferencias con los parlamentarios, jefes de grupos, banqueros, generales, títulos de Castilla y altos dignatarios, al tomar asiento en aquellos escaños rojos rodeado de la flor y nata de los políticos militantes, se hinche, se engríe, se desvanece y llega á creerse verdaderamente un grande hombre.

Sin embargo se siente algo cohibido en los primeros tiempos; porque reconoce que aquellos hombres son aun más listos, más osados y mejores charlatanes que él.

Es cierto que para dirigir una pregunta al ministro y aun para pronunciar un discurso no hay que romperse la cabeza, ni estudiar, ni saber mucho de derecho político, ni internacional, ni de guerra y marina, ni de administración y hacienda pública, ni de otra materia alguna seria é importante; pero al fin la concurrencia es más escogida, el escenario más ámplio, los actores más cultos y mejor vestidos, la frase más pulcra y más fina, y las interrupciones más frecuentes y peor intencionadas que allá en el pueblo, y todo esto embaraza é intimida al representante novel.

Y sin embargo hay que atreverse, hay que tomar la palabra, hay que decir algo que se lea y se comente en el distrito, hay que darse á conocer y dejar bien sentada la fama de elocuencia ganada entre aquellos cándidos provincianos.

Vence por fin su encogimiento y se lanza, después de haber aprendido su papel, á hacer una pregunta insignificante; si el resultado es halagüeño ya queda nuestro hombre animado para mayores empresas, su nombre empieza á sonar en la cámara y aprovecha otra ocasión para pedir la palabra, ya para que se lea el artículo tantos del Reglamento, ya para reclamar la votación nominal, ya para que se cuente el número de diputados que hay en el salón, ó que se escriban tales ó cuales palabras, ó que conste su voto en contra del proyecto de la comisión, etc.

Después ya intenta terciar en el debate pidiendo una aclaración ó considerándose aludido por el ministro, y por último se lanza á dirigir una interpelación ó á impugnar una proposición firmada por algunos diputados de los de mayor autoridad y prestigio en las lides parlamentarias, y si en ese día logra hacerse oír del par de docenas de representantes que hay en la sala, si promueve algún ruidoso incidente personal, si su discurso—después de limpio, aderezado, compuesto y retocado por los taquígrafos complacientes y por la comisión de corrección de estilo,—merece la aprobación de algún órgano de la prensa rotativa que cita uno de sus párrafos, como notable modelo de elocuencia y como muestra del profundo alcance político de su actor, ya puede considerarse éste como una

personalidad saliente del partido llamado en día no lejano á ocupar un puesto preeminente en el gobierno; esto es, á desempeñar un ministerio, quizá el de Estado ó por lo menos el de Instrucción pública ó el de Marina.

No diré que sea fácil, ni frecuente llegar á estas alturas; pero hay que reconocer que la tarea de enlazar frases triviales y sonoras sobre cualquier asunto y de lanzar un chorro sostenido de palabras rimbombantes y sin sentido durante dos ó tres horas a razón de cien vocablos por minuto—no es empresa extraordinaria, superior á las fuerzas de esos parlanchines profesionales que, dedicados al *sport* logorrágico vienen ejercitando con anticipación esta habilidad todos los días durante años enteros en casinos, meetings, manifestaciones y bullangas.

Pero no son necesarios estos *tours de force* para abrirse paso en la carrera política; hay diputados que sin pronunciar un solo discurso, consiguen sostener su reputación de hombres importantes é influyentes en la marcha de los negocios públicos. Basta para ello una frase atrevida, un calificativo oportuno, una exclamación de sorpresa, de ira ó de entusiasmo, una negativa rotunda, una carcajada, un gesto, para suspender al orador cortando el hilo de su peroración, para atraer las miradas y para llamar la atención hacia el interruptor, que alcanza gracias al favor de los

taquígrafos ver consignado su nombre en la reseña de la Sesión y celebrada su ocurrencia como rasgo de ingenio, de fina sátira ó de delicada censura, armas todas de gran valor en las luchas de la palabra.

Y en los anales recientes de nuestro parlamentarismo, se registra el caso de algún representante, que sin llegar jamás á hilvanar veinte palabras de un tirón, porque no se lo permitía su ingenio romo, alcanzó cierta notoriedad y consideración dentro de su partido por sus interrupciones y apóstrofes casi siempre inoportunos y muchas veces ridículos y chavacanos.

La discusión de los asuntos verdaderamente graves é interesantes, como nuestro tratado de paz, el servicio militar obligatorio, las cuestiones de Hacienda etc., se desliza tranquila y monotonamente y despues de hablar en pro y en contra dos ó tres diputados ministeriales y otros tantos de las oposiciones contratadas se aprueba la moción ó el proyecto de ley en el mayor silencio, sin episodio dramático de ningún género y con la presencia de docena y media de paniaguados, pero si se trata de asuntos insignificantes y baladíes, entonces es cuando se dispone á meter baza el zascandil pretencioso, osado y deseoso de exhibición, ya para endilgarnos largas tiradas de insulsa y empalagosa retórica, ya para producir ruido y escándalo.

Llenas las tribunas de expectadores y la Sala de diputados y excitados previamente los ánimos de los actores, al menor pretexto se arma la gresca, se interrumpe al orador, se cruzan invectivas, gritos é insultos y se alzan los puños y... se cubre el presidente para poner término á aquel incidente grotesco, que convierte tan á menudo la discusión serena de la ley en disputa grosera de verduleras.

Y si á consecuencia de alguna de las frases soltadas en el calor de la contienda, hay cambio de tarjetas, envío de padrinos y celebración de entrevistas y se concierta, aunque no llegue á celebrarse, uno de esos lances de mentirigillas, entonces si que logra la notoriedad apetecida, aquel oscuro diputado interruptor, que no había podido alcanzarla por falta de mejores títulos y condiciones.

Apesar de la *discretísima reserva* con que se procede en estos casos, llévase ó no la cuestión al terreno de las armas, no falta nunca en los periódicos como consecuencia obligada del sainete, el acta firmada por cuatro ó seis respetables personajes, en que consta que ambos contendientes son caballeros dignísimos y pundonorosos, declaración que realza en grado sumo el prestigio del representante ante los ojos de los electores de su distrito.

¿Y aún quien sabe, si aquella nota de energía y vehemencia que dió origen al escándalo parlamentario, si aquella actitud ca-

balleresca que observó en el lance personal *incruento*, será tenida en cuenta algún día por sus amigos para premiarle con un gobierno de provincia ó con otro cargo político de importancia? ¿Será este el primer caso?

Y basta, que con lo dicho sobra para formarse idea de la logorrea política ó parlamentaria, sin que haya necesidad de consagrar dos líneas al charlatán concejal y diputado provincial, tipos adocenados y de menos relieve é importancia que el que acabamos de bosquejar.

LA LOGORREA MÉDICA

Por análogas razones á las que hemos expuesto al describir la logorrea política, merecería el charlatanismo médico constituir una monografía aparte, tal es la importancia, la difusión y la gravedad de esta dolencia en nuestros días, tal la multiplicidad de sus formas y tan grande y vasto el asunto que ofrece á nuestra consideración.

La logorrea médica que se da la mano con el curanderismo, pasando por el especificismo, por el *anuncismo* y por el reclamo periodístico, no es otra cosa, que la expresión del industrialismo profesional, ó en otros términos, es la preponderancia del elemento industrial sobre el elemento científico al cual trata de sobreponerse y de anular en la práctica, con-

virtiendo el ejercicio de la medicina en immoral modus vivendi.

El vividor locuaz, desaprensivo y descochado que comprende cuan crasa es la ignorancia del infinito número de los tontos, explota como inagotable mina, las enfermedades, los achaques y las flaquezas de la humana naturaleza y logra vivir y aun crearse una posición y una fortuna, que rara vez alcanza el práctico competente que ejerce digna y honradamente la profesión.

Y el charlatán medra y prospera, no solo entre el vulgo, sino entre las personas de cierta posición social: los unos le pagan tributo en las enfermedades propias y de sus amigos, comprando, tomando y recomendando las pócimas y brevajes que vende el curandero de plazuela, los otros porque seducidos y arrastrados por las halagadoras promesas de tanto tarjetón y de tanto cartelón rimbombante en las esquinas y de tanto reclamo en los periódicos concluyen por prestarles asentimiento y por hacer pruebas y ensayos con aquellas renombradas píldoras ó con aquel famoso elixir que no son sino productos desconocidos en la naturaleza y cantidad de sus componentes y que carecen de toda sanción científica, digan lo que quieran las certificaciones de cuatro doctores consocios de la especulación industrial y cómplices por lo tanto en la estafa profesional.

¡Parece mentira que hasta tal punto llegue la sandia credulidad del vulgo de chaqueta y del vulgo de levita en esta generación loca que blasona de crítica y positivista y que se jacta de haber destruido las vanas preocupaciones de los pasados siglos del obscurantismo!

Es verdad que la logorrea en general es planta que se aclimata en todos los países, que extiende sus raíces en todos los terrenos y que florece en todas las estaciones; pero confesemos que el charlatanismo médico ha hecho tales progresos en nuestros días y en nuestro país que se hace muy difícil separar el oro de la escoria, pues si en Academias, ateneos, centros y periódicos aparecen confundidos los hombres de verdadera ciencia con los descocados charlatanes, en las oficinas de farmacia ó ocupan el mismo lugar, gozan de igual aceptación y se despachan á más alto precio los específicos secretos que los medicamentos de acción conocida y contrastada por la experiencia tradicional.

Tarea pues superior á nuestras fuerzas é imposible de abarcar en este trabajo, sería la de describir los síntomas de la logorrea médica en todas sus variadas manifestaciones y así nos limitaremos á mencionar los rasgos más salientes de las principales subvariedades.

La fase primera, forma incipiente y atenuada la constituye el médico charlatán que olvidando la importancia, la seriedad y la alteza de su misión solicita el aplauso y busca la aceptación pública y la clientela, no por el estudio, el trabajo y la bondad de los servicios profesionales sino por medio de la vana palabrería y de las exhibiciones teatrales.

La senda que conduce al renombre y á la fama en la ciencia y en el ejercicio de la Medicina está cubierta de abrojos y erizada de escollos y de dificultades: facultativos de verdadero saber y de mérito real tropiezan frecuentemente en ella con obstáculos insuperables y todas sus excelentes dotes se estrellan á veces por falta de tino práctico y social, de condiciones de carácter, de prendas exteriores etc.

El médico poco escrupuloso que se aperci-be de que hay un camino más fácil y más expedito para llegar á adquirir posición y clientela, se apresta á emprenderlo con ánimo decidido, echa á un lado como pesado y enojoso fardo, toda consideración de compañerismo, de corrección y de dignidad profesional y lo recorre hasta el fin si cuenta con locuacidad y desparpajo bastantes para ofrecerse al público en exhibición incesante.

Para esto hay varios medios.

¿Se trata de dar conferencias sobre asuntos de salubridad local?

Pues allí está él brindándose á subir á la tribuna en el teatro.

¿Se discute en la prensa omnisciente un punto de epidemiología ó de higiene? Pues allí se presenta él también, dispuesto á dejar correr la pluma sobre el papel y á llenar tres ó cuatro columnas del importante órgano de la prensa para ilustrar al público sobre la materia.

¿Es que para estas exhibiciones se siente con gran caudal de conocimientos ó ha hecho estudios especiales ó ha recopilado con acierto y oportunidad, lo que han escrito sobre el particular tratadistas competentes y autorizados?

Nada de eso. Habla mucho, escribe largo y tendido, sienta como axiomas científicos, lo que no son sinó teorías más ó menos aceptables, emite como proposiciones inconcusas, doctrinas muy discutibles, aporta como datos irrecusables, estadísticas incompletas y desechadas, y cita en apoyo de sus opiniones una letanía de autores extranjeros, alemanes con especialidad; hecho lo cual, empieza á destacarse entre sus compañeros, atrae sobre su nombre la atención pública y llega á ser tenido por hombre de saber y de elocuencia.

Excusado es hacer notar que los resultados prácticos de estas conferencias y de estos artículos, no están en relación con los aplausos tributados, ni con las alabanzas prodiga-

das al médico debutante; pero aunque no se acometa reforma higiénica alguna, ni se destierre ningún abuso, ni se mejoren las condiciones de salubridad de la comarca, quedan siempre echados los cimientos de la futura reputación del conferenciante ó del articulista.

Los primeros pasos son tanteos vacilantes, pero luego realizado el charlatán á sus propios ojos por el éxito obtenido, embriagado por el ruido de las palmadas, convencido de lo fácil que es salir airoso en estos empeños contando con la audacia y la verbosidad y creyendo que todo el *monte es orégano*, se lanza á rienda suelta por los campos de la retórica, chirle en cuanta ocasión se le presenta, reuniones profesionales, academias juntas etc.

En las juntas sobre todo, al verse llamado para celebrar una conferencia con dos ó tres compañeros, tiende el paño al púlpito, tose para limpiar su garganta y comunica á su voz la sonoridad necesaria, se endereza sobre su asiento, eleva su diestra mano á cierta altura, dispone sus dedos en amanerada actitud, entorna sus ojos, pronuncia con tono magistral el clásico «Señores» y es de oír el sermón que dirige á sus colegas.

Por supuesto que aquel acto serio é importante, que aquel palenque científico, cuyo término y conclusiones aguarda ansiosa y angustiada la familia, queda reducido al cambio de discursos—dos, tres ó cuatro según se

número de charlatanes—pronunciados todos con aire de enfática suficiencia, muy ampulosos y muy abundantes en palabras técnicas y en citas de autoridades; pero muy importunos, muy impertinentes y completamente inútiles y estériles para dar solución á aquel problema práctico y concreto de que pende quizás la salvación de la vida del enfermo.

Y tras de aquellos exordios pesados é indigestos, tras de aquellas protextas de hipócrita modestia ante la reconocida ilustración del preopinante, tras de aquellos pomposos y mentidos elogios tributados al acertado diagnóstico y al irreprochable tratamiento establecido por el sabio médico de cabecera, tras de aquella espesa hojarasca de frases huecas, que muestran solo el afán de exhibición charlatanesca ¡cuánta doblez, cuánta evidencia, y que falta de sinceridad y de probidad se encubren, y cómo se posponen á veces al interés bastardo de conveniencia y lucro personales, al ansia de adquirir un cliente más, los sagrados deberes de la conciencia!

Todo esto dicho en serio; porque en cuanto á la fase cómica del asunto, nos limitaremos á recomendar al lector pacato y descontentadizo la lectura de la hermosa composición de Vital Aza titulada «Junta de médicos.»

Manifestación de la logorrea médica en su forma leve ó atenuada es también el ansia pueril y ridícula de exhibición que se revela en ciertas tarjetas, carteles y anuncios periódicos que en las grandes capitales y ciudades populosas trate el profesor de dar á conocer al público sus títulos, sus cargos ó puestos oficiales, su domicilio y sus horas de consulta, es ya costumbre admitida por conveniencia general; pero que en las pequeñas localidades no tiene otra explicación que el deseo de hacerse pasar por personalidad de viso y de relieve.

Se ha empezado por anunciarse en periódicos y por colocar en las puertas una sencilla placa «Consulta del médico H». despues «Consultorio médico-quirúrgico del Doctor K» y más tarde se han visto en las fachadas de las viviendas más modestas, rótulos como «Clínica» «Policlínica» «Casa de salud del Doctor X», se emplearán dentro de poco las expresiones de *Oftalmoscomio*, *Otoscomio*, *Neuroscomio*, *Paidoscomio* y *Gerontoscomio*, no sé si muy propias, pero sí más *atrayentes* y llamativas, y aun creemos haber visto ó soñado una rotulata así «Gabinete policlínico» hidro-pneumo-termo-foto-electro-magneto-fármaco-terápico bajo la dirección del Doctor en Medicina y Cirujía por las facultades de Madrid, París, Berlín y Viena D. Francisco de Paula Vázquez Choto. Consulta gene-

»ral de doce de la mañana á doce de la noche.
»Consulta gratuita para los pobres de una á una y media de la madrugada.»

Y todo esto en grandes caracteres de oro sobre un tablero negro que ocupaba toda la fachada de la casa, para atraer á los transeuntes, que después de deletrear penosamente la inscripción, sin comprenderla se apresuraban á entrar en aquel templo de la Ciencia.

Respecto á tarjetas, sabemos de alguno que ha mandado hacer una tirada de un millar de cartulinas de 30 X 20 centímetros redactados en estos términos.

«Manuel María de los Angeles Suarez García

y

»González de la Candileja.

»Bachiller á mérito, Ex-alumno interno
»numerario, efectivo y por oposición de los
»Hospitales Clínicos, Licenciado en Medicina
»y Cirugía graduado de Doctor, Ex-médico
»titular por concurso de la Puebla de Montealto y de la Villa de Valtorno, Médico consultor de la sociedad cooperativa de Alpar-gateros de Corambres de Arriba, socio corresponsal honorario de la Academia de «Ciencias físico-químico-naturales de Honduras, traductor de varias obras médicas francesas y portuguesas, Especialista en las enfermedades de la rötula y de los climas glaciales, Ex-diputado provincial, Condeco-

»rado con la Cruz de Isabel la Católica, Caba-
»llero de la Orden de Nishan-Iftijar de Túnez
»etc. etc. etc. tiene el honor de ofrecer á V. sus
»servicios profesionales. Consulta de ocho de
»la mañana á ocho de la noche, Calle de Bal-
»domero Espartero n.º 1.º 4.º izquierda.»

Y seguramente este tarjetón producirá buen efecto, pues nada deslumbra tanto al público en estos tiempos democráticos, como la aparatosa ostentación de títulos académicos y de condecoraciones honoríficas, siquiera sean tan insignificantes como las citadas.

Las formas graves de la logorréa médica constituyen una gamma que abarca en su pentágrama desde el profesor titulado que se dedica á la confección de específicos secretos, hasta el curandero que pregona y vende sus panaceas y amuletos en la plaza pública.

Formas graves y repugnantes; porque el charlatán desciende en ellas por la pendiente de la inmoralidad á pasos rápidos, desde la falta de compañerismo; de decoro y de probidad, hasta caer en la indignidad, en la impudencia, en la bajeza, en el embuste y en la estafa, explotando la buena fé de cándidos, de incautos y de mentecatos y defraudando las esperanzas de la salud y los intereses del bolsillo.

Formas graves y vergonzosas por la in-

cultura, por la ignorancia y la credulidad necia que revelan en la masa general de los ciudadanos.

Formas graves y perniciosas por el quebranto inmenso que ocasionan en la salud pública.

Formas epidémicas que se estienden de día en día causando víctimas sin cuento; consideraciones todas que justificarian la adopción de medidas severas para poner remedio á este terrible azote, como lo demandan los hombres sensatos; si el amor á la libertad sin límites que caracteriza á nuestra época y que arde con sagrada llama en el pecho de nuestros gobernantes, no se opusiese á ello.

Inutil es, pues, intentar contener ni reprimir esta plaga asoladora de médicos y farmacéuticos especificistas, de intrusos, de curanderos, de algebristas, de saludadores, de magnetizadores é hipnotizadores de salón, de dulcamaras y sacamuelas de callejuela; charlatanes embaucadores todos ellos, que pululan en el folleto, en el periódico, en el anuncio y en la plaza pública y que hasta invaden el hogar doméstico, haciendo vil granjería del augusto sacerdocio médico y engatusando con sus juegos de cubiletos con sus trapacerías, con sus mentiras y con sus embustes al número infinito de los necios; porque esta turba de parásitos estafadores vive y prospera en nutrea cultísima sociedad.

sino al amparo de la ley, al menos gracias á la lenidad del código y á la tolerancia de las autoridades.

De esta numerosísima legión entresacaremos, para presentar á nuestros lectores los tres tipos más salientes.

El curandero intruso que, semejante al topo, socaba el terreno y vive en una relativa obscuridad muy provechosa para el logro de sus fines. Constituye su clientela la gente del campo y la clase baja de las poblaciones; pero alguna vez sube la escalera de mármol, pisa con sus gruesos zapatones la alfombra de los salones, penetra en el dormitorio estucado ó en el *boudoir* elegante y llega hasta el lecho cubierto de colgaduras de seda del enfermo de alta posición; acepta la peseta del pobre aldeano como el billete de banco del rico que le llama á su casa, en donde come, bebe y se vé tratado á cuerpo de rey, es decir; obsequiado agasajado y pagado generosamente, apesar de su exterior tosco, de su ropa burda, de sus palabras groseras y de lo repulsivo de sus formas.

Visita al paciente, amasa la parte dolorida, arregla las cuerdas y los tendones, compone los huesos rotos ó dislocados, levanta la *paletila* con palabras cabalísticas en Galicia, aplica parches, emplastos ó *pegados* asquerosos

de su invención, ordena cocimientos de hierbas del campo, con vino, aceite, romero y ruda, caldos de ratón, de lagarto y de culebra y polvos de asta de toro y dispone y administra en ciertos casos los abortivos sin escrúpulo de conciencia.

No emplea ni conoce los modernos específicos y se vale casi siempre de recursos propios y al alcance de todas las fortunas, no escribe sus recetas; porque no sabe hacerlo y cuando envía á buscar sus drogas á la botica, lo hace con ciertas precauciones; porque teme al médico como el cazador furtivo teme al guarda de campo y si le encuentra en alguna casa, adopta actitudes humildes, sin perjuicio de roerle los zancajos en su ausencia, procurando desacreditarle, rechazando sus medicaciones y echándole la culpa de los malos éxitos.

Es un embaucador de torpe pero intencionada palabra y astuto, ladino, taimado y receloso, toma cuando le conviene las apariencias de un pobre hombre; aunque es un truhan listo y un vividor aprovechado como pocos.

Su congénere la curandera presenta análogos caracteres; cultiva preferentemente las especialidades ginecológica y obstétrica, emplea con profusión los unguentos asquerosos, *humazos*, vahos y zahumerios. propasándose alguna vez á maniobras brutales y adminis-

trando también con mano torpe ó criminal el cornezuelo de Centeno.

Hay otro curandero—el Dulcamara de Elixire d'amore—que no vive en las tinieblas, ni se oculta del médico, ni habla en voz baja; todo lo contrario, busca la luz y el aire libre, desea ser visto y oído, perora en alta voz y es atrevido, osado y dicharachero.

En pié sobre un tablado ó una mesa, en medio de la plaza, vestido ya con levita inglesa y chistera, ya con prendas estrafalarias y llamativas, de corte raro y de colores chillones, ó vestido de turco con gorro argelino, ó envuelto en blanco y sucio albornoz, rodeado de cachivaches extraños y de animales vivos ó disecados, monos, loros, lagartos y culebras, hace sonar un tambor, una corneta ó una esquila para reunir en torno suyo á los transeuntes y con voz fuerte y sonora, con acento y dicción extranjeros y haciendo cortesías y zalemas exageradas dirige un *speech* grandilocuente á aquellas respetables señoras y caballeros.

La turba que le rodea, zafia é ignorante, vulgo en el más bajo sentido de la palabra, compuesta de gentes del campo, mozos de cordel, aguadores, criadas de servir, gañanes, golfos y ociosos, mira absorta y oye en silencio y con la boca abierta á aquel hombre extraor-

dinario que le ofrece á tan bajo precio un remedio infalible para cada uno de sus males.

Oigámosle un momento.

«Los dolores de los incisivos *gruesos dientes* y caninos—llamados tambien colmillos, »cordales y caneros— la caries de los huesos »maxilares, las fluxiones, las irritaciones, las »inflamaciones, los flegmones y los abscesos ó »postemas de las encías, el *mugquete* ó *blan-* »*quete*, las aftas, las úlceras, las llagas y de- »más enfermedades de la boca todo esto se »cura inmediatamente haciendo gárgaras du- »rante treinta segundos con seis ú ocho go- »tas de este elixir maravilloso en un vaso de »agua.

»Y si tomáis dos ó tres gotas en una cu- »charada de agua ó en un terrón de azúcar en »ayunas, curareis en pocos días las dispepsias »ò malas digestiones, la *pirose* ó ardentía, el »flato ó ventosidades, las náuseas y vómitos, »el cólico intestinal y *nefrético*, la *gravela* de »la vejiga, la retención de bilis, la sangre de »espalda y las hemorroides ó almorranas.

»Una peseta el frasco del elixir del sultán »de Borneo! ¡una peseta! ¡Señoras y caballe- »ros!

«¿Es que vosotros teneis callos, callosida- »des, ojos de gallo y de perdiz, durezas y *du-* »*rillones*, uña metida en las carnes que es lo »que los doctores-médicos llaman *onixe*? Pues »podeis curaros en pocos días aplicando una

»pequeña bola de algodón empapada en el bálsamo de Java. ¡Setenta y cinco céntimos de peseta el frasco! ¡Una friolera! ¡Doy dos por una peseta, señores!

»Este bálsamo en fricciones sirve también para hacer desaparecer los dolores *reumáticos*, las *migrañas* ó jaquecas y las *pleurodinias*, las *crampas* ó contracciones musculares, los *tiques* dolorosos, las parálisis y la *alferecía* de los niños.

»También tengo yo señores, el rob de Mencliko ó gran negro del Cairo para las enfermedades secretas. Ya sabeis, gruesa *verola*, bubas ó bubones, *cancros* ó llagas, *venéreo*, sífilis, gálico ó mal de mujeres que todo es igual. ¡A tres pesetas el frasco y con uno solo os bastará para poner os sanos y fuertes!

»Y estos remedios secretos, infalibles y soberanos no los conocen los doctores-médicos de España, ni del extranjero. Yo solo los conozco por habérmelos enseñado un rajah indio, que es así como un príncipe ó cacique, cuya vida fué salvada por mí en el desierto del Sahara, cuando iba á ser degollado y comido por unos salvajes como es costumbre en aquellos pueblos. El me *aprendió* á conocer las plantas maravillosas, á extraer de ellas, los jugos y á confeccionar el Licor del Paraíso que *rinde* á los ancianos las fuerzas perdidas y les da la salud y la potencia de la

»juventud á los noventa años.... Y esto lo he
»visto yo muchas veces en mis largos viajes
»por la Arabia y la Persia el Indostan, la Nueva
»Zelanda y la Patagonia ó pais de los Gigan-
»tes que está cerca de la tierra del fuego...

»¡A cinco pesetas madamas y caballeros!
»¡A cinco pesetas el gran Licor del Paradiso.

»¡Pronto señores que ya tengo que mar-
»char dentro de ocho días á visitar el *Pachá*
de la Meca y me quedan ya pocos frascos!»

Aquí hace una pausa el incansable orador para tomar aliento y mientras tanto los bolsillos se entreabren, las manos se extienden en demanda de frascos y las pesetas llueven sobre la mesa del charlatán.

—

El especificista.—Hasta aquí hemos descrito los manejos de la charlatanería burda y de baja estafa, del truhan que se limita á engatusar al bulgacho de campos y ciudades, ahora vamos á tratar del vividor á la moderna, culto y refinado, tal vez Lic. ó Dr. en Medicina ó en Farmacia que ha seguido con aprovechamiento sus estudios universitarios, que ostenta diplomas y premios ganados en certámenes y en exposiciones, que se expresa con facilidad y soltura, que viste con atildamiento, que se conduce con aparente corrección, pero que desprovisto de probidad profesional, explota la credulidad del público *ilustrado* vendiéndole drogas desconocidas, como específicos se-

cretos de acción curativa infalible para determinadas enfermedades.

Excusado es advertir que una cosa son los impropriamente llamados específicos de composición conocida cuya eficacia está comprobada por la ciencia y que cuentan á su favor con el voto de respetables autoridades y otra muy distinta los remedios ocultos, secretos, las panaceas infalibles de los curanderos que curan todos los males ó curan siempre uno solo en todos los enfermos cualesquiera que sean las condiciones en que se les administre ó aplique.

A estos últimos solo me refiero ahora, considerándolos como reprobable manifestación del industrialismo, que ensalza hasta el absurdo la virtud curativa de sus productos, con tal de asegurar su venta y buscando el lucro del negocio sin tener para nada en cuenta la salud del enfermo.

También de los primeros se abusa; pero este abuso que consiste más bien en la forma que en el fondo, no constituye en general un caso de logorrea médica, sinó de charlatanería anunciadora ó periodística.

Una de las manifestaciones menos frecuentes; pero mas repugnante del especificismo es la confabulación del médico con el farmacéutico, el primero se compromete á prescribir sustancias medicinales conocidas generalmente, atribuyéndolas propiedades curativas extraordi-

narias para ciertos males; pero encubriéndolas con un nombre ó un guarismo convenido de de antemano; el segundo á despachar esas fórmulas cifradas, que él solo comprende, exigiendo por ellas cantidades exorbitantes, y el producto de esta especulación vergonzosa se distribuye entre ambos amigablemente.

Volvamos la vista á un lado y pasemos adelante.

Otros—la mayor parte de los especificistas—se dedican á la confección de vinos, elixires, píldoras, pomadas, de composición desconocida pregonando su maravillosa eficacia para la curación de ciertas enfermedades y recurriendo para abrir paso á sus productos en el mercado á mil estratagemas.

Lo primero es obtener una docena de certificaciones redactadas en términos encomiásticos por médicos complacientes, y conseguir á cualquier precio, un premio, diploma ó mención honorífica en alguna exposición ó certamen; despues, y con estas bases se cultiva el arte del reclamo en todas las formas imaginables.

Hay el anuncio blanco y el de colores chillones, el de letras enormes que se leen á dos kilómetros de distancia, el luminoso por medio de farolillos ó de mecheros de gas y el eléctrico que deslumbra por momentos y se

eclipsa luego para volver á brillar enseguida; el anuncio por medio de banderas y estandar-tes, el hombre-anuncio que lleva el cartel fijo en el sombrero ó en la espalda, el anuncio con tambores, cornetas, organillo y murga completa, el anuncio con fonógrafo ó gramófono, el anuncio por tarjetas postales etc.

Se hace una tirada de diez mil prospectos que se reparten gratis y con profusión en hojas sueltas ó dentro de folletos, de libros y periódicos: se desparraman en calles y plazas, se fijan en la esquinas, en las paredes, en las empalizadas y en los monumentos, en las puertas y ventanas, en los escaparates, en las tiendas, en los faroles, en los árboles de los paseos y en los postes telegráficos y telefónicos, en los kioscos y en los urinarios, en los carros, en los carruajes, en los trenes, en los tranvías y en los telones de los teatros, se depositan sobre las mesas de los cafés y casinos, en el comedor de las fondas, de las posadas y de los figones, se envían en fin á todas partes por el correo y caen como incesante lluvia torrencial en el bufete del hombre de profesión, en la oficina del empleado, en el mostrador del comerciante, en el taller del operario, y, por si esto no basta, se distribuyen entre la clase médico-farmacéutica para recabar su concurso y su apoyo—y aun diremos su participación en el negocio—acompañados de tarjetas y cromos, agendas y carteras

tapiceros y abanicos, almanaques y ceniceros, termómetros clínicos y jeringuillas de Pravaz, fotografías y muestras de medicamentos, cajas, botes frascos y botellas... y todo para deslumbrar al pobre enfermo, fingiendo curaciones asombrosas y estupendas milagrerías.

¿Será menester citar ejemplos prácticos de desvergonzado especificismo? Recordad «La revalenta arábica de Barri-Dubarry de Londres» anunciada en centenares de periódicos nacionales y extranjeros hace ya medio siglo, panacea á la que debían su salud S. S. el Papa Pío IX, S. M. el Rey de Wustemberg, media docena de príncipes, y un centenar de duques, mariscales, prelados y grandes personajes más ó menos auténticos.

Recordad á nuestro famoso L. de Brea y Moreno «inventor, confeccionador y expendedor del Aceite de bellotas, preparado con la »savia de coco ecuatorial» que además de curar todas las erupciones del cuero cabelludo» refresca el cráneo y el cerebro, después de »trabajos mentales, precave los dolores reumáticos, el contagio y la cefalalgía, calma la »irritación nerviosa, mientras que los perfumes tienden á producir la locura, por cuya »razón no se echan en nuestro admirable »profiláctico.....» «Se vende en la fábrica calle »de Jardines-5, Madrid y en las 2.600 principales farmacias, droguerías y perfumerías »del Globo.....»

Recordad en fecha más próxima al doctor Garrido.—Luna, 6.

Leed sus artículos y decidme que juicio os merece su literatura sui generis en prosa y verso, sus anuncios extravagantes, sus diálogos con médicos y enfermos, sus cartas gratulatorias, sus promesas de curación á tísicos, cancerosos y fabéticos, su táctica especial de dirigirse siempre á los desahuciados, su constante afán de exhibición grotesca y desvergonzada.... y después de esto su inmensa clientela en Madrid y en provincias, y la desahogada posición que llegó á alcanzar con tales truanerías....

Y tras estos otras mil, ofreciendo siempre la curación en los casos desesperados.

¡No más tisis! ¡No más cáncer! ¡No más epilepsía! ¡Colirio de Santa Lucía para los ciegos! ¡Pomada milagrosa! ¡Vino *Plus Vita!* ¡Panacea universal!.... ¡Siempre el mismo embuste presentado como cebo y siempre la misma credulidad, tragando el anzuelo, y cayendo en la red de los parlanchines sin vergüenza!

Y no sabemos cual de estos especificistas es más inmoral, odioso y repugnante, si el sacamuelas callejero que engaña al *analfabeto* campesino, que viene al mercado vendiéndole por una peseta unos granos de alcanfór, ó de mercurio como remedio para el *madrío*, el *mal de ojos* ó las lombrices; ó el Doctor en

Medicina que anuncia valiéndose de las cien trompetas de la prensa, el infalible preservativo de la sífilis, ó la curación eficaz de la tuberculosis, y recoge de manos del público *instruido* millares de duros como producto de su colosal estafa.

Y estas cuantiosas sumas, que pueden considerarse como un tributo que paga la estólida ignorancia de los unos, á la aviesa intención y codiciosas mañas de los otros, y que representan un río de oro, cuya corriente crece de día en día, nos ofrecen una prueba del progreso del charlatanismo, y nos dan una medida exacta del grado de ilustración y de moralidad de nuestro siglo.

LA LOGORRÉA PERIODÍSTICA.

La logorrea periodística no constituye verdaderamente una variedad, ni una forma especial de la enfermedad, porque la prensa es el elemento, es el vehículo, es el eco en nuestros días de toda logorrea, es, si se nos apura, la logorrea misma.

La prensa es su elemento necesario; porque por ella, la logorrea vive y se sostiene: es su vehículo más apropiado; porque por ella se trasmite y logra tan inmenso alcance: es su eco más poderoso; porque por ella la logorrea se repite á si misma, se prolonga, se agranda, se propaga á través del tiempo y del espacio, y produce resonancias sin cuento.

Sin la prensa no existiría la logorréa, sino en el pequeño círculo de oyentes, que rodea al charlatán, y por la prensa ha llegado á ser la logorréa, no el cuarto, sino el primer poder del Estado ó mejor dicho de la Sociedad moderna.

Dejad en pie las instituciones políticas, cámaras, diputaciones provinciales y concejos, organismos gubernativo, judicial y administrativo, establecimientos de enseñanza, comerciales é industriales, ejército y marina, vías de comunicación expeditas, obras públicas, ciencia y artes, literatura y centro de recreo, y de conversacion; respetad en suma las manifestaciones del espíritu humano en sus variados órdenes; pero suprimid el periódico que lee ó que oye leer sin perder día la gran masa de los ciudadanos, y decidme si comprendéis la vida moderna en nuestras poblaciones.

Bien se entiende que nos referimos aquí á la prensa periódica y más especialmente á la política y rotativa, á esa hoja de papel impreso que llamándose órgano de la opinión pública, es el que la crea real ó ficticia, ó la bastardea y la arrastra por torcidos cauces; palanca poderosa que mueve al mundo moderno, aún sin tener el punto fijo que para ello pedía el matemático de Siracusa.

El periódico de nuestros días no viene á la palestra de la discusión y de la publicidad

para defender los inmutables principios de la verdad, de la justicia, de la moralidad, etc., fñi las tésis políticas de libertad, igualdad, fraternidad, órden, economía y buen gobierno; teo es tampoco lo que era hace sesenta ó sesenta años, medio de propaganda del credo de un partido, de una fracción, ó de un grupo ó hombres de cierta talla filosófica, política parlamentaria, arma esgrimida en la lucha pi las ideas, de las necesidades ó de las aspirá raciones de un pueblo, con manifiesto error le veces y otras con pasión y hasta con violencia; pero casi siempre con sinceridad y uena fé.

Nada de eso.

El periódico moderno no es otra cosa que una empresa industrial explotada por charlatanes.

El capital necesario para su fundación y sostenimiento lo aporta en ciertos casos algún pagano adinerado, seducido por lo lucrativo del negocio; pero generalmente logra reunirse entre varios accionistas, cucos los unos, cándidos los otros, que arriesgan sus intereses en especulación tan atrevida.

Al frente de la empresa, para darle color, matiz y significación política y, como patrono, protector y santón, se pone algún parlamentario de altura, ex-ministro á veces, jefe de grupo que cuenta entre sus devotos una ó dos docenas de representantes del país.

Luego hay que contar en primer término con plumas conocidas y acreditadas, sueltas y versadas en la política militante, que estén al tanto de las intrigas, pequeñeces y miserias que constituyen la farsa parlamentaria, no ya solo de la que se representa sobre las tablas y á telón corrido en el salón de sesiones, sino de la que tiene lugar entre bastidores; esto es, en el salón de conferencias y pasillos y en los despachos de la presidencia y de los ministros y altos dignatarios.

Juego y combinaciones electorales, transacciones del poder con las oposiciones, corabaches y manejos de las minorías, verdadero objetivo de ciertas actitudes y campañas en el parlamento y en la prensa, antecedentes, compromisos y pretensiones particulares y hasta la historia íntima del hogar de los personajes políticos más caracterizados; todo esto debe ser conocido al *dedillo* por el periodista, para formar parte de la redacción de un rotativo de importancia.

Tras de estos redactores que son gente de algún valer, vienen otros que hacen méritos y se dedican á especialidades, la política exterior, las cuestiones militares, la crítica literaria, la hacienda, etc., y aunque no suelen tener grandes conocimientos, logran abrirse paso y darse á conocer ventajosamente por el tiroteo incesante de elogios que unos á otros se dirigen.

No siempre se les retribuyen sus trabajos al contado con generosidad; pero sí pródigamente en promesas y ofrecimientos, esto es, en letras giradas sobre el presupuesto nacional y pagaderas á la fecha del triunfo del partido.

Gente toda ella lista y aún más osada que lista, desaprensiva, inquieta, vidriosa y quisquillosa, deben ser tratados con cierto tino y cariño mientras se les necesita; porque al menor disgusto ó chisme, abandonan la redacción y se pasan al campamento enemigo con armas y bagajes.

Después viene la tropa ligera de noticieros y reporters, que han de ser por razón del oficio curiosos, traviosos, entrometidos é impertinentes. Deben husmear la noticia y el escándalo y aportar todas las barreduras de la opinión para volcarlas al siguiente día en las columnas del periódico.

Su misión más importante es la interview; no hay treta á que no recurran, ni indiscreción que no cometan, ni desaire que no aguanten con tal de referir algo nuevo serio ó trivial, respecto al suceso del día y al personaje de moda, estando obligados á *inventar* y á fantasear, lo que no han podido averiguar de cierto; pues la inexactitud, la mentira y el embuste perjudican menos al buen nombre de la hoja periódica que la carencia de datos y la falta de información.

Además hay que designar corresponsales

en provincias y aun en el extranjero y representantes especiales del periódico que den cuenta detallada de fiestas y solemnidades, operaciones militares, viajes de personajes políticos, asambleas y congresos de todos géneros, que todo esto es necesario para elevar y sostener á cierta altura la naciente publicación.

Añádase á esto el personal de administración, escribientes, conserje y mozos—un ejército, un verdadero ejército—á cuyos gastos hay que subvenir, así como á los cuantiosos de imprenta, papel, contribución, instalación en lugar decoroso etc. y se comprenderá ahora toda la importancia de la empresa y cuanta travesura necesitan estos vividores y cuanta palabrería tienen que derrochar todos los días estos charlatanes, si han de atraer al público y alcanzar suscriptores y lectores en número suficiente para cubrir tantas y tan costosas atenciones y sacar jugo del negocio.

Respecto á los suscriptores hay que cazarlos á tiro de compromiso político en los primeros tiempos, después van acudiendo en mayor número y llueven anuncios y reclamos cuando la publicación adquiere vida próspera y entonces puede contarse también con alguna subvención del gobierno que ayude á vivir á la empresa y con alguna migaja de la tosta del presupuesto para premiar los desve-

los de la legión que pasa la vida emborronando cuartillas en la mesa de la redacción.

Consideremos ahora la estructura y confección de la hoja periodística, dedicando dos palabras á la sección de fondo, á la de noticias y á la de anuncios.

La sección de fondo ó doctrinal (?) ocupa las primeras columnas y comprende uno ó dos artículos acerca de las cuestiones político-sociales de actualidad. La Ley electoral, el nuevo plan de enseñanza, las reformas militares, el servicio de comunicaciones, la creación de sindicatos de obreros y patronos, los tratados de comercio, las comunidades religiosas, el conflicto de Marruecos, el saneamiento de la moneda, el sistema carcelario, los rumores de crisis ministerial, el discurso del diputado X en la Cámara, los canales de riego, la construcción de acorazados, el viaje del presidente del Consejo, la última procesión de los Desamparados en Pamplona, el banquete de los Moretistas, los peligros del clericalismo, el cuerpo de orden público, la guerra en el Extremo-Oriente... todos estos puntos y cuantos se crea pueden interesar al público son expuestos, tratados discutidos y dilucidados con tal copia de datos, de razonamientos, de consideraciones y de citas de autoridades filosóficas, históricas políticas y so-

ciológicas que producen verdadero asombro en el ánimo de los lectores inocentes.

Lástima grande que este arte de escribir todos los días un artículo sobre materias tan variadas y heterogéneas, que esta facilidad de hilvanar párrafos, oraciones, frases y palabras de tan grata cadencia al oído, que este acceso cotidiano de logorragia periodística—para decirlo de una vez—no conduzca á nada grande, práctico ni duradero, como no sea á fascinar incautos, á reclutar partidarios para una bandería política y adeptos para el santón que patrocina ó dirige la publicación!

No hay criterio definido, ni orientación determinada en las cuestiones politico-sociales, ni se hace estudio meditado de los problemas de gobierno, ni de administración del país; no hay más que una idea constante, un norte fijo, el de agitar incesantemente la opinión y hacer campañas ruidosas con cualquier pretexto, dando importancia á asuntos baladíes y convirtiéndolos en arnia de combate contra el poder; porque la oposición es la actitud que mas halaga á las masas ineducadas, irreflexivas y veleidosas y porque siempre hay tiempo para retroceder en esta senda cuando se llega al logro de ciertas aspiraciones, desdiciéndose y contradiciéndose sin decoro, ni vergüenza.

Lo hemos visto y lo seguimos viendo todos los días.

Los mismos periódicos que designaron para el mando de un ejército en campaña á un general distinguido, censuraron poco después al gobierno por haberlo nombrado, negándole las condiciones de pericia, de energía y de capacidad que antes le habían reconocido para el desempeño de aquel alto puesto. Las mismas plumas que escribieron tantos artículos para excitar los ánimos y para despertar el espíritu belicoso del pueblo, lanzándole á empresa temeraria y desatentada, dirigieron después del desastre acerbos cargos á los gobernantes que habían declarado la guerra.

Hoy se piden economías á todo trance y se niegan ó se escatiman al poder los recursos necesarios para el sostenimiento del ejército de mar y tierra y para la organización de los servicios públicos más indispensables, y mañana se le acusa de abandono, de ineptitud y de poco patriotismo por no haber previsto las contingencias de una colisión internacional, por la mezquindad con que retribuye al cuerpo docente ó por el mal estado de nuestra red de comunicaciones.

Se lamenta hoy el atraso de nuestra enseñanza oficial, el desprestigio de nuestro profesorado y la desorganización de nuestras universidades y luego se aplauden los más descabellados planes de estudios, se da la más torcida interpretación á la libertad de la

cátedra y se celebran, se justifican y se patrocinan las huelgas, la indisciplina y las revueltas escolares.

En el artículo de fondo, así como la peroración del orador de club—formas de la logorrea que tienen entre sí grandes puntos de analogía—contando con la impresionabilidad y versatilidad y aun diremos con la ignorancia de los lectores, no hay que preocuparse de los principios doctrinales, ni de la consecuencia política, ni de ciertas conveniencias, ni de las inexactitudes, errores, falsedades ó calumnias, más ó menos encubiertas que puedan deslizarse al escribirlo; cúidese sí, de que su lectura sea *atrayente*, que produzca sensación, que cause ruido, que levante escándalo, que lastime, que arañe, que hiera, que haga sangre al jefe ó á alguna personalidad importante de la situación; porque si el diario tiene la suerte de ser denunciado á los tribunales de justicia, el número será buscado y arrebatado de las manos de los vendedores y pagado á doble precio, que es cuanto anhela como última finalidad la empresa periodística.

Y huyendo de personalizaciones ajenas por completo á la índole de este trabajo, nos privaremos de mentar algunos ejemplos de estos documentos, en que las galas retóricas no sirven sino para encubrir una intención tan dañina y un fondo tal de perversidad que

bien podrían citarse como casos de logorrea perniciosa.

La sección de noticias es, si bien se considera, la parte integrante del periódico ó el periódico mismo.

Suprímase esta información de noticias de todo género, políticas, científicas, literarias, religiosas, de guerras, de congresos, de reuniones, de festejos, de viajes, de casamientos y defunciones, de crímenes y suicidios, de huelgas, y tumultos populares, de funciones teatrales, toros y espectáculos, de cuentos, chismes y miserias y el periódico moderno no existe, no puede existir.

Y no hallaríamos en todo esto, nada digno de censura y aún consideraríamos á la prensa como medio de natural y honesto esparcimiento del espíritu, ansioso de conocer cuanto ocurre en el mundo entero, si, el afán de ofrecer pasto incesante á la curiosidad de los lectores, no traspasase los justos límites que los altos intereses de la veracidad, de la moralidad y de las conveniencias públicas le imponen.

Pero he aquí que al referir estos sucesos, al estampar esta noticia, al redactar estos sueltos, ya por las deficiencias y premura de la información, ya por el afán de revestirlos de interés trágico ó cómico, ya para darles nove-

dad ó importancia, en una palabra para hacerlos apetecibles al extragado paladar del público, que exige cada día nuevos manjares, aderezados con la salsa del escándalo, se desfiguran los hechos, se hacen comentarios insidiosos, se deslizan calumniosas imputaciones, se penetra en el santuario del hogar, se muestran al descubierto secretos deslices y vergonzosos sucesos, se menosprecia á la autoridad, se ponen en tela á juicio los fallos de los tribunales y se pisotea la moral cristiana... y todo esto se hace sin consideración, sin empacho, sin escrúpulo, sin piedad alguna para cumplir el sagrado, el inexcusable, el inexorable deber profesional de informar al público de cuanto ocurre.

¡Peregrino código del deber que rige en las redacciones, mientras al lucro que produce la publicidad no se le sobreponen otras consideraciones de más peso; porque el silencio tiene también su precio en la tarifa según las circunstancias y las personas en él interesadas!

Pero ¿á que decir más?

En la otra «página de patología social» titulada «El noticierismo» habrá hallado el lector datos más detallados sobre el punto que aquí tratamos: conste solo que la sección de noticias del periódico y manifestación logorréica profundamente arraigada y que produce daños de tanta más consideración y alcan-

ce, cuanto mayor es el número de los ciudadanos crédulos é inconscientes que hacen de la lectura, obligada tárea cuotidiana.

La sección de anuncios. No vive el periódico sin dar noticias pero tampoco puede prescindir de la Sección de anuncios, que produce á los diarios de gran circulación ingresos capaces de nivelar casi por sí solos el presupuesto de gastos.

Una plana entera, por lo menos se consagra á esta sección; miscelánea rara, heterogénea, extravagante, abigarrada, chavacana, que da idea del interesante papel que en la vida moderna se concede al anuncio y al reclamo.

Compra venta y alquiler de fincas, de fábricas, de tiendas y de establecimiento de todos géneros; profesores, institutrices, administradores, jardineros, cocineros, cocheros, chauffeurs, lacayos, ayas, doncellas, criadas, señoras de compañías, ama de llaves, nodrizas y servidores y servidoras de todas clases; negocios para hacer rápida fortuna; préstamos á bajo interés; objetos perdidos y hallados, libros, cuadros, estatuas, imágenes, bibelots, cacharros, preciosidades artísticas, antiguas, y modernas, almonedas y liquidaciones, agencias para todos los asuntos y pretensiones, mortuorias y matrimoniales, academias, colegios, liceos, pensiones, escuelas y pasantías

para el ingreso en las carreras del estado, funciones religiosas y de teatro, círcos y corridas de toros, conciertos, bailes, riñas de gallos, juegos de pelota, carreras de caballos y espectáculos varios, hoteles, fondas, casas de huéspedes, posadas, paradores y restaurantes, horarios de trenes y correos, valores públicos y de las grandes empresas, mineras y bancarias, mercados comerciales, grandes y pequeñas industrias, muebles y ropas, objetos de servicio doméstico, de adorno y de tocador, de comedor y de cocina, armas y explosivos, perros y caballos, aves y flores, frutas y semillas, consultorios de médicos y abogados, gabinetes de dentistas y de adivinas, ó echadoras de cartas, aguas para embellecer el cutis, para enriquecer el cabello, para impedir la calvicie, medicamentos para remediar la esterilidad, para redondear las formas, para curar el cáncer y los sabañones, vinos tinturas, elixires, gotas, polvos comprimidos, glóbulos, gránulos, píldoras, jarabes, opiatas, engüentos pomadas y específicos secretos é infalibles para todos los males... todo esto y otras muchas cosas—sino imposibles muy difíciles de expresar sin ofender la decencia—se anuncian en la cuarta plana del periódico, sin orden, ni concierto en confuso tropel, unos en grandes caracteres, otros en caracteres de variados tipos, con letras entrecruzadas é invertidas, adornados con viñetas y monos,

con escudos y blasones, con figuras simbólicas, en verso algunos y con interrogaciones admiraciones y palabras llamativas y de alar, ma los más, como «¡Fuego! ¡Cuidado! ¡Por la Patria! ¡Un peligro! ¡A las madres! ¡Ojo! ¡Ami! ¡Leed! ¡Socorro!» etc. etc.

Y no mencionaremos los anuncios preferentes, los intercalados en las columnas del periódico, los que ocupan la cabeza de la primera plana y los reclamos que simulando la narración de un sucedido, de un viaje ó de un hecho histórico, procuran engañar al lector despertando su interés hasta la última línea en que se descubre que su verdadero objeto es recomendar las pastillas de Gérandes para la tos, el famoso betum Melanina para el calzado ó los polvos de Cimexina para matar las chinches.

El periódico considerado hoy como órgano y vehículo de la ilustración y cultura públicas, es en este punto semejante á la esquina ó á la columna anunciadora; no garantiza la verdad, ni responde de la exactitud, ni le importa por la moralidad, ni cuida de la buena forma de cuanto allí se dice, no escoge, no selecciona, acoge cuanto se le envía y lo transcribe.

¿Qué resulta el anuncio grotesco, chavacano, ridículo, falso, inmoral? Eso no le importa á la empresa; la cuestión es darle publicidad y cobrar con arreglo á la tarifa tanto

por línea ó en otros términos lucrarse explotando la credulidad del público.

Los mismos periódicos profesionales, las mismas revistas de ciencias, de artes, de industria, de literatura, etc. estampan en su cubierta los anuncios más absurdos y más disparatados, apareciendo de este modo las publicaciones serias envueltas en el ignominioso sudario del charlatanismo estúpido y de la embustería descocada.

La costumbre generalmente admitida, el mal gusto del público ignorante y las razones económicas de la empresa, así lo exigen.

Y después de todo lo que hemos dicho, no es de extrañar que consideremos la hoja periodística como manifestación neta y genuina de la logorrea y veamos en cada redacción un foco pestilente de la enfermedad sociales que describimos.

LA LOGORREA INDUSTRIAL Y MERCANTIL.

Tras de la ambición, tras del ansia de gloria, de fama, de reputación ó de notoriedad, que agitan á la mayor parte de los charlatanes descritos en los anteriores capítulos, se oculta siempre el deseo de crearse una posición, una clientela ó una fortuna; pero en la logorrea de los industriales y de los comerciantes el afan del lucro inmediato, no se oculta, salta á la vista y se muestra casi siempre descarnado y brutal.

El pseudo-sabio y el pseudo literato, los charlatanes parlamentarios letrados, médicos y periodistas, invocan para lograr sus fines particulares el amor á las ciencias y á las letras, la conquista de los derechos políticos, los altos intereses de la justicia ó de la salud del pueblo, la ilustración, el progreso y el bienestar sociales: el charlatán que labora en el campo de la industria y del comercio no pone en juego estos resortes, porque los desconoce ó los desdeña y marcha sin ambages ni rodeos á la conquista de bellocino de oro.

Hombre práctico y positivo como su siglo, va derecho al objeto: quiere hacerse rico y si promete hacer el negocio de los demás, es para hacer el suya propio en primer término: sus argumentos y sus palabras no se dirigen á la cabeza, ni al corazón, sino al bolsillo de sus conciudadanos; no maneja los tropos, ni las metáforas; pero exhibe datos, cotizaciones y estadísticas y juega con los guarísmos de tal modo, que deslumbra á los incautos y los asocia á sus planes convirtiéndolos en accionistas ó en compradores de sus mercancías.

La codicia ajena es su palanca, palanca omnipotente en el mundo metalizado en que vivimos: el charlatán lo comprende y esto es lo que constituye su fuerza y lo que explica sus éxitos sorprendentes.

Presenta esta forma innumerables variedades; pero solo describiremos las principales.

La 'ogorrea de los hombres de negocios, grandes industriales, grandes comerciantes, grandes contratistas y empresarios reviste caracteres de gravedad por la difusión que ha alcanzado en nuestros días y por los inmensos daños y perjuicios que causa entre las gentes sencillas.

La primera idea de la empresa surge de una docena de vividores, que se proponen explotar al público; la prensa periódica da cuenta del proyecto y prepara la opinión dejando entender que se trata de un negocio de brillantes resultados y más tarde se reparten con profusión folletos convocando para una reunión y anticipando promesas y ofrecimientos que seduzcan el ánimo de los incautos y de los codiciosos.

Allí son de oír los iniciadores de la idea.

Se trata siempre de empresas grandes, hermosas, magníficas, y humanitarias, que prueban hasta que punto llegan los atrevimientos de la ciencia moderna, que glorifican la inteligencia del hombre y que han de cambiar, sino la superficie del planeta, al menos las condiciones de vida de la comarca. La rotura del istmo, la nueva vía ferrea, el nuevo canal de riego, la desecación del pantano, la traida de aguas, la explotación de la mina de oro, la nueva carretera, la nueva fábrica de cristal ó de papel de estraza, la nueva sociedad de seguros, la construcción de la plaza de toros, del

teatro, del almacén ó lo que sea, fomentando el desarrollo de la industria, dando impulso á las transacciones comerciales, generalizando la cultura y la ilustración popular y favoreciendo la salud pública, no solo ha de traer beneficios incalculables al país en general y muy especialmente á la honrada clase obrera, tan necesitada de protección y amparo, sino que REPORTARÁ CON TODA SEGURIDAD PINGÜES RENDIMIENTOS Á LOS CAPITALES Á LA OBRA CONSAGRADOS.

Todos los hombres de buena voluntad deben asociarse, á la medida de sus fuerzas y contribuir con relación á sus medios de fortuna, á la realización de este proyecto que cuenta ya con el apoyo de las personas de más significación por su inteligencia y por su posición...

Calcúlase en algunos millones la suma reunida y falta solo una pequeña cantidad para alcanzar la cifra total presupuestada por los hombres de ciencia como coste de la obra.

Solo nuestro atraso puede explicar como hemos permanecido hasta hoy con los ojos cerrados y sin explotar este elemento de riqueza y de prosperidad, cuando este negocio es ya perfectamente conocido en el extranjero hace muchos años. Según los datos cuidadosamente recogidos en Nuyork, en Bostón y en Filadelfia los capitales empleados con tal objeto han obtenido enormes ganancias y

en todas las Bolsas Europeas se cotizan estos valores con grandes beneficios.

Dichas estas palabras, amplificados estos conceptos por tres ó cuatro oradores, que acentúan la nota del tanto por ciento de utilidades que ha de producir el negocio, y caldeados los ánimos con la lectura de algunos cuadros estadísticos, se termina la sesión, no sin invitar antes á los concurrentes—que han estado ec ando los cálculos de la lechera de la fábula—á inscribirse como accionistas en el libro *ad hoc* presentado y que aparece cubierto ya de firmas más ó menos auténticas y responsables.

Al día siguiente los periódicos describen el acto con las frases más rimbombantes, exponen de nuevo el negocio pintándolo con los colores más halagüeños, animan á los tímidos y vacilantes y excitan al capital para que salga de su retraimiento y concurra á la realización de la grandiosa empresa que ha de traer en pos de sí tan beneficiosos resultados.

Luego se constituye un consejo de dirección ó de administración en el que figuran, entre los nombres de los patrocinadores de la empresa, los de personas de alta posición en la banca, títulos de Castilla, grandes cruces, propietarios opulentos, ex-ministros, senadores y diputados que consciente ó inconscientemente se prestan á ser los cómplices de los charlatanes explotadores.

Después se busca en punto céntrico de la ciudad, un local conveniente y se instala con todo lujo, la dirección general, el despacho del jefe y del subjefe, de los ingenieros y ayudantes, del cajero, tenedor de libros, y empleados, y local para el conserje y mozos, dotados todos con decorosa retribución.

Más tarde llegan del extranjero las máquinas, artefactos ó instrumentos para dar comienzo á los trabajos con toda actividad y valiéndose de los últimos y más perfeccionados procedimientos de la ciencia, se anuncia con bombo y platillos la solemne inauguración de las obras. Para ello se invita á las autoridades y personas de más viso de la población, sin olvidar á la representación de la prensa periódica, encargada de describir la hermosa ceremonia con toda riqueza de detalles y de darnos minuciosa cuenta de los exquisitos manjares y de los riquísimos vinos servidos en el suntuoso banquete, obligado fin de estas fiestas, y de transcribirnos íntegros los elocuentes brindis pronunciados por el sabio ingeniero - jefe, director técnico de la empresa, por el opulento banquero presidente de la junta de administración, por el consecuente político Senador Sr. X, por el distinguido diputado provincial S. K. y por el ilustrado y antiguo periodísta Sr. Z. que arrancaron de la selecta concurrencia grandes nutridos y prolongados aplausos.

Hasta entonces las ilusiones concebidas en los primeros momentos van en *crescendo*; pero después, pasan los días, los meses y los años, el viento se lleva el eco de aquellas palabras que electrizaron á la gente sencilla y sirvieron para hacerles aligerar sus bolsillos y cuando el codicioso accionista se apercebe de la falacia de todas aquellas promesas, ya está encima el krack espantoso que lleva la miseria á muchos hogares en provecho de una docena de vividores charlatanes

Indigna explotación, farsa, engaño ó estafa que se repite á menudo y que hallará siempre terreno propicio para su desenvolvimiento en la necia credulidad á las masas, ávidas de enriquecerse sin trabajar.

¿Será menester evocar recuerdos dolórosos y citar nombres de todos conocidos para probar que no hay exageración en el cuadro que acabamos de tratar de la logorrea de los grandes industriales?

Doña Baldomera, El istmo ó Panamá, Madame Humbert y tantos otros...

Tras de la logorrea de estos grandes caballeros, viene la de los pequeños industriales, que hacen su negocio moviéndose en campo más reducido; pero valiéndose de las mismas tretas de la charlatanería y del engaño.

Desde el fabricante de todo género de productos hasta el más modesto industrial, toma-

da esta palabra en el vago sentido que hoy le concede el uso, esto es, el hombre que elabora objetos de necesidad, de arte, de lujo, de indumentaria y de recreo, que cuenta con un pequeño taller obrador ó almacén, desde el comerciante en grande, hasta el mercader que despacha al menudeo en su tienda, todos abusan de la palabra y casi todos se valen de ella para exagerar la bondad de sus productos, de sus géneros ó de sus mercancías para atraer compradores y para sacar el mejor partido posible de su industria ó de su comercio, sin contentarse muchos de ellos en los límites de la buena fé y de la probidad.

En la imposibilidad de abarcar en esta descripción tipos tan varios y caracteres tan distintos nos limitaremos á recordar algunos de los tipos más frecuentes y mejor conocidos.

Me refiero ahora á esa nube de intermediarios, que recorre el mundo entero ofreciendo los productos de la industria ó los generos del comercio de toda clase y buscando colocación, venta ó salida para ellos á toda costa.

El comisionista, viajante commis-voyageuz, asalta las fábricas, los comercios, las tiendas, los almacenes, las farmacias y todo género de establecimientos y aún las casas particulares y asedia, aturde, mareta con su charla vana, pesada, monótona, enojosa é insoportable.

Es inútil prepararse contra la *agresión*, ni oponerse á ella, entra, abre su cartera ó sus cajas, desembala sus muestras, las exhibe y las hace pasar y repasar una por una ante nuestros ojos, recitando una cansada letanía para cada objeto, ensalzando su mérito, su clase y su elaboración, su duración, su buena visualidad y la baratura de su precio y dando detalles de su fabricación ó confección, de la facilidad de su adquisición, de su uso ó manejo etc. etc.

Es en vano intentar poner dique á aquel torrente de palabras; el viajante comprende bien el efecto que producen y atormenta á su víctima hasta que esta agotadas sus fuerzas y próximo al desmayo, para verse libre de aquella acometida logorréica, se rinde á discreción y se entrega á aquel hombre, consintiendo en redactar una nota, una pequeña nota de compra... solo entonces se detiene aquella máquina de palabras y solo así se logra cohibir aquella logorragia fulminante.

El aspecto formas y presentación del viajante varían en extremo. Unos franquean la puerta del establecimiento y con especial *sansfación* y desparpajo, sin saludar apenas, abren la llave por decirlo así y sueltan el charro de su discurso aprendido de memoria, sin prestar oído á nuestras negativas y sin dar fin á la ducha charlatanesca hasta ver conseguido su objeto.

Otros, se hacen anunciar y pasan su tarjeta como un caballero particular que trae un encargo ó una visita de atención, visten con atildamiento, saludan con toda cortesía, se expresan con corrección, toman asiento y cuando espera uno conocer un asunto importante ó recibir noticias de un amigo ausente, piden permiso para que entre el mozo, que trae bajo el brazo una caja con catálogos ó entregas de libros ó muestras de medicamentos ó instrumentos de cirugía y con todo énfasis pronuncian una oración para enterarnos de los adelantos de la ciencia ó de la literatura nacional y extranjera intercalando en ella voces técnicas y nombres de autores y mostrándonos y explicándonos con tono magistral los objetos á que hace referencia.

Pero aunque para realizar el acto de abordaje en la fábrica, en la tienda, en el despacho ó en el gabinete y para apoderarse del ánimo del comprador desconfiado y rehacio, se valgan de tan variadas formas y estratagemas, todos ellos son iguales en el fondo, esto es: tipos acabados de charlatanes que hacen su negocio, fingiendo hacer el negocio del prógimo.

Comparable al viajante por su palabrería pesada, monótona y fastidiosa es el dependiente de comercio, uno y otro se proponen realizar transacciones mercantiles, colocar sus géneros, vender á todo trance, con la diferencia

de que, el primero asalta, ataca y acomete á sus víctimas de casa en casa y el segundo de formas en general más suaves acecha agazapado en su tienda al comprador para envolverle en las redes de su charla melíflua y empalagosa.

El dependiente de comercio constituye una clase que abarca desde el mozo ó mancebo que despacha en la tienda más humilde de ultramarinos, hasta el joven bien vestido, de corbata chillona con vistoso clavillo, de sortija con gruesas piedras, de cabello peinado y alisado á fuerza de pomada, que exhala en torno suyo penetrante olor á patchouli y que se pasea orondo y satisfecho entre paños y terciopelos, pekines y surahs, rasos y glacés, batistas y moirées, foulards y encajes de Bruxelles, de Malines y de Alençon en esos grandes comercios que suelen llamarse «La Reina de las Camelias» «La Gardonia de oro» ó «El Crisantemo de moda.»

El amo, patrón, dueño, jefe, principal ó director del establecimiento, que con todos estos nombres se designa según los casos, apenas se apercibe de la entrada del comprador ó compradora sentado al frente de su *bureau*, rodeado de libros, carpetas, cartas y facturas, con la pluma en la mano, parece absorbido por operaciones matemáticas ó cálculos mercantiles de gran interés y de mucha más importancia que la venta al menor.

El chico ó dependiente es quien se dirige á la señora, haciéndole un saludo ó reverencia ceremoniosa, le ruega que tome asiento, se entera de sus deseos, va en busca de los géneros pedidos, los presenta, despliega y expone á la vista de la compradora y desata en seguida su lengua, dando libre curso á su cháchara insustancial, *argot*, jerga ó caló del oficio en que se repiten á cada momento estas ó parecidas frases. «Género superior... Esto es »lo que más se lleva... Es de muy buen gusto... Viste muy bien... Las revistas de modas no traen otra cosa... A nosotros nos enseñían esto como lo más selecto... Nos quedan »ya muy pocos metros... Lo hallará V. más »barato; pero este es tejido en seda... género »cruzado... Perdone V. señora, pero basta tomarlo entre los dedos para apreciar la diferencia... Ayer nos llevó uno la Sra. Marquesa »de Casa-vana y no hemos podido complacer »á la Sra. del General Recio que quería otro »igual para su sobrina, la que va á casarse »con el coronel Pintado... Esta semana hemos hecho otro pedido á París... A ese precio »no podemos... En esta clase no tenemos en »clase tan inferior... Lo hallará V. en otros »comercios... El color *cramoisie* es muy elegante... Hoy no tenemos *matinées* para V... »No, Sra. no se llevan mas que dos *boutonnières*... Estos paños cortados al *biais* tienen mucha aceptación...»

Y gracias á este chisporroteo de palabras huecas, se decide á hacer sus compras convencida de que aquel es el único género que lleva en París la gente de buen tono, como lo han creído así mismo las demás personas citadas por el dependiente, pertenecientes todas á la *higt-life* de la población.

Y conste que lo que más encanta y seduce á la compradora son las voces extranjeras para ella desconocidas que con caprichosa pronunciación y singular complacencia entrevee en su discurso aquel mentecato charlatán.

Variedad también de la logorrea industrial y mercantil, parecida á la que acabamos de exponer, es la del comerciante ambulante, buhonero ó vendedor de baratijas, que recorre los pueblos, ferias, ó mercados ó se situa en ciertos parajes concurridos de las poblaciones.

Vende papel y sobres, plumas y lápices, hilos y sedas, agujas y alfileres, navajas y cuchillos, jabones y perfumes, anteojos y espejos, corbatas y pañuelos, acordeones y relojes, sortijas y pendientes, muñecas, tijeras, barnices, barajas, libros, y fotografías pornográficas y otras mil y mil fruslerías, deshecho de otras tiendas, que anuncia en rápida é ininteligible enumeración y á voz en grito á los transeuntes, ensalzando su clase y baratura sirviéndose á menudo, como de cebo para

atraer compradores á su bazar portátil de rifas loterías y otros juegos más ó menos lícitos y atronando los oídos de los circunstantes con el sonido de una campanilla, de una corneta ó de un organillo callejero.

Danse la mano estos mercachifles charlatanes; con los quitamanchas, pedienzos y sacamuelas que se sitúan también estratégicamente en los lugares de continuo tránsito y pregonan en chavacano y disparatado discurso desde un tablado ó banco las excelencias de sus aguas prodigiosas, de sus pomadas escaróticas y de sus elixires calmantes y proceden allí mismo y *coram populo* á la limpieza de prendas de ropa sucia, á la extirpación de callos y á la extracción de dientes muelas y raíces, valiéndose para acreditar su habilidad de los más toscos instrumentos y jactándose de ejecutar estas operaciones sin dolor y sin peligro y á más módico precio que otro alguno.

Confúndese esta variedad de la logorrea industrial con la ya descrita más arriba de los curanderos y especificistas: unos y otros explotan el filón de las dolencias humanas y ya por esta razón, ya por la crasa ignorancia del populacho, ya por el abandono con que las autoridades miran el ejerinio público de tan reprobables industrias, perduran y perdurarán los tales vividores en esta Sociedad que se precia de culta é ilustrada.

LA LOGORREA ESCOLAR

La logorrea escolar forma que también pudiera llamarse infantil y juvenil porque solo se observa en estas edades—es la que se aprende, se enseña, se practica y se desarrolla en los centros de enseñanza; no en todos, pues en honor de la justicia, debemos hacer notar aquí, que en las academias militares, en las escuelas superiores especiales y en los establecimientos donde se cultivan las ciencias matemáticas, son mucho menos frecuentes los casos de esta dolencia.

En las escuelas de primeras letras—que hoy se llaman colegios empieza por acostumbrarse al niño, no á estudiar y á procurar comprender y explicar á la medida de sus alcances intelectuales, la lección del catecismo, y de los rudimentos de gramática ó de aritmética; no á expresar sus ideas con la claridad, precisión y corrección compatibles con su edad; no á aplicar su atención y sus nacientes facultades reflexivas á la explicación del maestro; sino á aprender palabras, frases y oraciones enteras de memoria para repetir las sin comprender su sentido; pero con facilidad y soltura.

Para esto se ponen en manos de los chicos tres, cuatro ó cinco libros, que no tienen tiempo á leer siquiera, se les hacen copiar cartas, saluciones, enhorabuena y pésames

acerca de materias, que no pueden comprender, y se le obliga á recitar automáticamente versos, fábulas y trozos oratorios, cuya moralidad y cuya belleza son muy superiores á los alcances de su edad, y para coronamiento de tan rutinario sistema pedagógico, se presenta como modelo digno de elogio y de imitación á los niños que canturrean los nombres de las montañas de Asia, las capitales de la república sudamericanas ó la cronología de los reyes godos, adiestrándolos como loritos para que hagan buen papel en esas exhibiciones teatrales que con el nombre de exámenes, se verifican en ciertas épocas del año y que solo sirven para acostumar á los examinados á respirar la atmósfera de la adulación, la lisonja y la mentira, para engatusar á los padres sencillos y para causar profunda pena á las personas sensatas, que asisten invitadas á presenciar aquellas farsas.

No es nuestro ánimo señalar á los culpables de estas faltas y errores, que vician la enseñanza desde la escuela hasta los estudios superiores universitarios, extraviando la inteligencia y torciendo y malogrando acaso las mejores aptitudes é inclinaciones, ni podrían en ningún caso dirigirse nuestras censuras al pobre maestro de escuela de la aldea.

No; no es á este miserable paria de nuestra *ilustrada* sociedad, no es á este funcionario de retribución mezquina é indecorosa, que

vive esclavo del cacique político y huérfano de todo apoyo y consideración, educando é instruyendo á los hijos del pueblo rudo y necesitado, á quien puedan tachársele de fomentar la charlatanería en su escuela.

Podrá considerársele con escasa cultura intelectual para desempeñar misión del magisterio—¿Qué quereis? No se hallan con facilidad sabios pedagogos que se resignan á vivir en una montaña por quinientas ó seiscientas pesetas anuales; pero ni ellos son charlatanes, ni salen charlatanes los hijos de los campesinos que concurren á aprender las primeras letras.

Es verdad que después de asistir un año ó dos á la escuela, apenas llegan estos á leer con mucho trabajo y á escribir malamente su nombre; pero los hijos de las familias acomodadas, que viven en cierto ambiente de cultura y que concurren sin interrupción tres y cuatro años á esos colegios de las ciudades, donde se cuenta con medios de todo género para facilitar la instrucción ¿qué es lo que saben?; leer algo más correctamente, escribir con mejor letra pero con groseras faltas ortográficas y ejecutar las cuatro operaciones aritméticas fundamentales

Con preparación tan incompleta se presentan al examen de ingreso en los establecimientos de segunda enseñanza, llamados hoy

pomposamente Institutos generales y técnicos y salen virtoriosos en tan *difícil* prueba.

En ciento cincuenta días lectivos que á lo sumo comprende el curso teniendo en cuenta las vacaciones reglamentarias, fiestas, permisos particulares y frecuentes huelgas, estudian los chicos tres, cuatro ó cinco asignaturas, lenguas vivas y muertas, geografía é historia, ciencias matemáticas y naturales, filosofía, literatura, agricultura etc.; los textos son todos voluminosos, difusos, é inadecuados á la edad y á la deficiente preparación del escolar; pero en cambio corren de mano en mano, compendios, resúmenes, apuntes y cuadernos que en pocas páginas contienen todo lo necesario para salir airosamente del paso y para evitar al alumno trabajos y desvelos; los elementos materiales para dar á la enseñanza carácter práctico y positivo no existen apenas y si hay algunos, no se utilizan, pues ni los mapas se descuelgan, ni los aparatos de física vienen á clase, ni los ejemplares de historia natural salen de sus hermosas vitrinas, por temor á que se deterioren con el uso; los exámenes, que ya no eran antes sino una pura fórmula, se han suprimido ahora para evitar ese mal rato á los matriculados en esos centros oficiales y de este modo al cabo de cinco ó seis años obtienen los chicos el título de bachiller, equiparado por exacta y vulgar sinonimia al de charlatán.

Y que no son los institutos otra cosa que verdaderos Seminarios de charlatanes y que los conocimientos que en ellos se adquieren no son sino *tintura* ó barniz ligerísimo de esa cultura intelectual enciclopédica tan distante del verdadero saber como el oropel del oro, lo prueba el hecho de que las asignaturas que en ellos se estudian no sirven para nada práctico y cualquiera que sea el rumbo que tome en adelante el joven escolar, tiene que comenzar de nuevo su estudio, si necesita saber algo de lenguas, de literatura ó de ciencias.

La absoluta esterilidad de estos centros docentes es tan notoria, que apenas ha habido un Ministro de Fomento ó de Instr. pública que no haya intentado remediar este mal, confeccionando planes de estudios y dictando medidas encaminadas á levantar el caído crédito de dichos establecimientos, sin que hasta la fecha y por razones que no es del caso examinar ahora, haya podido conseguirlo.

Con instrucción tan superficial y con los hábitos adquiridos en la segunda enseñanza, ya mozos de diez y seis á diez y otros años, pasan los bachilleres á la Universidad.

Empiezan entonces á germinar en ellos ciertas ideas y á soñar con el risueño porvenir y con los brillantes éxitos que les esperan en la sociedad al terminar su carrera y dos sendas se abren ante sus ojos para la realización de sus naturales esperanzas juveniles.

La una erizada de obstáculos, es la del estudio serio, perseverante, tenaz, que reclama todas las fuerzas de la voluntad para consagrar al trabajo, las horas que muchos de sus compañeros dedican al esparcimiento, á las distracciones de todo género, á los placeres y quizá á los vicios, senda de austeridad y recogimiento que siguen algunos escogidos, no quizás de los que obtienen mejores notas, ni de los que alcanzan mayores simpatías entre los profesores.

La otra llena de facilidades y de atractivos, que no exige grandes trabajos, privaciones ni desvelos, es la que ha conducido á las altas posiciones y á la fortuna, á una gran parte de nuestras notabilidades políticas y de nuestras figuras salientes en el foro y en las profesiones liberales, y es la que consiste en cultivar la facilidad de palabra y ciertas disposiciones oratorias dándose á conocer en cuantas ocasiones de exhibición se presenten lo mismo en el aula que fuera de ella.

La elección no es dudosa para el mayor número; hay que lanzarse á hablar mucho, de todo y en todas partes, hay que mostrarse hábil y ducho en las lides de la palabra para echar los cimientos de la reputación de hombre importante y aún diré necesario en todas partes.

De aquí nace la idea de la creación de esa multitud de academias, de ateneos y de aso-

ciaciones escolares, en donde con el pretexto plausible de instruirse, tratando de temas científicos y literarios, empiezan á soltarse los chicos á hablar en público.

Allí se acostumbran á emplear el vocabulario consabido de «Pido la palabra.—No la »tiene su señoría.—Le reclamo para una cues- »tión de orden» ó bien:—«Deseo contestar á »una alusión personal».—Voy á defender mi »voto particular.» Y otras frases de sabor parlamentario que encantan á los jóvenes que aspiran á ser un día representantes del país y les permiten por un momento hacerse la ilusión de que se hallan en el Congreso de los Diputados.

Claro está que entre tantos discursos y oraciones ateneístas y entre tantas argumentaciones y refutaciones académicas, apenas brilla alguna que otra idea digna de exposición y de discusión seria, ni puede razonablemente esperarse nada de provecho de jóvenes adolescente que sin estudio, observación ni madurez de juicio se lanzan á dogmatizar como los mas graves doctores; pero así y todo, como para tomar la palabra es necesario prepararse antes y abrir algún libro y copiar ó aprender de memoria ciertos párrafos para leerlos ó recitarlos como de cosecha propia cuando llega el caso, esto al fin representa una labor intelectual superior á las fuerzas de muchos charlatanes.

Otro campo más abierto y que permite alcanzar triunfos más fáciles y ruidosos al escolar ambiciosillo y bullanguero es el de los meetings ó reuniones públicas, á que dan motivo, ocasión ó pretexto frecuente, los acontecimientos más triviales.

Una disposición del Ministro de Instrucción pública, el casamiento de un individuo de la familia real, el retraso de las vacaciones, el viaje de un personaje político, la elección de un diputado á Cortes, una orden del rector de la universidad, un suceso cualquiera de la localidad, bastan para provocar un movimiento en el cuerpo escolar y para hacer circular la consigna de no permitir la entrada en clase; porque ¡cosa extraña! la primera determinación que se adopta siempre en casos tales es la huelga; la huelga, si, entre esos mismos estudiantes tan aplicados, tan ansiosos de saber, tan entusiastas de la instrucción, tan enemigos de la ignorancia.

Y la huelga no se reduce á la suspensión de las tareas escolares, ni toma el aspecto de resistencia pasiva, silenciosa, sosegada y tranquila; nada de eso, se forman grupos en calles y plazas de donde parten voces, amenazas, gritos y silbidos á los catedráticos y á los agentes de la autoridad, después se recorre la población en actitud agresiva y tumultuosa, se redactan convocatorias para celebrar una reunión magna, se publican proclamas expo-

niendo las quejas, las protextas y las determinaciones de la clase y luego á hablar, á perorar, á discursar en todas partes.

En estas algaradas desempeñan el principal papel en los primeros momentos los oradores fogosos que excitan los ánimos de sus compañeros, jóvenes, de suyo irreflexivos, impresionables, ligeros y deseosos de esparcimiento y de bullanga; pero mas tarde, mézclanse entre sus filas elementos extraños, que bastardean aquel movimiento inocente en sus comienzos, le imprimen rumbo torcido y peligroso y llegan á producir serios trastornos de orden público y hacen necesaria la intervención de la fuerza armada y la adopción de medidas de represión duras y hasta sangrientas.

Cuando llega este caso los agentes del desórden tunos y previsores abandonan cautelosamente el campo y los incautos estudiantes, son los que pagan el pato y recojen todos los cintarazos de la policía, sin hallar otro consuelo á sus contusiones, que las frases rimbombantes que la prensa periódica les dedica al día siguiente como héroes de la jornada.

¡Duro castigo de los excesos logorréicos estudiantiles, que aunque repetido con frecuencia, no alcanza á curar á nuestra juventud universitaria, de su arraigada y profesional dolencia!

LA LOGORREA FEMENINA

La logorrea de la mujer reviste variadas formas y gradaciones.

La charlatana simple. Tipo muy frecuente en todas las clases sociales, y acaso más que en otra alguna en la clase media, es la parlanchina que habla por gusto de hablar é invierte gran parte de las horas del día en esa charla simple, insípida, insubstancial, frívola y enojosa: paseos y novenas, funciones de iglesia y bailes, bodas y defunciones, vestidos y sombreros, modas y sobre todo el servicio doméstico dan materia inacabable á su convarsación inaguantable.

Inculca su inteligencia y desprovista de toda noción elevada, desconocedora de los elementales deberes de cortesía y educación, falta de tacto y de discrección, no puede abordar otros asuntos serios ni más dignos de atención para su sexo, como son la educación y porvenir de sus hijos, la higiene y la economía casera, etc. y aburre, cansa y marea con su incesante palabrería en visitas, reuniones, tertulias, duelos y paseos á cuantos se hallan á su lado.

Esta fase de la logorrea mujeril, aunque revela bien á las claras la inopia intelectual y la deficiencia de la educación social de la enferma, podría considerarse como forma leve é inofensiva del padecimiento, sino conduje-

se casi indefectiblemente á otra forma grave y perjudicial.

La charlatana que da rinda suelta á su lengua, empieza por hablar solo de frivolidades, simplezas y necedades, y acaba poco á poco y sin darse cuenta de ellos por convertirse en...

La Charlatana chismosa y murmuradora.

Esta indaga, sonsaca, pregunta y averigua todo lo referente á vidas ajenas, para proporcionarse el placer de conocer y contar á todo el mundo con abundancia de pormenores, no siempre verídicos, las historietas de la vecindad, del barrio, del pueblo ó del círculo en que vive, haciéndose eco de todo rumor y de todo chisme por modesto, ofensivo, vergonzoso ó denigrante que sea.

Se precia de estar al corriente de las relaciones amorosas de los vecinos, del lugar y hora de las citas, de las désavenencias, riñas y disgustos domésticos, de las deudas y compromisos de todos géneros de las familias, de los trapicheos y deslices de las jóvenes solteras, los lances ocurridos á mujeres casadas, de las pérdidas de juego en el casino, de todos los sucesos. en fin, que constituyan la crónica escandalosa y los relata y los exagera y los exorna con detalles de su propia cosecha sin consideración alguna de caridad, de

compasión, ni de decencia, complaciéndose en arrancar á tiras la honra del prójimo.

Ignorando la murmuradora qué ella es una ignorantona holgazana, que desconoce sus deberes morales y sociales, que tiene abandonados los quehaceres de su casa, que no cuida de la educación de sus hijos, y que su marido no es tampoco un modelo de buenas costumbres, en una palabra, que tiene *su tejado de vidrio, tira piedras al ajeno*, exagera pequeños defectos, publica ligeras faltas y descubre ocultas fragilidades con dañina y perversa complacencia, sin hacerse cargo de que los mismos á quienes ella entretiene un momento con su picante narración de chismes calumniosos, la hacen objeto de justas y merecidas censuras.

La logorréa llega á ser en este caso, dolencia seria y altamente nociva por los graves males á que da lugar, y por la atmósfera de maledicencia y difamación que crea y difunda en torno suyo.

—
Lr marisabidilla ó bachillera, es otro tipo, ni con mucho tan perjudicial, pero más ridículo y antipático que el anteriormenae descuto.

Presume de sabia ó literata y como ha leído algunos folletines de Ponson de Terrail y alguna novela de Annunzsi ó de Zola y ha oído hablar de Carlos Mark, de Hesbert Spen-

cer y el Tolstoi se cree persona de superior talento y muy autorizada para emitir su voto en las cuestiones científicas y literarias; aprovecha toda ocasión para hacer ostentación de sus conocimientos, habla de filosofía, de religión, de política y de sociología y escribe algunos artículos y versos para los periódicos, debiendo citarse entre los primeros un trabajo acerca de la pena de muerte que le ha valido muchas felicitaciones de su familia y entre las segundas una oda «A la Cuna» dedicada á un tío político suyo ex-gobernador de provincia.

Lectora asídua de periódicos políticos, descifra todas las charadas y geroglíficos de «La Moda elegante» y resuelve todos los saltos de caballo y todos los problemas del A B C; es secretario de la sociedad literaria de su pueblo titulada «La Dalia Azul», recita versos en las tertulias con singular maestría y ha obtenido un accésit en los juegos florales celebrados en Minglanilla hace algunos años.

No sabe coser, zurcir, planchar, ni preparar el puchero y desdeña como impropios de personas de talento todos los quehaceres domésticos, lee medianamente y escribe con regular letra inglesa, pero con garrafales faltas de ortografía.

Esta forma de la logorrea mujeril es de todo punto inofensiva, pero pone á la pobre

enferma en completo ridículo ante las personas sensatas.

La doctora. No nos referimos aquí, claro está, á esas mujeres, dotadas por la naturaleza de extraordinarias condiciones que en todas épocas se han abierto paso entre la multitud y han alcanzado justa estimación por sus meritorios trabajos en ciencias, filosofía ó literatura; apesar de nuestra intolerancia, de nuestro obscurantismo, de nuestra degeneración y de todos esos obstáculos de tradición y de raza que según los sabios del día, han sido la causa del miserable estado en que nos hallamos; no han faltado en pasados siglos, ni aun faltan hoy en nuestro país, mujeres ilustres por muchos conceptos cuyos nombres son verdaderamente acreedores al respeto y á la admiración de propios y extraños.

Hablo ahora de la doctora marimacho, tipo hombruno hasta hoy desconocido entre nosotros y que empieza á aparecer en esta época de imitaciones extranjeras y de reivindicaciones feministas.

Es el feminismo, fase aguda y estremada de la dolencia individualista que nos aqueja, tendencia que inclina á la sociedad moderna —partiendo del principio de la igualdad intelectual y moral de los dos sexos— á encomendar á la mujer las mismas funciones po-

lítico-sociales que al hombre, nivelando á ambos en ocupaciones, deberes y derechos.

Para llevar á cabo esta evolución en nuestras atrasadas costumbres, para que poco á poco vaya redimiéndose la mujer del estado de servidumbre, de inferioridad y de tutela á que se ve reducida, es necesario ante todo instruirla—porque la instrucción según se dice es el único factor de todo progreso—é instruirla como al hombre y en los mismos centros de enseñanza, esto es: en Institutos ó Universidades.

A los diez ó doce años es forzoso, pues, que la niña arrincone dedales y carretes, agujas y tijeras y, ni vuelva á pensar en costuras y bastillas, zurcidos y bordados, ni mucho menos en ocupaciones de cocina ni arreglo de casa: sufre un examen de ingreso en el instituto y desde entonces rodeada de libros y cuadernos, apuntes y programas, pasa su vida sacandos significados latinos, traduciendo temas del francés, manejando la tabla de logaritmos y dedicada al estudio de la literatura, de la psicología, de la historia natural y de la agricultura, hasta que al cabo de seis años recibe su título de *bachillera* equivalente á un diploma oficial de charlatana que la autoriza á hablar mucho de todo, sin saber una palabra de nada.

Emprendida ya la senda, hay que continuarla.

¿Qué carrera habrá de seguir la niña?

Comercio, aduanas, telégrafos, correos, derecho, ciencias, farmacia, no le agradan.

Todas estas carreras profesionales podría estudiarlas sin grandes inconvenientes y aun ejercer muchas de ellas, que por la índole de sus ocupaciones se acomodan bastante al modo de ser de la mujer y á las exigencias sociales; no *chocaría* mucho en nuestras ya algo europeizadas costumbres—aunque no nos entusiasme el tipo de mujer-hombruna no raro entre la gente anglo-sajona—ni la telegrafista transmitiendo despachos en la oficina, ni la abogada despachando consultas en su bufete, ni la farmacéutica preparando extractos en su laboratorio, ni la contadora sumando partidas en su escritorio, ni la profesora explicando mecánica ó geografía en su cátedra.

Pero nada de eso. La joven bachillera muestra sus preferencias casi exclusivas por la senda más escabrosa, y se decide á seguir la carrera médica, asistiendo para ello á las clases teóricas y prácticas, anfiteatros y hospitales, donde recrea su oído y apacienta su vista, desde los estudios anatómicos hasta la clínica, con explicaciones, descripciones, láminas, figuras y cuadros al natural de órganos, funciones, dolencias y miserias humanas, que al principio hacen asomar el color de la vergüenza á sus mejillas, y, en trato continuo con sus compañeros, jóvenes como ella de

diez y ocho á veinte años, participando de sus conversaciones y de sus bromas, codeándose y dejándose codear por ellos en aulas y pasillos, en enfermerías y salas de dirección, llega á perder poco á poco esos encogimientos, esas timideces, esos pudores monjiles—propios de las niñas criadas en las faldas de sus madres y educadas con arreglo á las rancias máximas de nuestros abuelos, y que solo sirven de obstáculo para abrirse paso en el camino de la vida—adquiriendo en cambio la soltura de la frase, el desembarazo de los modales y la despreocupación de las costumbres que caracterizan á la mujer instruida y superior al vulgo, llamada á emanciparse, del yugo de la rutina, del fanatismo y de toda autoridad moral en el transcurso del presente siglo.

He aquí á la doctora médica ó no médica, elevada tal vez á igual altura que el hombre en conocimientos profesionales que expone con palabra fácil y con varonil desenvoltura en cuanta ocasión se le presenta para ello, pues es asídua concurrente á congresos, certámenes y centros de exhibición científica y literaria, donde recoje gran cosecha de aplausos y de flores, pero marimacho al fin falta de modestia, pobre en los sentimientos de delicadeza y ternura que constituyen la mejor parte de su sexo, privada de ese espíritu de abnegación y sacrificio necesario para el de-

sempañ de los deberes domésticos é incapacitada por lo tanto para labrar la felicidad del hogar y para el augusto ministerio de las funciones maternales.

La revolucionaria ó agitadora popular es otro marimacho—pues de mujer solo tiene los atributos físicos del sexo—que entregada al estudio de las cuestiones políticas y sociales y exaltada su imaginación, aun diríamos mejor extraviada, con la lectura de ciertas obras de los modernos redentores de la humanidad, rompe violentamente con todas las conveniencias, y se lanza en cuerpo y alma á la vida pública, haciendo propaganda con la palabra y con la pluma de sus ideas ultra-radicales.

Salvados ya los diques, no hay consideración de ningún género que le contenga en sus expansiones tribunicias, perora en las reuniones de adeptos y después predica en calles y plazas el ateismo, el anarquismo y el amor libre, ensalza los procedimientos ejecutivos de Ravachol, de Vaillant y de Angiolillo y proclama la necesidad del puñal y de la dinamita para redimir el mundo.

No es falsa, hipócrita, ni cobarde, y cuando llega el momento de obrar, no rehuye el bulto como vulgarmente se dice; si hay huelga, ella se halla entre los grupos para arengarlos; si

hay tiros, anima con su presencia y con su actitud á las turbas y coge un arma si es preciso, así es que sufre incesante persecución por la justicia burguesa y pasa largas temporadas en cárceles y presidios.

El feroz fanatismo que la anima, los ciegos arrebatos de su palabra y de sus escritos, las impiedades que brotan de sus labios y de su pluma, las provocaciones al asesinato y al incendio, su procacidad y desparpajo y el des-arreglo de su vida y costumbres nos inclinan á considerar á la revolucionaria como un caso de verdadero delirio logorréico, desequilibrio mental-raro hoy por fortuna en nuestro país; pero no tanto en otras naciones, vecinas, cuya historia nos presenta tipos perfectamente caracterizados de esta vesania.

—

Otra charlatana que merece ser citada en este trabajo es la gitana que dice la buena ventura, la echadora de cartas, la adivinadora, la sibila ó pitonisa moderna, que no son en realidad más que una sola persona, pues corresponden todas á la misma variedad de la logorrea femenina.

Las primeras, con su cháchara sandia y embustera, aclarando dudas, descubriendo hechos ignorados, manifestando ocultas inclinaciones, dando razón de personas ausentes y de objetos extraviados, prediciendo sucesos ve-

nideros, amores, bodas, fortunas y desgracias, viven á expensas del vulgo ignorante y supersticioso, sin otro trabajo que consultar las rayas de la mano del crédulo babieca ó extender ante sus ojos media docena de naipes de su mugrienta baraja.

Esta es la fase vulgar de la adivinadora á quien bastan estas mañas toscas, burdas y groseras, para embaucar á la gente de poco pelo; pero hay otra fase de superficie mas pulimentada y brillante.

Me refiero á la adivinadora que presume valerse de procedimientos fisiológicos, que emplea una fraseología escogida y modernista, que anuncia sus milagrerías en los periódicos, que se exhibe elegantemente vestida en teatros, casinos y salones y que recibe consultas en lujosos gabinetes y que—aunque en el fondo no sea otra cosa que la embaucadora ya descrita—trabaja en escenario más elevado y ante un público de levita; vulgo al fin como el de chaqueta y blusa dispuesto siempre á creer las mismas patrañas cuando se hacen sonar en sus oídos las voces *magnetismo*, *mesmerismo*, *espiritismo*, *ocultismo* y *telepatía*, diestramente barajadas con los nombres de algunas autoridades científicas.

La magia, la cábala, la astrología judiciaria, con sus figuras y sus horóscopos, la quiromancia y demás artes adivinatorias, la piedra filosofal, el elixir de la larga vida, la crisopeya

ó transmutación de los metales, la alquimia, los amuletos y talismanes, los hechizos y encantamientos, los duendes, tragos y aparecidos, las brujas y vampiros, fueron creencias absurdas, preocupaciones ridículas de nuestros antepasados, que apenas acierta á disculpar por el atraso de los tiempos, el hombre superior nacido en este siglo de las luces desde la altura inconmensurable á que le han elevado los progresos de la moderna ciencia;... pero este mismo hombre superior, que ha proclamado la emancipación de su razón de todo yugo divino y humano, rinde culto y paga gustoso tributo á la superstición en la persona de estas sibilas modernas, que se dicen dotadas de fuerzas y vista sobrenaturales, para penetrar en lo recóndito de nuestro pensamiento, descubrir los sentimientos de nuestro corazón, impulsar y dirigir nuestras acciones y descubrir el velo de lo porvenir.

¡Y nos preciamos de despreocupados!

Y aquí terminamos el estudio de la charlatanería femenil—sin hablar de la curandera, variedad incluida en la logorrea médica—recomendando la lectura de «La proclama del solterón» en que nuestro Vargas Ponce satiriza con chispeantes rasgos de donosura y de gracejo alguno de los tipos arriba mencionados.

LOGORREAS SECUNDARIAS

Además de estas formas cuyo cuadro sintomatológico acabamos de trazar con algún detenimiento, por ser las mejor caracterizadas y más dignas de estudio, existen otras varias que aunque menos importantes no hemos de dejar pasar en silencio.

Estas formas secundarias á las que dedicaremos breves palabras son las logorreas del predicador, del barbero, del portero, del trahumane y del círculo ó café.....

LA LOGORREA DEL PREDICADOR

Estamos ya muy lejos de aquellos tiempos que con cervantino estilo nos describe el Padre Isla en su celebrada «Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas.»

Perdida entonces, casi por completo, toda noción de aquella inspirada elocuencia que elevaran á tanta altura Juan de Avila y Luis de Granada habíase encaramado á la cátedra del Espíritu Santo una numerosa legión de charlatanes tan faltos de ciencia y doctrina como sobrados de petulancia y mal gusto, que convertían el sermón en disertación disparatada y chocarrera, aderezada con frases hinchadas y campanudas, con cuentos de plazuela, con chistes ridículos, indecentes y hasta sacrí-

legos, exornado todo con profusión de citas latinas, traídas por los cabellos, lo mismo de los libros santos que de las fábulas de la mitología griega y romana.

Y no se crea que exageramos, que colores más fuertes emplean al pintar este cuadro muchos doctos varones de inachable religiosidad.

Hoy debemos confesar que la oratoria sagrada se ha purificado y dignificado, sin que por eso dejemos de reconocer que aun suben al púlpito, oradores desprovistos de todo género de condiciones, hasta el punto de causar profunda pena en el ánimo de los oyentes piadosos y verdaderamente ilustrados.

No nos referimos al párroco que cumpliendo con su misión se limita á exponer, explicar y comentar el evangelio del día ó á desenvolver un punto de moral cristiana, con frase más ó menos culta y correcta; pero clara, sencilla y sin pretensiones, acomodándose al alcance de los fieles que le escuchan.

No; las manifestaciones logorréicas que aquí hacemos notar como dignas de censura, son las pretensiones vanas é injustificadas de esos oradores que tomando el púlpito como tribuna profana, olvidando la gravedad y alteza de su ministerio y la santidad del lugar sagrado se encargan de panegíricos y oraciones fúnebres en las grandes festividades, no más que para deslumbrar al público con frases

altisonantes, creyendo equivocadamente que á fuerza de erudición de bajo precio, de hinchazón en el estilo y de afectación en las formas y copiando servilmente giros y modismos que la moda ha puesto en uso, van á crearse una reputación de hombres de saber y de elocuencia, cuando no pasan de retóricos vulgares y adocenados.

Y aun hay algunos....

LA LOGORREA DEL BARBERO

El antiguo rasura, rapabarbas, barbero, hoy peluquero, artista capilar, jefe ó director del establecimiento ó *salón* que así se llama ahora, aunque sea una habitación de las más humildes—es siempre el mismo Fígaro hablador, parlanchín, chismoso sabedor de todas las novedades de la población, que averigua, pregunta, inquiere y sonsaca, encargándose de comunicarlas y difundirlas, exornándolas y exagerándolas al transmitir las al parroquiano ó al *cliente* como se dice hoy.

Es vano, vacío, frívolo, insustancial, mujeril, indiscreto y chismoso, cuenta y refiere cuanto llega á sus oídos; pero no siempre tal cual lo oye sino con comentarios de su propia cosecha.

Como está en frecuente contacto con las clases acomodadas, presume de hallarse al tanto de la vida de las familias de la alta sociedad, y de conocer sus compromisos, sus

intrigas, sus lances de juego y sus aventuras galantes, se tiene por hombre de finos modales y se jacta de tratar con confianza y hasta con familiaridad á las personas distinguidas que concurren á su salón.

LA LOGORREA DEL PORTERO

El portero ó portera, tipo ordinario, basto y grosero en general, carece del ligero pulimento ó barniz social del peluquero. Obligado á permanecer gran parte del día y de la noche en su garita y á enterarse de las personas que entran y salen de la casa, cumple su cometido, sometiendo á un interrogatorio más ó menos impertinente á todo desconocido que sube y baja, así como á la lavandera, aguador, lechero, carbonero y á la servidumbre de las inmédiaciones, con todos los que mantiene constantes relaciones, constituyendo una especie de servicio de espionaje, verdadera agencia de noticias y de chismes de la vecindad.

Semejante á la comadre charlatana, pasa las horas del día entregado á la murmuración y despellejando á los mismos á quienes debe servir, lleva cuenta y vigila sus entradas y salidas, averigua sus antecedentes y género de vida, sus asuntos y trapichéos, y se encarga de difundir y comentar á su manera cuanto sabe en el círculo de gentes bajas y patanes

con quienes se trata y de cuyo vocabulario, formas y preocupaciones participa.

LA LOGORREA DE LOS TRASHUMANTES

Llamamos así á la charlatanería que constituye el *modus vivendi* de esos náufragos profesionales y de esos viajeros que se proponen dar la vuelta al mundo, á pié, á caballo, en velocípedo ó en globo y aparecen en las poblaciones sin que después de su paso se vuelva á tener noticia del término de sus viajes.

Se titulan muchos de ellos capitanes, no sabemos de que arma, de que ejército, ni de que nación; aunque casi todos son extranjeros y vienen de luengas tierras.

Se presentan con una docena de tarjetas de recomendación de muy discutible autenticidad; para las redacciones de los periódicos ó para los presidentes de los círculos de recreo de la población y solicitan dar una conferencia pública de sumo interés para los amantes de las ciencias histórica, geográfica ó sociológica.

Las tales conferencias, que no son otra cosa más que un pretexto para recaudar unos centenares de pesetas y poder trasladarse con *la música á otra parte*, consisten en dar cuenta de las observaciones recogidas, en el interior del continente Africano ó Australiano y aunque efectivamente le citan algunos

datos acerca de esos países, curiosas costumbres, extrañas ocurrencias, atrevidos lances de casa y navegación, peligros estupendos y anécdotas más ó menos verídicas, el fondo del discurso, chapurreado en mal castellano, no ofrece nada digno de mención desde el punto de vista científico y reviste en su conjunto un carácter de inverosimilitud que salta á la vista.

Este viajero no es, pues, sino un aventurero vulgar, que vive sobre el país, gracias á su locuacidad y desparpajo.

Así como en pasadas épocas, bajo el toscosayal del peregrino que recorría el mundo de uno en otro santuario, empuñando el bordón y aparentando pobreza y humildad, se ocultaba muchas veces el explotador que vivía á costa de la compasiva piedad de los fieles; así hoy la mayor parte de estos capitanes exploradores de remotos países, explotan el amor á la ciencia, el ansia de los descubrimientos y la pasión de los viajes del auditorio crédulo y novelero, contándole mentidas proezas, imaginarios peligros y portentosas aventuras.

LA LOCORREA DE CAFES, CASINOS Y CIRCULOS DE RECREO

Esta variedad puede estudiarse en los grupos ó peñas que forman algunas personas,

casi siempre las mismas, en estos centros de reunión y en otros establecimientos públicos.

Gente en general no agobiada por el trabajo, poco apegada á la vida de familia y que jamás han hallado gusto en los estudios, lecturas ú ocupaciones serias, mozos alegres los unos, viejos verdes los otros y despreocupados todos, buscan como distracción cotidiana la conversación de las personas ociosas y matan el tiempo charlando de los acontecimientos públicos y escudriñando las vidas ajenas.

En este grupo se destaca, despliega sus facultades oratorias y lleva la batuta como suele decirse el charlatán peor hablado y maldiciente quien llega á acaparar el uso de la palabra y á reunir en torno suyo un corro que le aplaude y celebra sus ocurrencias.

Allí se charla de todo y con sin igual frescura se sueltan las mayores enormidades y absurdos en política y en religión, en literatura y en ciencias; pero los sucesos del día, el escándalo de la noche, las pérdidas del juego, las historietas de color subido los trapichéos de la aetriz de moda son la comidilla más frecuente. Sospechas calumniosas, chismes rastrosos, faltas, yerros y extravíos vergonzosos dignos de reserva, de olvido y de compasión, todo se hace público, se comenta y se festeja con dicharachos y con careajadas.

Quién oye y presta atención á cuanto allí

se dice, pudiera creer que no hay vergüenza, probidad, inteligencia ni virtud en el mundo, que todo funcionario es nulo, todo juez prevaricador, todo sacerdote hipócrita, todo jóven vicioso, toda mujer liviana y todo marido un ser abyecto y miserable, que vive á expensas del propio burlador de su honra.

Y hay que advertir que los tales charlatanes que así se constituyen en severos censores de las costumbres públicas y privadas, no suelen rayar muy alto en materias de inteligencia y moralidad y ni aún siquiera de buena educación.

Y aquí podíamos dar fin al estudio de los síntomas de la logorréa, pero no lo haremos sin hacer notar antes que infiltrado este padecimiento en todas las clases sociales, adviértese en todas ellas el influjo del mal que describimos.

Véanse como prueba de lo que decimos las modificaciones que han sufrido en muchas profesiones y oficios los antiguos nombres y denominaciones.

Ya no se dice hoy dómine, preceptor, ni maestro ó maestra de primeras letras, sino institutor ó institutriz, profesor aún pedagogo, jefe ó director de estudios: el nombre de escuela no se usa tampoco, se dice colegio, pensión, liceo, academia ó instituto politécnico.

Los farsantes y comediantes de antaño, han pasado á ser cómicos, y en nuestros días actores y actrices, artistas dramáticos; el galán y la dama, el barba y la característica son todos hoy primeros papeles, y las cantantes, divas y estrellas del teatro lírico.

Los títeres, volatines y caballitos constituyen hoy compañías de artistas ecuestres gimnásticas y acrobáticas.

El caballitero, titiritero, volatinero y saitimbanqui, se llama equilibrista, funámbulo, acróbata ó hércules, alcides ó atleta; el arlequín ó payaso, clown, y aquellas muchachas que nos enseñan sus pantorrillas y *aínda mais* haciendo piruetas sobre el caballo, no se las conoce ahora sino con los nombres de amazonas y ecuyéres.

La hostelería de otros tiempos, la venta, el ventorro, el mesón han sido después posadas y paradores, casas de huéspedes y de viajeros y hoy son fondas, hoteles y restauranes; como el hostelero, ventero, mesonero, amo ó patrón ha pasado á ser fondista, jefe, administrador ó gerente del hotel.

La tabernera ó tienda de vino es hoy despacho, almacén ó comercio de vinos y licores; como la vieja botillería se ha convertido en café, cervecería, *bar* ó *taverne* inglesa.

El pinche se ha elevado á cocinero, jefe de cocina ó *cordón bleu*, y el criado ó mozo á camarero ó garçon.

La tienda de aceite y vinagre, abacería, especiería, es hoy lonja, comercio de víveres, almacén de géneros ultramarinos; como el tendero es hoy almacenista ó comerciante.

El mozo, mancebo ú hortera de la tienda de géneros es hoy dependiente del comercio de modas ó noveautés de Paris.

Ya no se dice sastre, sino maestro sastre, jefe de corte en el taller de confección de prendas de vestir; así como toda costurera ha pasado á ser modista; ni se ve en los rótulos la palabra zapatero, ni maestro de obra prima, sino taller, fábrica, almacén ó depósito de calzado.

El callista es pedicuro; el cajista, tipógrafo, el carnicero ó cortador, tablajero; y el más humilde artesano, artista.

El comerciante se hace llamar banquero; el sacamuelas que se había transformado en dentista es hoy doctor en Medicina y cirugía dental.

El jugador de manos, que había pasado á ser prestidigitador es hoy también doctor ilusionista y mago de los salones.

El boticario y farmacéutico y el antiguo físico, médico y cirujano han desaparecido de las poblaciones, donde no se hallan sino doctores en Farmacia y en Medicina y cirugía.

Al más oscuro escritor se le designa con el nombre de distinguido publicista; al modesto hacendado se le llama rico propietario; todo

militar es bizarro y pundonoroso; todo leguleyo, notable juriconsulto, y todo político adocenado, eminente hombre de Estado.

Verdad es que las cosas han cambiado en el transcurso de los tiempos, que la condición de los oficios ha mejorado, que las profesiones se han enaltecido, constituyéndose y organizándose sobre bases científicas y que la corriente igualitaria ha borrado muchas diferencias en las antiguas jerarquías sociales; pero ¿quién podrá negar que en muchas de estas nuevas denominaciones y que en esta profusión de epítetos encomiásticos, hay también mucho de huera palabrería, de vana ostentación y de rimbombante fraseología síntoma inequívoco de la plaga logorreica que asuela á la moderna sociedad?

ETIOLOGIA

De cuanto dejamos dicho acerca de la logorréa se pueden deducir lógicamente sus causas.

Estas son individuales y colectivas.

Entre las individuales se cuentan la educación especial, la falta de estudios y de ocupaciones serias y constantes, la vanidad, la presunción, la pedantería, el afán inmoderado de exhibición, de medro y lucro personales, la asídua concurrencia á centros ó reuniones donde se cultiva la charla insubstancial y frívola, el chisme y la murmuración etc.

Entre las causas que predisponen á la aparición y desarrollo del mal en las colectividades deben citarse las siguientes.

La ignorancia que confundiendo al charlatán con el hombre de talento y tomando como manifestaciones de saber y de elocuencia, la fraseología vacía de sentido y la gárrula palabrería del necio, hacen que la enfermedad cunda y se extienda de día en día.

La educación que se da al niño desde los

primeros años, los métodos de enseñanza seguidos en los centros docentes, desde la escuela de instrucción primaria hasta los institutos y universidades y la profusión de academias y círculos literarios dirigidos por personas que carecen de sólidos conocimientos y de condiciones pedagógicas, contribuyen á fomentar la plaga de los charlatanes, que se lanzan á hablar de todo y en todas partes persuadidos de que sus discursos, conferencias, memorias y controversias han de dar notoriedad á sus nombres y han de servirles para crearse reputación y posición social.

La prensa periódica que ofrece ancho y desembarazado campo para todo género de desahogos literarios (¿) y que prodiga aplausos y ensalza hasta las nubes, los nombres de los parlanchines osados de toda clase, empuja, arrastra y precipita á los mayores excesos logorréicos á los infelices que se hallan pre-dispuestos á contraer la dolencia que estudiamos.

El mal ejemplo que vemos todos los días de la elevación á los altos cargos políticos, de medianías que carecen de todo mérito como no sea el de hilvanar palabras, frases y oraciones con facilidad pasmosa y con imperturbable osadía y sin decir cosa alguna de provecho, es también otra de las causas que favorece el desarrollo de la logorrea; porque sirve de aliciente y estímulo á todo el que

desea enconstrarse con poco trabajo y en breve término.

El régimen parlamentario en que vivimos y que no solo impera en el orden político, sino que se deja sentir en todas las manifestaciones de la vida moderna—creando para toda empresa, negocio ó explotación, cámaras, congresos, juntas y comités; constituyendo directorios y sindicatos, nombrando comisiones y ponencias, dirigiendo mensajes, mociones de gracias y votos de censura, pronunciando discursos y habituando á los *oradores* á la jerga ad hoc consagrada—produce una atmósfera especial favorable al desarrollo de la charlatanería, que alcanza en estos torneos pseudo-parlamentarios un lugar preferente sobre el verdadero saber, que es con frecuencia modesto y enemigo de exhibiciones teatrales.

Ciertas profesiones, literarias, la abogacía en primer término—por el papel preponderante que ejerce la gente de toga en nuestra sociedad—mantiene en los hombres que á ella se dedican en todo su apogeo el culto á la palabra fácil y abundante, merced á la cual obtienen en el foro sus triunfos más ruidosos, sobre todo en los asuntos criminales que se ventilan en los juicios orales, porque en ellos, la necesidad de cautivar la atención, de fascinar y de arrastrar al jurado—tribunal ignorante y apasionado como legítima expresión

que es del vulgo—se antepone á todo género de consideraciones.

Al mencionar entre las causas predisponentes el ejercicio de ciertas profesiones y en especial la del foro — plantel abundoso, fértil y florido de los charlatanes de más nota— debemos hacer notar la influencia negativa de otros estudios y carreras profesionales que parecen ser contrarios al desarrollo de la logorréa.

Matemáticos, físicos, naturalistas y hombres de guerra, son en general refractarios á esta dolencia, sin que por ello pueda motejarseles con razón de gente ruda y privada de dotes de expresión oratoria; pues en realidad lo que esto prueba es el antagonismo é incompatibilidad que existe entre el charlatanismo y las ciencias exactas y naturales.

Dichosos los que gracias al desarrollo equilibrado de sus facultades intelectuales y volitivas, de sus estudios teóricos y prácticos y al cultivo de sus energías de carácter, logran sustraerse á la acción del terrible padecimiento que tantas víctimas causa en todas las clases sociales.

¿Existirá además de las causas predisponentes tan á la ligera señaladas, alguna determinante que nos explique satisfactoriamente la rápida difusión y el carácter epidé-

mico y contagioso que ha adquirido la logorrea en nuestros días?

Descubrirá la ciencia, en la sangre, en el líquido céfalo-raquídeo, en el tejido nervioso, quizá en la circunvolución de Rolando, algún *logococo*, factor, agente ó causa única de esta enfermedad que por circunstancias peculiares á la época actual ha alcanzado vitalidad, desarrollo y fuerza de transmisión desconocida en los antiguos tiempos?

No es ilógico suponerlo; pero las investigaciones microbiológicas no nos permiten afirmarlo por hoy y así solo nos atrevemos á apuntar esta idea al dar fin al estudio de la etiología del mal.

DIAGNÓSTICO

El diagnóstico de la logorrea se halla en muchas ocasiones erizado de dificultades.

Los casos típicos como el del charlatán de plazuela son conocidísimos y no pueden pasar inadvertidos para el hombre de buen sentido: la comadre chismosa ó la marisabidilla no engaña tampoco y á todos cansa, aburre y empalaga con su cháchara maliciosa é indiscreta ó con sus necias pretensiones de sabia ó de erudita; pero aparte de estos casos en que la dolencia está perfectamente caracterizada, se hallan otros muchos en que el problema diagnóstico presenta dificultades casi insuperables á la generalidad de los médicos.

¡Cuántas veces hallamos en sociedad á un hombre de graves apariencias que goza fama de instruído y de elocuente rodeado de una turba de caballeretes que le escuchan con la boca abierta y le contemplan con atención para copiar sus gestos y ademanes, y para repetir sus frases campanudas, que consideran como muestras de talento y de bien decir y ese hombre sin embargo no es otra cosa que un pedante logorréico que no ha dicho en su vida más que ineptias y vulgaridades!

¡Cuántas veces vemos á un representante del país, considerado como parlamentario de nota y hombre de estado, ocupando el centro de un círculo de aduladores ó de papanatas en el casino ó en el paseo y refiriendo con acento grave y entonación enfática, chismes de redacción y rumores de plazuela que se toman como secretos diplomáticos ó altas combinaciones de gobierno, cuando no es otra cosa que un figurón político, soldado de fila de la comparsa ministerial ajeno por completo á los planes del jefe del gabinete que no alcanza á comprender siquiera.

El mismo profesor que sentado á su cátedra, envuelto en su toga y cubierto con el birrete de doctor explica con voz hueca y frase rebuscada el Ramayana de los Vedas, los Diálogos de Sócrates ó las instituciones medio evales y que goza fama de profundo sabio entre los profanos, no es muchas veces sino

un charlatán engreído y pretencioso que invierte la hora de clase en divagar sobre materias que ni él conoce á fondo, ni puede hacer comprender á sus discípulos de diez y seis á diez y ocho años.

El conferenciante celebrado y aplaudido por numerosa concurrencia, que ha estado *pendiente de sus labios* durante cuatro horas y á quien se proclama aquella noche portento de sabiduría y de elocuencia; el periodista autor de artículos sensacionales que pretende derribar y elevar ministerios con su pluma y que goza la reputación de árbitro de las situaciones políticas; el inteligente, el hábil é intencionado escritor; el castizo hablista; no son muchas veces—cuando se leen con calma y se analizan con mesurado juicio sus discursos y sus artículos seis meses después de pronunciados ó de escritos—que brillantes charlatanes, ampulosas medianías, llamadas á caer en el mas profundo olvido, sin dejar tras de sí huella duradera alguna ni en la ciencia, ni en la literatura, ni en la política.

No; no es fácil para la mayoría de las gentes, en estos y en otros parecidos casos, hacer el diagnóstico del padecimiento, tan varios, tan equívocos, tan falaces son los caracteres con que la logorrea suele presentarse y tan propensos nos hallamos á dejarnos arrebatar por el atractivo de la voz humana, confundiendo el encanto puramente musical

de la palabra sonora; fácil, abundante; pero hueca, gárrula y artificiosa, con las bellezas de la verdadera elocuencia.

Encomendado á la crítica filosófica, científica, histórica y literaria, el análisis concienzudo de todas las producciones del ingenio en las variadas órdenes de la actividad del espíritu humano, á ella incumbe la labor de separar el oro de la escoria, reduciendo á su justo valor la importancia de las obras y el mérito de los autores y despojando á los charlatanes de la usurpada aureola de gloria de que se rodean; pero es tan densa la atmósfera de general adulación y tan hondo el rebajamiento de los caracteres que no podemos fiar á los críticos del día, el diagnóstico del mal; pues se ha creado y funciona descocadamente en la prensa de todos los matices y especialmente en la política, una sociedad de socorros mútuos, que aturde y ensordece al público sencillo con los redoblados golpes de su *bombo*, repartiendo solo las patentes de supremacía intelectual entre sus cofrades.

Pero hay más; aun cuando ciertas personalidades escogidas, superiores á los errores, á los extravíos y á las preocupaciones, del vulgo y ajenos por completo á los bastardos intereses de determinadas pandillas, alcancen á descubrir, á través del aparatoso ropaje y de la relumbrante y falsa pedrería con que se disfrazan y engalanan el logorreico, toda la indi-

gencia de sus talentos y toda la vacuidad de sus conceptos ¿quién se atreverá á proclamar el diagnóstico y hablando el lenguaje de las verdades amargas, arrojar al suelo los ídolos de barro que la mechedumbre aclama y reverencia como preclaras inteligencias ó como genios portentosos?

Los médicos que esclavos de la veracidad científica y cumpliendo un deber de conciencia profesional, diagnosticaron los primeros casos é hicieron pública la aparición de la epidemia colérica en algunas comarcas, estuvieron á punto de perecer víctimas de la ciega ignorancia y de las arrebatadas pasiones del populacho—tan peligroso es oponerse á las corrientes de la opinión extraviada—¿no correrían iguales riesgos los que se propusiesen desenmascarar al charlatán osado, que pasa plaza ante el vulgo de profundo sabio, de eximio literato ó de generoso patricio?

Si á estas consideraciones añadimos la declaración de que no existe signo alguno patognomónico de la logorrea, se comprenderán bien todas las dificultades del diagnóstico cuyos errores podrá solo disipar el tiempo.

El choque determinado por las encontradas opiniones acerca del mérito real de los oradores y escritores públicos, el ruido confuso que en torno suyo producen los elogios exagerados que inspira la pasión ó el interés y las censuras acerbas hijas de la envidia ó de

la enemistad, obscurecen y perturban el juicio de tal suerte que solo transcurridos los años, calmadas las contiendas y sosegados los ánimos, podrá la posteridad emitir su fallo imparcial.

Entonces y solo entonces disipadas las espesas nubes de incienso y acallados los ecos de los vítores y de los aplausos podrá la generación venidera medir la talla real de tantos hombres que considerados como gigantes por el vulgo necio, no son quizá sino enanos raquíticos, pobres enfermos megalómanos, atacados de la epidemia logorréica, que tantas víctimas causa en nuestros días.

Y aquí terminaremos este capítulo, trazando antes este ligero paralelo á guisa de diagnóstico diferencial.

Los hombres dotados de inteligencia y de de saber privilegiados ó de otras condiciones sobresalientes no necesitan para dar á conocer sus capacidades superiores esas exhibiciones aparatosas y teatrales, que busca, solicita, y mendiga por todos los medios, el charlatán desprovisto de verdadero valer: en la primera es frecuente hallar entre sus prendas de carácter la naturalidad, la sencillez y la modestia, mientras que las notas culminantes del logorréico son la necia confianza en si mismo, la vanidad, la presunción, la jactancia y la osadía.

Y si se trata de distinguir la gárrula pala-

brería, del divino donde la elocuencia bastará recordar que esta nobilísima facultad consiste en hablar bien y en dar á los grandes conceptos su forma propia y adecuada, esto es; la belleza y la sublimidad; mientras que el logorreico habla mucho; pero su facundia y verbifluencia, sus amplificaciones difusas, sus redundancias y divagaciones, la profusión de adornos de su estilo, sus figuras, sus perifollos y toda su hojarasca retórica—gratos quizá por un momento al oído—no encubren sino la insustanciabilidad y la vacuidad del fondo del discurso.

La elocuencia es la bella forma que revisiten los grandes pensamientos: la logorrea es la locuacidad puesta al servicio de la ignorancia y quizá de la intriga y del embuste.

PRONÓSTICO

Hay en la logorrea formas leves y formas graves como hemos indicado al tratar de la sintomatología; pero hablando en términos generales podemos afirmar que esta dolencia es siempre grave, porque conocidas las dificultades que suele ofrecer su diagnóstico y los escasos recursos de que disponemos para su curación, no pueden ser contenidas sus primeras manifestaciones y el mal se arraiga y llega á adquirir proporciones formidables.

Es verdad que la logorrea individualmente

considerada no pone nunca en peligro la existencia del enfermo; pero de tal modo se insinúa, se infiltra, penetra y domina en todos los actos de la vida privada, en el ejercicio de las profesiones, del comercio, de la industria, de las artes y de los oficios, en el trato social y en el desempeño de las funciones públicas, en la cátedra, en el foro y en el parlamento, como en el ateneo, en el club y el casino, en el periódico como en el folleto y en el libro, que sería error craso negar la gravedad y la importancia de un padecimiento que ejerce tan honda, tan dañina y tan transcendental influencia en la colectividad social.

Hallamos al logorréico en todas partes siempre pidiendo elogios, solicitando aplausos, buscando la notoriedad y el ruido, siempre intentando ocupar la plaza del mérito y presentándose como adalid de las generosas aspiraciones y de los grandes intereses sociales, cuando su único objetivo no es otro que la consecución de fines particulares, egoistas y muchas veces mezquinos y bastardos.

Y el charlatán disfrazado de hombre de ciencia, de profesor eminente, de literato insigne, de artista inspirado, de patriota incorruptible, de filántropo abnegado, ofreciéndose en espectáculo un día y otro día á la vista del público, recreando su oído y halagando sus pasiones, llega á corromper el gusto y á extrañar la opinion de la muchedumbre indocta—

alfabeta ó analfabeta—imprimiendo rumbo equivocado y torcido á la corriente de las ideas y de las costumbres.

Y aun en sus manifestaciones incipientes y en sus formas más benignas engendra la logorrea males sin cuento.

La charla insustancial frívola y ligera aficionando al vulgo á oír sandeces y necedades, narraciones estupendas patrañas y embustes, embota su inteligencia, le habitúa insensiblemente á la murmuración, á la mordacidad y á la difamación, debilita, enerva y afemina los caracteres y le aleja de los estudios serios y de las ocupaciones y trabajos útiles.

Porque pueblo charlatán en donde el retórico, el sofista, el farsante, el histrión y el explotador embustero y embaucador llegan á suplantar al hombre de mérito verdadero, es pueblo degenerado, sin actividades, energías ni virtudes y condenado á la ignorancia, á la inmoralidad y á la servidumbre.

TRATAMIENTO

Lástima grande que hasta ahora no disponga la ciencia de medicación eficaz para combatir la terrible dolencia que estudiamos, y no porque desconozca en absoluto los medios que debieran emplearse con tal objeto; sino porque para poner coto y remedio á este afecto morboso, que de día en día nos invade, domina y avasalla, causando innumerables

víctimas, sería menester modificar profundamente ciertas instituciones públicas.

La mala educación, los viciosos sistemas de enseñanza, las corruptelas introducidas en el ejercicio de algunas profesiones y los excesos de la prensa periódica son entre otros los principales agentes de transmisión y difusión de la logorrea y la remoción de estas causas no está al alcance del patólogo: límitase él á señalarlas; pero solo á los poderes públicos secundados por la opinión verdaderamente ilustrada, incumbiría acometer este plan de reformas político-sociales.

Para ello sería necesario—y nos ceñimos á someras indicaciones—inculcar en el ánimo de los niños la necesidad de estudiar para aprender y de aprender para saber, recomendar la atención y el silencio como virtudes escolares, premiar la concisión, el laconismo, la precisión de la frase y toda forma sintética y abreviada de demostrar los conocimientos, reprimir sin contemplaciones los primeros asomos de inoportuna locuacidad y combatir sin descanso esas ansias de exhibición, esa fiebre de vana notoriedad que reduce los exámenes á representaciones teatrales y que convierte á los chicos en meros recitadores y actores, desarrollando su memoria y sus facultades mímicas y de expresión; pero atrofiando su inteligencia, su buen juicio y su actividad para el trabajo.

Sería necesario crear sobre nuevas bases las escuelas normales, verdaderos seminarios pedagógicos, que hoy no existen sino de nombre, y cambiar radicalmente la orientación de los métodos docentes desde la escuela hasta los Institutos y Universidades, reemplazando en cuanto fuere posible, los estudios enciclopédicos y superficiales tan en boga, por los especiales y profundos, dándoles el carácter práctico, positivo y experimental de que hoy carecen, y reformar en este sentido planes de enseñanza, programas, textos, exámenes y oposiciones, para devolver á la cátedra la ciencia, el prestigio y el esplendor perdidos y restablecer con toda urgencia el saludable rigor de la disciplina escolar.

Sería necesario también para evitar y contener la corriente charlatanesca que desdora, afea y envilece la práctica de las profesiones liberales, singularmente las de la medicina y del foro, conceder amplias facultades censorias á los respectivos colegios para llamar al orden, amonestar, multar, descalificar é imponer otras severas penas así á los que olvidando la seriedad, dignidad y alteza de su ministerio, se rebajan á la condición de despreciables charlatanes como á los intrusos de todo género que explotan y embaucan á la ignorancia con grave quebranto de la salud y de los intereses públicos.

Por lo que respecta á la prensa periódica

foco principalísimo del contagio logorréico se hace ya más difícil indicar las medidas que debieran de adoptarse, si ha de ser respetada la completa, la omnímoda, la abusiva libertad de que en la práctica disfruta, no solo en el terreno de la exposición y discusiones doctrinales, sino en el del noticierismo, del reclamo y del anuncio de cuarta plana y esta dificultad sube de punto y raya en lo imposible si se considera que la empresa periodístico-política es intangible, por representar uno de los más poderosos tentáculos con que el monstruoso pólipo parlamentario envuelve, aprisiona, exprime y estrangula á nuestro desdichado país.

Y consignar aquí cuales pudieran ser los medios conducentes para extirpar la logorrea en su forma político-parlamentaria es empresa tan superior á nuestras fuerzas como extraña á la índole de este estudio meramente patológico; esto aparte de que, aun señalados estos medios, no vemos quien reuna hoy ciencia, autoridad, poder y energías bastantes para poner dique al torrente asolador que nos inunda.

Es triste; pero es forzoso, pues, reconocer y confesar que la ciencia es hoy impotente para curar esta enfermedad social.

Y partiendo del principio de la incurabilidad de la logorrea y teniendo en cuenta que este padecimiento llega en muchas ocasiones á producir hondas perturbaciones psíquicas

no solo en el enfermo sino en el vasto círculo de las personas sometidas al deletereo influjo de su palabra desbordada, hásenos ocurrido como único recurso para contener tamaños males pedir la reclusión del logorréico en una casa de salud como se recluye á todo alienado peligroso.

Pero considerando que no habría casas de Orates en número y con capacidad bastante para albergar á tanto charlatán como anda suelto por el mundo y reconociendo que yo mismo—como autor de esta monografía pesada, difusa é indigesta—correría el peligro de verme encerrado en una celda del manicomio. he desistido de reclamar la adopción de tan severa medida de tratamiento.

FIN

no solo en el ambiente sino en el vaso grande
 de las personas con el dolor de cabeza
 de su propia debilidad. Hay que decir
 como un hecho que para poder trabajar
 mejor debe la persona del momento en un
 caso de salud como se refiere a cada estado
 de salud.

Esto considero que no habria mas de
 Ojala en un momento y con un especial cuidado
 para aliviar a toda clase de personas como
 estado por el mundo y especialmente que se
 alivio como autor de esta monografía pres-
 de, ellas e indigestas como el resultado
 como resultado en una vida de bienestar.
 de salud de la persona. En el caso de un
 seguir medida de tratamiento.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción.....	5

Primera página.

<i>La flamencomanía.</i> —Definición.--Sino- nimia.....	11
Historia.....	12
Bibliografía.....	13
Anatomía patológica.—Patogenia...	14
Etiología.....	16
Sintomatología.....	17
Variedades y complicaciones--Curso.	20
Terminaciones.—Diagnóstico.....	21
Pronóstico.—Tratamiento.....	22
Profilaxis general.—Tratamiento cu- rativo.....	23

Segunda página.

<i>La malaria electoral.</i> —Definición—Sin- tomatología.—Primer periodo....	27
Segundo periodo ó de invasión.....	28
Tercer periodo ó de notación.....	33
Cuarto periodo ó de post-electoral..	39

	<u>Págs.</u>
Complicaciones.....	42
Diagnóstico.....	44
Pronóstico.—Tratamiento.....	45

Tercera página.

<i>El noticierismo periodístico.</i> —I. Preliminares.....	48
II. Agentes de propagación.....	53
III. Clasificación y descripción....	55
IV. Tratamiento.....	68

Cuarta página.

<i>La logorrea.</i> —Consideraciones preliminares.....	72
Sinonimia.....	76
Definición y descripción general....	79
Sintomatología.....	84
La logorrea científico-literaria.....	85
La logorrea forense.....	90
La logorrea política.....	98
La logorrea médica.....	112
La logorrea periodística.....	134
La logorrea industrial y mercantil..	149
La logorrea escolar.....	163
La logorrea femenina.....	172
Logorreas secundarias.—Logorrea del predicador.....	183
La logorrea del barbero.....	186
La logorrea del portero.....	187
La logorrea de los trashumantes....	188

	<u>Página</u>
La logorrea de cafés, casinos, etc...	189
<i>Etiología</i>	195
Diagnóstico.....	199
Pronóstico.....	205
Tratamiento.....	207

152	Las fortalezas de las Indias, etc.
155	Atenas
158	Atenas
162	Atenas
167	Atenas
171	Atenas



LOC.
397

